



# Victoria de la Muerte

por  
el heroico siervo d' Dios  
**Beato Alonso d' Orozco**  
de la Orden d' San Agus-  
tin **Obra nuevamen-  
te impresa**

**GIL-BLAS**  
MADRID.  
M.CM.XXI.





*A. Roldruejo -*

VICTORIA DE LA MUERTE

Fondo bibliográfico  
Dionisio Roldruejo  
Biblioteca Pública de Seris

9591





**Victoria de**  
**la Muerte** por  
 el heroico siervo d' Dios  
**Beato Alonso d' Orozco**  
 de la Orden d' San Agus-  
 tin **Obra nuevamen-**  
**te impresa**

**GIL-BLAS**  
**MADRID.**  
**M.C.M.XXI.**



Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

## PRÓLOGO AL CRISTIANO LECTOR

---



**T**ODOS los sabios Filósofos en una verdad concertaron, y con grande razón afirmaron ser la más alta filosofía la consideración de la muerte. Es cosa maravillosa lo que del gran sabio Platón se escribe, que por tener siempre presente la muerte, se fué a morar a una ciudad, en la cual morian de pestilencia: porque viendo allí tantos como acababan la vida, estuviere más impresa en su ánima la memoria de la muerte. Verdad es, cristiano lector, que sin hacer lo que hizo Platón, podemos no olvidarnos de aquel día, para cuyo aparejo se nos dieron todos los días, aunque pocos, o casi ningunos le hemos dado. Proveyó nuestro altísimo Dios por su bondad, que en cada día nos despertase esta memoria, pues vemos tantos difuntos de todas las edades llevar a sepultar, cada uno de los cuales callando nos dice:

## P R Ó L O G O

Hombre, acuérdate de mi juicio: hoy a mí, y mañana a ti. ¡Oh providencia divina! ¿Qué retórica bastará, o qué razones tan vivas persuadirán a un pecador, para que creyera que su honra, riqueza y regalos, han en breve de acabarse con la muerte, si la misericordia de Dios no proveyera de ejemplos vivos, que tantas veces vemos, de los que delante de nuestros ojos mueren? «Acuérdate de mi juicio», nos dice cada un difunto. «Mira que ya en mí se ha ejecutado la sentencia que dió Dios contra Adán y contra todos sus descendientes. Ya mi ánima va juzgada, habiéndose presentado delante el Soberano Juez Jesucristo: y mi cuerpo llevan para ser manjar de gusanos. Aparéjate, hermano, enmienda tu vida y haz penitencia, porque el día de hoy que pasó por mí, también ha de pasar por ti». Y no dijo de aquí a cien años, sino mañana, para declarar la brevedad de esta vida mortal, en quien muchos engañados tanto confían.

Aunque esto es así, cristiano lector, que según razón, bastaran los libros vivos, que Dios tan a la continua nos pone delante, viendo tantos muertos, es tan grande el olvido en que los amadores del mundo caen, de un día tan cierto, y tan incierto (cierto, porque no puede faltar; incierto, porque está es-



## P R Ó L O G O

*condido en el pecho de Dios) que hay necesidad de libros que traten de negocio tan grave y de tan gran importancia. Por tanto, quise, con el favor de nuestro Redentor Jesucristo, tomar este trabajo ordenando este libro. La Victoria que Cristo nos ganó a los Cristianos muriendo en la Cruz, se trata en el triunfo admirable que alegra a los Angeles en el Cielo y da gran consolación al ánima devota que con atención y reposo la contempla. Aquí se da arte para que cada Cristiano pueda gozar de esta gloriosa victoria, si no quiere ser ingrato a tan excelente vencimiento. Confío en su Divina Majestad, que si atentamente en este libro, aunque pequeño, leyereis, que no será sin provecho el tiempo que aquí empleareis; y si Dios tanto favor os diere que sintáis con esta lección haber aprovechado, dad gloria a su Majestad, de quien, como de fuentes, nace todo lo que es bueno.*







## CAPÍTULO PRIMERO

DE LA SENTENCIA UNIVERSAL, QUE ESTÁ DADA, PARA QUE  
TODOS LOS HIJOS DE ADÁN MUERAN



**O**RDENADO está de Dios que todos los hombres mueran y que después de la muerte haya juicio. Estas palabras son del Apóstol San Pablo, con las cuales quiere probar a los hebreos que nuestro Redentor Jesucristo, con una sola muerte que padeció en la Cruz, dejó redimido el mundo, y que no es menester que, como el Sumo Pontífice entraba una vez cada año en el Sancta Sanctorum, ofreciendo a Dios sangre ajena de animal, nuestro bendito Salvador, pues entró una vez ofreciendo su sagrada Sangre, se ofrezca al Padre para nuestro remedio muriendo muchas veces, porque si el hombre tiene cumplido con la Ley que Dios puso a todos los hijos de Adán, que una vez solamente muer-

## VICTORIA DE LA MUERTE

ran, ¿cuánto más el Redentor y Señor nuestro Cristo, pagó por todos los pecadores del mundo, muriendo solamente una vez?

Este es el intento del Apóstol, según la letra, y así nuestro Padre San Agustín dice: *Que todos aquellos sacrificios de la Ley figuraban este único sacrificio de la muerte de nuestro Redentor*. De manera que, según el mismo Señor dijo a los fariseos y sacerdotes: *No vino a quebrantar la Ley, según ellos falsamente imaginaban, sino a cumplirla*, pues pasó por ella por su grande humildad y caridad. Era el Dador de la Ley, y sujetóse a la misma Ley, sin tener obligación. Acá lo vemos, que los Reyes ejemplos son de las Leyes que ordenan en sus Reinos. Nuestro Omnipotente Señor y Rey de los Reyes, pudiendo usar de esta libertad de voluntad, se quiso sujetar a la Ley que había dado como dibujo o figura de nuestra santa Ley de gracia: esto pondera San Pablo bien.

He yo elegido aquel dicho de San Pablo para dar principio a este libro, llamado *Victoria de la Muerte*, pareciéndome que es muy a propósito para lo que aquí se ha de tratar. Dos cosas afirma el Apóstol bien dignas de notar: la primera, la inviolable sentencia que Dios tiene dada (que revocar no se puede) contra los hijos de Adán, ahora sean reyes, o emperadores, o pobres labradores, y es, que tengan entendido, que han de morir una vez. Lo segundo, afirma el *Vaso de elección* que después de esta muerte temporal resta parecer cada uno delante del supremo Juez Cristo Jesús. Cuanto a lo primero, mil años antes nos lo dijo el Profeta David en un

Salmo: *¿Quién es el hombre que vive y no ha de ver la muerte?* Quiere decir: hombre católico, que adoras un Dios y te fías de Él, no seas tan desacordado que te olvides de aquel paso tan terrible y puerto tan áspero, que es la muerte. Vives vida mortal, considera que ha de tener fin y que se ha de acabar. Aristóteles en la definición del hombre no se olvidó de este aviso. «El hombre—dijo este sabio—es animal racional y mortal.» Dió-le Dios la razón, aventajándole a todos los animales y aves, para que la regla de sus pensamientos, palabras y obras sea la razón y no la pasión; porque así como el maestro piloto, que guía la nao, en perdiendo el norte, es perdido, así el cristiano, en quitando los ojos del norte, que Dios esculpió en su ánima, y siguiendo sus malas inclinaciones, nacidas del pecado original, sepa que va perdido. *¿Qué dirán aquí los vengativos que no quieren perdonar las injurias a sus prójimos? ¿Qué responderán los que siguen sus avaricias, pretensiones y honras vanas? ¿O qué, finalmente, podrán decir los que desdican de su nobleza, imitando a los brutos animales en gulas y deleites, que aun las bestias no saben inventar? ¡Oh, pecador!, ruégotelo yo; mira tu nobleza racional que el Criador por su largueza te dió; no seas hijo bastardo apartándote de tan ilustre sér como el Señor te comunicó haciéndote semejante a los Angeles; y también considera que eres mortal, según aquí te dijo este sabio con sólo la lumbre natural.*

Dijéronle a un filósofo, llamado Lochago: *Tu hijo es muerto.* Él respondió: *No me decís cosa nueva, porque yo bien sabía que engendré hijo mortal.* Sabia res-

## VICTORIA DE LA MUERTE

puesta fué ésta y digna de ser notada. Y si San Pablo no lo dijera, ni David lo confirmara, la experiencia nos lo pregona cada día: las sepulturas lo relatan y las campanas, que tañen por los que mueren, nos lo dicen, porque se desengañe el hombre y sepa que hay otra cosa más que la muerte ordinaria. Dice ahora el Apóstol: *Y después de esta muerte temporal resta el juicio.*

Aquí se declara ser nuestra ánima inmortal, pues, el cuerpo quedando en la sepultura, ha de ir a dar cuenta al que la crió y redimió, Jesucristo Señor de los Angeles. De este juicio riguroso y de la inmortalidad del ánima se tratará adelante, por no alargar tanto este capítulo. Solamente, hermano, te quiero avisar que estás condenado a muerte, y que no puedes apelar de esta sentencia, y también mira que eres hombre y no bruto, y que si vivieres como bestia, no pagarás sino como hombre. Muerto el león, no hay más león, allí se acabó todo; mas cuando tú murieres, tú ánima ha de ir a juicio: mira que tengas buena cuenta.





## CAPÍTULO II

QUE SOLAMENTE EL HOMBRE HA DE SER PRESENTADO  
PARA DAR CUENTA DELANTE DE DIOS



**D**IENE dada la sentencia Dios para que el hombre muera una vez, y después, que esté a juicio delante del Señor: según vimos en el capítulo pasado, declarando estas palabras del Apóstol San Pablo, nadie hay privilegiado en quien no se ejecute esta sentencia dada y firmada de la mano del Omnipotente Dios y Criador del mundo. Y aun hay otra consideración muy verdadera y provechosa, y es que, no sólo el hombre muere cuando llega al fin de esta vida, mas aun desde que comienza a vivir, también comienza a morir; de manera que nos estamos muriendo todo el tiempo que vivimos. ¡Oh cuán sabiamente habló aquella mujer, Thecutes, cuando quiso persuadir al Rey David que

## VICTORIA DE LA MUERTE

perdonase a su hijo Absalón, que a traición había hecho matar a Amón en un convite! *Todos nos morimos*, dijo esta prudente dueña, *y a la manera que corre el agua sobre la tierra, vamos corriendo, la cual jamás vuelve atrás*. No dijo morir nos hemos, sino estámonos muriendo. Andan la muerte y la vida como hermanas trabadas de las manos, y andamos todos como cercados de pies a cabeza de una serpiente que nos come y consume la vida. ¡Cosa de notar! Que antes que venga el día de la natividad, ya la muerte ha comido el tiempo de nueve meses a cada uno de los mortales.

Dime, hombre, que te prometes largos años de vida y te parece que eres inmortal, ¿qué es de aquella niñez y edad de la inocencia? ¿Qué se hizo aquella flor de tu mocedad? No puedes negar que la sierpe, que traes enroscada en tu cuerpo, te la comió: pues esa misma te consumirá la vejez. *Todos nos estamos muriendo, y como el agua de los ríos va con ímpetu a la mar, caminamos, sin detenernos, para la sepultura, a quien llama Madre el Santo Job, la cual tiene los brazos abiertos para recibirnos. Con desnudez salt del vientre de mi Madre*, dijo este Santo varón, *y desnudo tengo de volver a salir de este mundo*.

Según esto, no habíamos de decir: murióse Fulano, sino acabóse de morir. Una candela o hacha encendida, cuanto más arde, más priesa se da para acabarse. Tal es nuestra vida: candela que se va acabando, dado que nosotros, olvidados de negocio tan grande, no lo sentimos. El que va en una nao, y está durmiendo, camina muchas leguas, y no lo entiende. ¡Oh, pecador! Levanta



tu entendimiento, y verás que en la mesa comiendo, y en tu cama durmiendo, el navío en que vas no sosiega, siempre corre más que en posta tu vida, hasta llegar al puerto, que es la sepultura. Nuestro Padre dice aquí, y con razón: *¡Oh vida de los que mueren y muerte de los que viven* en este destierro! Conformá con esto el glorioso San Gregorio, llamando a esta vida una *larga y prolija muerte*.

Entendiendo vamos cómo esta sentencia de nuestra condenación comienza a ejecutarse desde el principio de nuestra vida y acábase de ejecutar en la última hora de la muerte. Paréceme que estamos en este mundo todos como una cuadrilla de delincuentes, que merecen ser condenados a muerte, y manda el Juez que no los saquen juntos de la cárcel para degollarlos, sino que un día saquen dos o tres, y otro día otros tantos, hasta que ninguno quede. ¡Oh ceguedad humana! ¿Cómo no se mira esto? ¿Hay juicio y saber en los hombres? Todos estamos sentenciados a muerte, como lo afirma San Pablo y esta sabia mujer avisa; y el Soberano Juez Jesucristo, por su gran misericordia, no quiere que acabemos la vida juntos en un día, sino que esta sentencia definitiva se vaya ejecutando poco a poco, para que escarmentemos en cabeza ajena, y viendo que cada día mueren nuestros hermanos, consideremos que presto vendrá por nuestra casa lo que vemos que pasa en la ajena.

Y aun es cosa de gran lástima que, como los sentenciados a muerte, que están presos, juegan y riñen unos con otros, olvidados de la muerte que han presto de

## VICTORIA DE LA MUERTE

padecer, bien así andan algunos cristianos tan desacordados de aquel día espantoso, que riñen y se matan unos a otros, se roban y persiguen como si jamás hubieran de morir. Remedie nuestro Dios esta perdición tan ordinaria y ponga su poderosa mano en negocio tan importante.

De dos juicios podemos entender esta palabra del Apóstol. El uno es particular; el otro, universal. El primero pasa entre el ánima y Dios, porque, en saliendo de este cuerpo mortal, luego es presentada delante de nuestro Dios, para dar cuenta de los pensamientos, palabras y obras que ha hecho. Esta cuenta no hemos de imaginar que será por mucho espacio, porque en aquel punto cada ánima, como en un espejo claro, conocerá todos los males o bienes que pensó, habló y obró sin dilación de tiempo. De esta cuenta particular decía el profeta David: *Señor, no os pongáis con vuestro siervo en juicio, porque bien sé que ninguno de los que viven será justificado delante de vos.* ¡Oh Santo Dios! Si un gran penitente, que tanto ayunaba, que confiesa él que le temblaban las piernas por la gran flaqueza, y si el que declara que se vestía de cilicio y regaba cada noche el estrado de su cama, llorando sus pecados; si este tal tenía aquella cuenta y suplica que no se la tome Dios, nosotros, tibios en la caridad, flacos en hacer penitencia, negligentes en el cumplimiento de la Ley divina, ¿cuánto mayor temor habíamos de tener? Teme el que es gigante; ¿cuánta razón es que tema el que es enano? Mas dad acá, Santo Rey: ¿vuestros pecados no se han de pagar? ¿Qué pedís o qué

demandáis? Como es propio a la Justicia divina premiar lo que es bueno, también lo es castigar lo malo. Muy bien dice este Sabio Profeta; gran retórica lleva esta su petición: *Señor Dios mio, no entréis conmigo en juicio*, porque no dudo que me alcanzaréis en cuenta, *y que no seré justificado*. Haced este juicio con vuestro Hijo, cuando se humanare, y la prisión, que yo merezco perpetua, habiéndoos ofendido, padézcala él; los azotes y llagas, que a mí como a malhechor se me habían de dar, dénselas en su carne inocentísima; finalmente, la muerte eterna, que en mí se había de ejecutar, padézcala él, y páguela muriendo en la Cruz por mis pecados y los de todo el mundo. Mi fiador es, yo no tengo caudal para pagar mis deudas: páguelas él. ¡Oh! ¡Si tomásemos cada noche estas palabras de la boca de este santo varón, y siquiera por media hora examinásemos nuestra conciencia, ofreciendo al Padre Eterno los trabajos y muerte de su amado Hijo Jesucristo, y suplicándole con humildad: *Dios mio, no me juzguéis con rigor*, perdonad mis maldades, pues a mí me pesa de haberos ofendido, y mi Redentor ha pagado por mí, con demasía! Gran obra sería esta, y mucho aprovecharía el alma que así lo hiciere sin cansar todos los días de esta vida.

Veis aquí, hermano, cómo tu vida es una larga muerte, pues cada hora y momento te vas acabando. Ten advertencia que te has de ver en este juicio particular en acabándose tu vida, y ten por averiguado que si en esta cuenta particular te fuere bien, en la universal, que es el juicio, que se celebrará resucitando todos, no te podrá ir mal.





### CAPÍTULO III

¿QUIÉN FUÉ EL AUTOR DE LA MUERTE?



Dios no hizo la muerte, ni se deleita en la perdición de los vivos. Una de las mercedes grandes que nuestro Dios nos hizo a los cristianos, es declararnos por la divina Escritura de dónde nos vino tanto mal, y de qué fuente manó un agua tan amarga y desabrida como es la muerte. No hay cosa que tanto aborrezca el hombre como ésta, ni en que tanto agravio padezca (al parecer común) como perder la vida, en la cual todos los sentidos quedan perdidos: pues ya ni los ojos ven, ni los oídos oyen, ni las manos tocan, ni la lengua puede hablar. Los infieles, como gente ciega, piensan que, como al león y al caballo les es natural el morir, así al hombre. ¡Oh, lo que debemos a nuestro Señor por esta luz celestial y fe que Él plantó en nuestros corazos-

nes! *Don es de Dios* (dice San Pablo) *no merecido, ni se puede merecer*. Bendito sea Jesucristo, y todos los Angeles le alaben por tan gran favor y regalo que de su franca mano recibimos. ¿Quieres saber, hombre, quién fué el artífice de tan grande mal como es la muerte? Oye al sabio y ten atención a sus palabras, que son de gran peso y valor: *No hizo Dios la muerte, ni se deleita en la perdición de los vivos*. No hay en el mundo cosa que tanto contradiga a otra como es la vida a la muerte, y como Dios sea vida, y fuente de quien participa todo lo que vive en el Cielo y en la tierra, bien se concluye que Él no hizo la muerte. Mucho contradice la luz a las tinieblas, el agua al fuego: pues mayor contradicción hay entre la vida, que es Dios, y la muerte. ¿*Por ventura* (dice San Pablo) *podrán tener amistad la luz y las tinieblas?* Pues muy más imposible es que la vida y la muerte hagan alianza. Palabras son de vida eterna aquellas que escribió Ezequiel: *¿Por qué habéis de morir, oh casa de Israel? No quiero yo la muerte del pecador, antes deseo su vida*. Pregunta es ésta que sale de aquellas entrañas amorosas del Criador, y que manifiesta gran sentimiento porque los hombres mueren.

Representó lo que hemos dicho nuestro Salvador al vivo cuando lloró la muerte de su amigo y limosnero Lázaro. San Juan dice que *lloró Jesús* cuando vino a visitar a las dos hermanas afligidas por la muerte de su hermano Lázaro. No pasemos como quiera por lágrimas tan misteriosas, y de tan gran valor, que cada una era perla bastante para redimir el mundo: porque si Aristóteles dijo que cada obra se ha de estimar según la

calidad de la persona, ¿qué obran aquellas lágrimas preciosas de Cristo? Valor tenían infinito, pues que no era hombre sólo el que lloraba, sino Dios verdadero, a quien estaba unida aquella Humanidad en unidad de persona: estaba el Hijo de Dios como escondido y disfrazado bajo de aquel sér humano. ¡Oh, Rey de Gloria, oh alegría de los Angeles!, ¿por qué lloráis? ¿Habéis de ganar a llorar la maravilla que luego habéis de obrar, dando la vida a Lázaro, sepultado y aun podrido? Allá Elías, para resucitar al niño de la viuda Sareptana, *mi-dióse con Él*, paseóse y gimió antes que el niño resucitase, porque aquel santo varón no era más que hombre. ¿Qué llanto es éste, piadoso Señor? Muchas razones se dan aquí de estas benditas lágrimas. Sin duda quiso consolar a sus amadas discípulas compadeciéndose de su trabajo: porque antes que demos la limosna a los pobres nos compadezcamos viéndoles padecer; y que salga de amor caritativo el remedio que les damos. También lloró y gimió por el estrago que la muerte hizo en el hombre, que Él crió a su imagen y semejanza. Quiso decir llorando: ¡Oh, mi hombre, que no te crié yo para que murieses, sino para que vivieses vida eterna!, y aquí, con gran contento y placer de la vida, gozases: y por esto te di aquel paraíso de deleites, vergel criado para ti y tus hijos; y porque cuando fuese mi voluntad os trasladase a otro mejor paraíso, que es el Cielo empíreo.

También declaró Dios antiguamente qué enemistad tiene con la muerte, cuando quiso castigar al linaje humano en el diluvio. Estaba estragado el mundo por gran

## VICTORIA DE LA MUERTE

multitud de pecados. Habla el Señor con Noé, al cual mandó hacer una arca tan grande, que tardó en edificarla cien años. ¿No miráis la paciencia del Señor, cómo va esperando a los pecadores? En menos de una hora la hicieran los Ángeles si su Criador se lo mandara. Finalmente dice Dios que le acongojó mucho el pensar que había de matar tantos millones de hombres. Nótese las palabras que la Escritura santa nos dice: *Interiormente, con dolor de corazón, dijo Dios: quitaré la vida a todo hombre que vive en la tierra.* ¿Con qué palabras se pudiera encarecer más el amor que Dios tiene a los hombres? ¿o qué divisas de amor se pudieran dar que igualaran con este sentimiento? ¡Oh pecador desamorado! ¡Oh ingrato a tu Criador! que así te ama, siendo Él quien es, poderosísimo en sí mismo, que de nada de lo que crió tiene necesidad, y tú, pobre mendigo, que nada vales sin tu Criador, sino para leña del infierno, no le amas.

Considera, pues, hermano, que Dios es vida eterna, y que Él no hizo la muerte, ni se alegra en la perdición de los vivos: antes, si fuese posible, le da gran pesadumbre y aborrece la muerte: pues cuando se hizo hombre y tuvo ojos para llorar, derramó lágrimas viendo muerto a su amigo Lázaro. Ahora dice lo que escribió Ezequiel: *¿Por qué has de morir, casa de Israel?; yo no quiero sino la vida del que peca.* Autor de todo lo que vive y fuente de vida soy. Si tanto deseas vivir, vente a mí, que yo te recibiré: que para eso me hice tu hermano, tu Pastor y tu Redentor. No temas, sino, como el hijo pródigo, deja ese oficio bajo y vil en que te has em-



B E A T O O R O Z C O

pleado, apacentando esos cinco sentidos en pastos vedados por mi santa Ley: te recibiré con entrañas de Padre, y se alegrará toda mi casa real, y cantarán alabanzas a mi Majestad todos los Ángeles por tu conversión.







## CAPÍTULO IV

QUE EL HOMBRE ES AUTOR DE LA MUERTE



**V**INO la muerte por el hombre, y por el hombre es hecha la resurrección. En el capítulo pasado nos dijo el Sabio quién no hizo la muerte, porque Dios, que es vida, no puede ser autor de la muerte, ni deleitarse en la perdición de los vivos. Ahora nos señala con el dedo el Apóstol al malhechor y artífice de esta obra tan fea, y aborrecible a Dios y a los hombres. *Por el hombre vino la muerte.* Si bien lo consideramos, antes que Adán pecase, hallaremos que nuestro Dios le dió un retrato de esta pena, cuando le dijo: *No comas de aquel árbol de la ciencia del bien, y del mal. Cata, que te costará la vida. De todos estos árboles come; mas el día que del árbol de la ciencia del bien comieres, ten por cierto que morirás con muerte.*

Grandes cosas se ofrecen aquí que considerar; menester es atención: lo primero, nuestro Dios, no por falta de franqueza, prohibió aquel árbol a nuestro primer Padre; antes se manifestó muy liberal, pues le dió licencia, que de todos los demás comiese: por donde entendemos que el Señor no plantó en aquel vergel árbol estéril, no sauce, ni olmo; así en esta Santa Iglesia, que en los cánticos es llamada *Huerto cerrado*, no sufre su Majestad alma que no lleve fruto de buenas obras. Palabras son de nuestro Salvador, y aviso que a todos nos da diciendo: Todo árbol que no llevare fruto, será cortado y echado en el fuego. ¡Oh, amenaza espantosa! Y aun se ha de admirar que dió documento a los Prelados, que deben conceder muchas cosas a los súbditos, y prohibirles pocas. Somos muy inclinados los hijos de Adán a desear y apetecer lo vedado; y cierto es de notar, que si entonces en aquel estado de la inocencia nuestros Padres comieron el primer bocado del árbol que Dios les vedó, no teniendo inclinación al pecado: nosotros, masa estragada, y *concebidos en culpa*, ¿cuánto más nos iremos tras nuestra mala inclinación, apeteciendo lo que nos prohíben? De aquí es que al hombre le parece mejor la casa de su vecino que la suya, y conténtale más la dignidad ajena que la que posee; y aun al casado, siendo el solicitador Satanás, le da más contento la mujer de otro que la que Dios le dió. Ejemplo claro de esto tenemos en el Rey Achab, que se moría por la viña del justo varón Naboth, teniendo él tantas heredades y riquezas, pues era Rey poderoso. Lo mismo leemos de David, cuando pecó con Bethsabé.

## B E A T O O R O Z C O

Pues veamos: ¿por qué Dios apartó aquel árbol para sí? Grandes fines y muy justos tuvo el Señor en este mandamiento: lo primero, quiso enseñar que Él era Señor de aquel jardín, y que Adán había de reconocer vasallaje, y aun por esto no le crió dentro de aquel gracioso huerto, sino fuera, porque entendiérase que era peregrino. Tuvo otro motivo bien delicado, y fué que Adán mereciese que mayores mercedes se le hicieran, confir-mándole en la gracia y justicia original que le había dado, y que para siempre a su tiempo gozase por bea-tífica visión en el Cielo de su Criador. Además de esto fué gran merced que le hizo en no darle aquel árbol, porque le necesitase a tratar y conversar mucho con su Señor y hacedor; y para entender esto mírese que Adán había de ser Rey grande y gobernar una república prin-cipal, que es linaje humano; y que en esta gobernación habían de suceder muchas cosas dudosas, y para acer-tar, era menester consultarlas con Dios. Y así leemos de Moisés, que en todo lo que dudaba para guiar aquel pueblo, luego iba al Tabernáculo y lo consultaba con Dios, y el Señor le decía lo que había de hacer. De ma-nera que esta fué gran señal de amor, que Dios mani-festó a Adán, al cual crió tan sabio, que fué cifra la sa-biduría de Salomón. Mas porque, como dice el filósofo: *De las cosas particulares no hay ciencia, sino de las universales*, quiso el Señor decir; y te doy tanta sabidu-ría, que baste para poner nombre a todas las cosas. Mas la ciencia práctica, el determinarte en los casos particu-lares, no te la quiero dar, porque te amo mucho, y huel-go de tu conversación; vente a mí, haz oración, que yo

## VICTORIA DE LA MUERTE

quiero ser tu Maestro, y te enseñaré lo que has de hacer en el regimiento de este Imperio, que te doy.

Aquí viene bien la traición de Lucifer, cuando tentó a Eva, y le prometió ciencia divina si comiesen de aquel árbol. Quiso decir: Si quisierais no obedecer a Dios, sabréis tanto que no habréis menester otro Maestro. Y como el traidor es envidioso, blasfemó del Señor, diciendo: que por envidia les había prohibido aquel árbol. ¡Oh, traidor, que en el Cielo fuiste blasfemo, y en la tierra también. Estando ya Eva persuadida y engañada con la mentira de este falsario enemigo de Dios, parecióle la fruta de aquel árbol hermosa y dulce para comer; y así, la cortó y la comió. No contenta con haber menospreciado el mandamiento de su Señor, convidó a su marido, el cual consintió en su triste ruego, y también comió. Veis aquí al hombre que trajo la muerte al mundo, y la dejó en herencia a todos sus hijos. Aquí es bien notar, cuánto mal nace de las malas conversaciones. Si Eva no trabara pláticas con aquella serpiente, sino que a la primera palabra la dijera: anda maligno, vuélvete a tu infierno, que la razón porque Dios nos dió ese precepto, es porque quiso, y está muy bien hecho todo lo que aquella suma Bondad hace; así quedara el demonio vencido y aun corrido, que es un soberbio: y fuérale gran confusión haberle derribado una mujer. Cuán bien dijo el Apóstol: *Destruyen a las buenas costumbres las palabras malas*. Conversación pestilencial es la de los pecadores, que, con sus palabras ponzoñosas, estragan las buenas costumbres. No menos los libros mundanos, que los ministros de la maldad escribieron, son veneno

para las ánimas, enseñando a pecar a quien los lee. ¡Oh, nuestro Dios remedie el gran daño que en la cristianidad hay en lo uno y en lo otro! Aquí habían de cargar la mano los Predicadores y los Confesores, reprendiendo este vicio tan ordinario y tan perjudicable a las vidas cristianas. También erró mucho Eva en fiarse de su parecer; pues fuera razón que fuera a consultar con Adán un negocio tan grave, porque él la enseñara ser Satanás aquella serpiente, padre de mentira y engañador perverso. Verdad es que ella (como afirma San Pablo) *engañada fué*, y creyó la mentira de la serpiente, consintiendo en la tentación. *Adán no fué engañado*, porque bien vió que era burla lo que prometió el demonio; y en cuanto a esto, pecó más que Eva. La razón es, porque ofendió a Dios a ojos abiertos, no ciego de la pasión y apetito de la ciencia. Esta rebeldía de Adán fué la entrada del pecado en el mundo: y por el pecado vino la muerte. Bendito sea Jesucristo Dios, y Señor nuestro, que por su clemencia infinita, resucitando al tercer día, remedió esta gran pérdida y nos dió la vida.

¿Quieres cristiano vivir perpetuamente? Ten por maestro a tu Criador, y no quieras saber más de lo que Él te enseñare en su Santa Ley. Con Él te aconseja, dándole parte de todos tus negocios, si quieres acertar. Habla con su Majestad continuamente orando, que Él te dará luz y sabiduría, para que no yerres. No des oído a la serpiente, que hasta ahora anda tentando los Fieles; sino toma el aviso que te da Santiago, *resistiendo varonilmente al demonio, y luego huirá*. Cobarde es y flaco, si le haces rostro peleando. No hay que temer, llamando a Dios en

## VICTORIA DE LA MUERTE

tu favor. Esto es lo que dijo San Pedro, hablando de este León cruel: Hermanos, *resistid con fe a este adversario que os anda cercando y bramando por tragar alguna ánima*, y dar con ella en el infierno. Para ganar esta victoria es menester no ser curioso, sino diligente obrero de lo que manda Dios; huid de conversaciones dañosas; aborreced libros vanos, y aprovechaos de la santa lección que hay en los libros devotos.







## CAPÍTULO V

QUE POR EL HOMBRE ENTRÓ LA MUERTE EN EL MUNDO



OR un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado vino la muerte. Aquí nos declara el Apóstol la fuente de nuestras miserias y trabajos, los cuales tuvieron principio en el descuido de Adán: adonde se ha de advertir que nuestro Dios no puso el mayorazgo nuestro de la justicia original en cabeza de mujer, sino de hombre; por donde se entiende que nuestro Señor le dió mayor caudal de sabiduría y virtud que a la mujer. Señal de esto es haber dicho el Apóstol, que *Eva se engañó, y no Adán.*

Aquí liemos de considerar cuán grande fué el pecado de nuestro primero Padre, y cuán ingrato fué a los beneficios de su Criador, el cual le crió tan noble criatura, haciéndole a su imagen y semejanza cuanto al áni-

## VICTORIA DE LA MUERTE

ma. Proveyóle de un cuerpo, tan sutilmente organizado, que todos los médicos sabios se admiran de ver una compostura tan sutil. Plantó en él su santo amor haciéndolo su amigo. Dióle la justicia original por la cual el alma estaba sujeta, unida y aun muy regalada con Dios, y los sentidos todos obedientes a la razón.

¡Oh arpa de la mano divina labrada y templada, a cuya música, no solamente los Angeles se alegraban, mas aun el mismo Criador se gozaba en oirla! El entendimiento contemplaba el poder de la Divina Majestad. La voluntad con todas sus fuerzas se empleaba en amar a su Criador. La memoria, sin cesar, como un espejo claro, representaba las mercedes recibidas en haberle dado tan excelente sér en aquel vergel tan deleitoso y dado el señorío de las aves, peces y animales, y finalmente, como dice David, *poniéndole debajo de los pies todas las cosas*. ¡Oh, válgame Dios! Si solamente de contarle da tanto contento al alma cristiana, ¿qué fuera si lo poseyera cada uno de nosotros? Todo lo dicho, y mucho más que decir no se puede, recibió Adán, el cual, por dar contento a Eva, todo lo puso en olvido y desobedeció a su Señor, tan liberal en darle tantas riquezas corporales y espirituales. ¡Oh, grande ingratitud, digna de castigo perpetuo!

Agravó aún más este pecado ser tan fácil lo que el Señor le mandó. No le quitó la mitad de los árboles de aquel gracioso huerto, que tantos tenía y tan fructíferos. Solamente le quitó uno solo, y no por el árbol, como ya notamos, sino para que entendiese que aquel vergel tenía dueño; y para que obedeciendo, le hiciese

## B E A T O O R O Z C O

mayores mercedes. Muy bien dijo San Juan en su cánonica: *Los mandamientos de Dios no son pesados*. Es decir: no son dificultosos de cumplir. Y si mandó a Abraham que le sacrificase a su amado unigénito y mayorazgo Isaac, hijo de la señora Sara, prueba fué de amor, y al fin, todo paró en bien, que Isaac quedó con vida, y fué en su lugar sacrificado un carnero.

También acriminó más su delito Adán cuando dándole voces Dios, y llamándole a penitencia, iba huyendo, para esconderse a la sombra de los árboles. ¡Oh, negocio lastimero! Siendo antes tan sabio y avisado, en pecando quedó tan tonto que pensó que había escondrijo para los ojos de Dios, *el cual llena los Cielos y la tierra*, según él declara por Jeremías. De manera que el sér de Dios infinito no está como el Rey en su reino, el cual gobierna con su poder, sino está en todo lo criado, por esencia, presencia y potencia, y en sus amigos también está por gracia. *Si subiese al Cielo*, Señor, *allí estáis* glorificando a los Angeles y Santos. *Si bajare al infierno*, *allá estáis* ejecutando justicia en vuestros enemigos. *Si tomare alas y morare en los fines de la mar*, *allí vuestra mano me prenderá*. Esto contemplaba el Santo Rey David, cuando, levantando su contemplación, consideraba la Majestad y poder infinito de Dios, de cuya presencia nadie puede huir.

Finalmente llamado como a juicio Adán, no se conoce, que fué otra simpleza grande, sino echó la culpa a Eva, y Eva se excusó con la serpiente. ¡Oh! Por servicio de Dios estamos en esto. ¡Gran fealdad debe ser la del pecado! ¡Monstruo espantoso debe parecer! Pues nadie

## VICTORIA DE LA MUERTE

le conoce por suyo, no Adán, ni tampoco Eva. ¡Oh, imagen del infierno y retrato de Satanás! Pues que el mismo pecador que te cometió te desconoce. Parece como animal que anda perdido, que acá llamamos Mostrenco. Ahora, pues, dice Dios: la pena os abrirá los ojos, para que conozcáis vuestro pecado no ser ajeno, sino propio: *Tú, Adán, porque obedeciste a tu mujer contra mi mandamiento, con el trabajo y sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que mueras y te vuelvas en tierra, de la cual yo te hice ese cuerpo Y vos, Eva, con dolor pariréis vuestros hijos y seréis sujeta a vuestro marido.*

Aquí será bien considerar que nuestro Dios mayor penitencia dió a Eva que a su marido. A él penitenció en dos cosas: en el trabajo que había de padecer en esta vida, para mantenerse, y en la muerte, que había de padecer, volviéndose en tierra. A la mujer dió tres penas: una en los dolores del parto; otra en la sujeción que había de tener a su marido, y la tercera, que muriese como Adán; y aun podíamos decir que fueron cuatro penas las que se dieron a Eva, porque en el estado de la inocencia sin agravio de su integridad concibiera y pariera. Prueba esta verdad Santo Tomás, por una autoridad de Nuestro Padre, que lo afirma así en el libro de la *Ciudad de Dios*. Y si preguntamos ¿por qué la justicia recta de Dios dió mayor penitencia a Eva? Podemos decir que la razón fué porque convidó a pecar a su marido. De aquí entenderán las personas que son terceras, para que Dios sea ofendido, cuán gran juicio han de tener delante de nuestro Redentor.

## B E A T O O R O Z C O

Este es oficio del demonio y no de hombres, que no paran en ser ellos malos, sino que son instrumentos de Satanás, convidando a otros a pecar. De esto se queja mucho Dios, por David; y dice: *¿No saben los que obran maldad, que comen mi pueblo como si fuese pan?* Obra maldad el que da escándalo a su prójimo con su mal ejemplo, aunque no hable; y obra iniquidad el que con palabras persuade a otro que peque; y estos pecados doblados se han de confesar, con gran afrenta y dolor, al confesor.

Mira, pues, con aviso, hombre cristiano, la gran ingratitude de tu padre Adán, y no le imites, siendo desconocido a tu Dios y bienhechor, quebrantando su santa ley. Mira que es muy fácil de cumplir lo que Dios te manda, pues todo se funda en amor de Dios y del prójimo, y *de aquí dependen los profetas y ley* suave del Señor. Considera la gran piedad de Dios, que llamó a penitencia a nuestros primeros Padres, y no luego dió con ellos en el infierno, según lo merecían. Juntamente con esto piensa profundamente, cómo la justicia divina castiga los pecados y cuánto acrimina al ser alguno instrumento y tercero para que otro ofenda la Divina Majestad, tan digna de ser obedecida, amada y siempre alabada en el Cielo y en la tierra.





## CAPÍTULO VI

DE TRES MUERTES QUE EL PECADO OBRÓ EN EL HOMBRE



**G**ENTRÓ el pecado en el mundo por un hombre, y por el pecado vino la muerte. Es un piélago tan profundo el pecado de Adán, que no basta entendimiento humano para entender cuantos males nos encaminó, y mucho menos bastan palabras para darle el encarecimiento debido.

Sea nuestra guía el Espíritu Santo, el cual habló en San Pablo, cuyas palabras comenzamos a tratar en el capítulo pasado. No es una muerte sola, sino tres, las que obró el pecado primero, entre las cuales hay gran diferencia, porque la primera es muerte del ánima; la segunda es la del cuerpo; la tercera es la del ánima y del cuerpo. De la primera dijo nuestro Salvador a un mancebo, que le pidió licencia para enterrar a su pa-

## VICTORIA DE LA MUERTE

dre, y que luego volvería a seguirle: *Deja a los muertos que entierren sus muertos, y tú ve a predicar el Reino de Dios.* Aquí el Señor del mundo llamó muertos en el ánima a los pecadores que, estando apartados de Dios, tienen muertas sus almas, y estos dijo que entendiesen en dar sepultura a sus difuntos, que eran muertos según el cuerpo. Nuestro Padre afirma que, a la manera que el ánima da vida al cuerpo, así Dios, cuando mora en el ánima por gracia, le da vida. Es este símil muy bueno, porque de la manera que el cuerpo sin el ánima está feo y sin hermosura, bien así el ánima sin la gracia divina queda muerta y en gran manera fea. *Más negra es la cara de ellos que los carbones,* dijo Jeremías llorando. Cosa es maravillosa que diga el Señor, que crió aquellas cinco Vírgenes locas, el día del juicio, cuando llamen a la puerta: *¡No os conozco!* Venís tan feas y tan desfiguradas por el pecado, que, con ser obra de mis manos, digo que no sé quié sois. Esta muerte espiritual, en la cual el alma triste se aparta de Dios, es con la que Él principalmente amenazó a nuestro Padre primero: mira que no seremos amigos si no me obedecieres; quitarte he mi gracia, y quedará tu alma muerta, y si hubiere juicio y consideración en los pecadores, esta es la muerte que más habían de temer; mas como gente ignorante, temen la sombra de la muerte, que es la corporal, y de la del ánima, que es estar apartados de la amistad de Dios, no tienen cuenta. Son como los niños, que de la sombra que hace la hacha se espantan, y si los allegan cerca, extienden la mano queriendo tocar la llama que



resplandece. No temen el fuego del infierno, y tiemblan de ver un muerto y de pensar que han de morir.

La segunda muerte es la corporal, y ésta nació de la primera: de arte que, si no hubiera muerte de ánima, que es apartamiento de Dios, tampoco hubiera muerte corporal. Verdad es que Dios no crió al hombre inmortal por naturaleza; mas por don de gracia se le concedió que en el estado de la inocencia no muriese. Esta doctrina es de nuestro Padre y de los teólogos, y esto quiso decir el Apóstol en estas palabras: *Por el pecado vino la muerte*. De arte que una muerte trajo consigo la otra muerte. La espiritual, que es apartarse el ánima de Dios, fué causa que en el cuerpo ejecutase la Justicia divina la división del ánima y del cuerpo en la muerte; y por ventura estas dos muertes quiso significar el Señor cuando dijo: *En el día que comieras del árbol de la ciencia del bien y del mal, morirás con muerte*. Esto es decir: avísote que te castigaré con doblada muerte, con la del ánima y la del cuerpo. Y si la muerte corporal en aquel día no se efectuó, hasta que pasaron *novcientos y treinta años*, a lo menos comenzó Adán a morir en pecando, y, según ya probamos, la vida mortal que vivimos prolija muerte es.

También hay otra tercera muerte, cuando en la resurrección las ánimas condenadas se visten de sus cuerpos miserables y vayan al infierno a morir perpetuamente. De aquí es lo que San Juan dice en el Apocalipsis: *Bienaventurado será aquel a quien no atormentase la muerte segunda*. Dichoso el que (aunque haya pecado) hace penitencia y se vuelve a Dios, resucitando a

## VICTORIA DE LA MUERTE

nueva vida y restaurando la amistad de Dios que perdió pecando, y aun será dichoso el que muriese cuanto al cuerpo creyendo y amando a Jesucristo. El desdichado será quien pasare por todas tres muertes.

El remedio es, hermano, que si está muerta tu ánima, eres enemigo de tu Criador, que con presteza te levantes, y alumbrarte ha Jesucristo. Mira no te tome la muerte corporal estando muerta tu ánima, porque por fuerza morirás en cuerpo y ánima en compañía de los demonios. Privilegio tenéis excelente para poder restaurar la vida del ánima. Aprovechate de él con tiempo, porque halles la puerta de la misericordia del Señor abierta, el cual quiere que los hombres se salven, pues para fin tan excelente los crió y redimió con su sangre, honra y vida, muriendo en la Cruz.





## CAPÍTULO VII

QUE FUÉ NUESTRO DIOS MISERICORDIOSO Y JUSTO EN CONDENAR A MUERTE A NUESTRO PADRE ADÁN Y A SUS DESCENDIENTES



ON *el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que te vuelvas en la tierra de que fuiste formado.* En todas las cosas que nuestro Soberano Dios obra, resplandece su gran misericordia y bondad, y también su admirable justicia, las cuales traen tan gran hermandad que no se halla la una sin la otra. En manera que aun en los condenados, que están en el infierno penando por sus pecados, da gran resplandor la justicia de Dios, y también su piedad, porque no los castiga con el rigor que ellos merecían. La razón dice que el que ofendió a Majestad infinita, padezca pena infinita, y si ésta diera Nuestro Señor a los condenados, bastara

## VICTORIA DE LA MUERTE

para aniquilarlos, porque fuerzas finitas, como son las de la criatura, no pueden sufrir pena infinita. Y esto es lo que dicen los teólogos, que *Nuestro Señor premia a los buenos más de lo que merecen, y castiga a los malos menos de lo que por sus maldades eran dignos*. De aquí es que el Señor del mundo, guardando su antigua condición cuando penitenció a nuestro primero Padre, usó de misericordia y de justicia juntamente: ahora declaramos esto.

Grande fué la piedad del Señor, ya que había Adán pecado y menospreciado el mandamiento de su Criador, tan fácil de guardar, como ya dijimos, que ejecutase la amenaza que le hizo, diciendo: Mira que si no obedeces mi mandamiento, que te costará la vida. Lo primero convenía así, para que Dios, que es eterna verdad, cumpliera su palabra. Y también porque entendiésemos todos que el pecado ha de ser castigado rigurosamente, y así castigáramos todos nuestros apetitos desordenados, escarmentando en cabeza ajena, mirando aquel castigo ejemplar que Dios hizo en el primer pecador que hubo en la tierra.

Mayormente que este castigo declara en gran manera la misericordia de Dios. Para esto se ha de notar que muy bien pudiera el Señor, *cuando sacó a Adán de su pecado, dándole su gracia*, darle juntamente la inmortalidad; más fué darle su amor, con el cual resucitó su ánima muerta y apartada del que la crió, que darle que no muriese cuanto al cuerpo. Mas no quiso sino que estuviese sujeto a morir, porque la muerte fuese como medicina y remedio de sus trabajos y penitencia. De mane-

ra que habiéndole dicho que con el sudor de su rostro ganaría su comida, pues que fué ingrato de la mesa real y tan bastante que le había dado en el Paraíso, luego parece que añadió el remedio de la vida tan trabajosa, en volverle a la tierra, de donde su cuerpo fué fabricado. El santo Job, con palabras breves, significó las miserias de nuestra vida mortal: *El hombre nacido de mujer vive tiempo breve y está lleno de muchas miserias.* ¡Oh, cuán humilde había de ser el hombre, considerando de quién nace! Mujer, flaqueza significa. Pues de raíz flaca, ¿qué se espera, sino flaco fruto? Bájate, hombre, y mira que de flaquezas tienes principio. No presumas de fuerte. *¿Por qué te ensoberbeces, tierra y ceniza?* Mira los títulos de bajeza que te da el Eclesiástico, y pon en ellos los ojos, y desharás la rueda de tu presunción y vanidad. Tierra vil eres y ceniza que no tiene firmeza, y cada viento la arrebata. Mira más que con ser flaco, tu vida se acabará presto. Mas aunque breve es la vida, muy llena y abundante es de trabajos. Por tanto, dijo luego este santo varón: *Que está llena de miserias.* No se atrevió a contarlas, porque son casi sin número. Nuestro Padre recuerda muchas en una de sus meditaciones, y dice: *Esta vida es mísera y caduca, incierta, trabajosa, reina de los servicios y llena de errores, y, finalmente, no es vida, sino larga muerte.* Todo lo dicho es verdad, dice este Doctor. Mas es tanta la ceguedad de algunos hombres, que esta vida, con ser tan amarga, *con su cáliz, que parece de oro, los embriaga* de tal arte, que la aman y no querrían salir de ella. De todas estas miserias y adversidades hace libres la muerte a los hom-

## VICTORIA DE LA MUERTE

bres. Ella pone silencio a la pobreza, da fin a la enfermedad, corta la tela trabajadora que los hombres andan tejiendo con tanto cuidado en buscar honras, riquezas y dignidades. ¡Oh, bendito sea el Señor que tal puerto aparejó, adonde los corazones hallen reposo, habiendo pasado tantas tempestades en el mar bravo de este mundo! No sin causa en la Divina Escritura, Testamento viejo y nuevo, muchas veces se llama la muerte *sueño*, porque así como el que duerme reposa, habiendo trabajado todo el día, y todos los sentidos y potencias del alma están suspensas, así en el sueño de la muerte luego cesan los negocios del mundo, se cortan las enfermedades y se acaba la pobreza, que tanto afligía en la vida. Con razón diremos que nuestro soberano Señor, con gran piedad, ordenó la muerte después del pecado, porque en ella se dé un finiquito a todas las calamidades de esta breve y penosa vida. Causa bastante y motivo principal es éste para alabar siempre a tal Padre y Señor, si la consideración de tan gran beneficio tuviésemos.

Visto hemos cuán misericordioso se mostró el Señor con Adán, condenándole a muerte y a todos sus hijos. Ahora resta ver cómo dió a entender ser justo. Nadie de los cristianos puede decir: —Yo no pequé contra Dios para que se me quite la justicia original que Adán perdió por su culpa—. Hermano mío, mirad que sois hijo de traidor, que ofendió gravemente a su Criador y que justamente sois castigados, heredando la culpa original y las miserias de esta vida, dolores, enfermedades y muerte, porque si acá las leyes humanas con razón disponen que el que comete crimen *lesae Majestatis*, que es

# B E A T O O R O Z C O

traidor a su Rey, sea desposeído él y sus hijos del mayorazgo que tenía, y así lo vimos en el tiempo de las comunidades el año de veinte; ¿cuánto con más razón nuestro Padre Adán, siendo traidor al Criador del mundo, era justo que no sólo en él, mas en todos sus descendientes, fuese castigada su traición? Si ofender a un Rey, que no es más que puro hombre, se castiga justamente con tanto rigor, ¿la ofensa al Rey de los Reyes, Majestad infinita, por qué no se castigará en Adán y todos sus hijos, hasta que se acabe el mundo? Tened paciencia, que nuestro *Dios*, como dice David, *es justo y recto en su juicio*.

Considerad su gran misericordia, que ordena la muerte, para dar fin a las miserias y trabajos de los hombres, que casi no se pueden contar. Y también mirad, que justamente por ser vos hijo de tal padre pecador, perdisteis la justicia original, que en él se depositó, y heredáis la culpa original, por la cual sois sujeto a la muerte.









## CAPÍTULO VIII

QUE POR LA HERENCIA TRISTE DE LA CULPA ORIGINAL  
ESTAMOS CONDENADOS A MUERTE



*Así como en Adán todos los hombres mueren, bien así en Cristo todos tendrán vida:* Este es un argumento que tiene gran fuerza, del cual usa el Apóstol para dar a entender cuánto mal nos vino de Adán el terreno, y cuán bien y riqueza nos trajo al mundo Cristo Jesús, Adán celestial. Quiere decir San Pablo: Dad acá, hombres, si Adán hombre, y no más que hombre, por su pecado pudo hacer tanto mal a sus hijos, que por él mueren todos, ¿cuánto mejor Jesucristo, hombre y Dios, habiendo muerto en la Cruz y resucitado nos dará vida eterna? Nuestro Padre, en una epístola que escribió a Optato obispo, dice así: *En la manera que nadie de los hombres está en el Reino de la muerte sin Adán,*

## VICTORIA DE LA MUERTE

*tampoco puede estar en el Reino de la vida sin Cristo.* Declaró esto mismo el Apóstol escribiendo a los corintios, cuando dijo: *Por un hombre vino la muerte, y por otro hombre vino la vida.* Aquí será bien notar, que en la divina Escritura las proposiciones universales no se han de entender tan rigurosamente como suenan. El profeta David afirma: *Que todos cayeron, y son inútiles, y que no se halla uno que obre bien.* Es darnos a entender que por la culpa de Adán quedamos inhábiles para la virtud, y que por nuestras fuerzas no bastamos para hacer servicio a Dios, por el cual nos dé la gloria. Mas no niega que por la gracia divina haya muchos justos. Ahora y siempre los hubo, porque siempre Dios tuvo Iglesia en la ley natural y escrita, aunque más en esta santa ley de gracia que nosotros gozamos. También afirma el Evangelio que toda Jerusalén y gente de aquella comarca salió al Jordán para ser bautizados de mano de San Juan. Claro está, que muchos enfermos y ocupados quedarían en la ciudad, que no irían a ser bautizados. Luego hemos de entender por aquella palabra *todos*, la mayor parte, y así el aquí afirmar el Apóstol, que *todos murieron en Adán*, porque en él pecaron, no perjudica a la purísima Virgen María, Madre de Dios.

Ella sola por singular privilegio fué exenta de aquella mácula, que dijo el mismo Apóstol: *Todos pecaron en Adán.* Para tener esta opinión tan pía y tan conforme a razón, consideremos qué cosa es pecado original, y hallaremos que los teólogos le dan títulos espantosos. Llámamle mácula y fealdad en el ánimo, enemistad con Dios, cebo del pecado actual, falta de la justicia original.

¡Oh, Santo Dios, qué nombres tan temerosos son éstos! Y aun otro le añaden, y es, dominio y señorío del demonio. Pues veamos, aquel Hijo de Dios, hermosura de los Ángeles, de los Cielos y de todas las flores, que se llama en los cánticos *Flor del campo*, ¿cómo había de criar una Madre fea por la culpa original? Hable ya Él mismo, que para tan alta dignidad la crió, y digamos que no murió en Adán, sino que siempre aquella alma bendita tuvo vida de gracia: *A los carros de Faraón parecéis, amiga mía*. Quiere decir: Madre mía, así como pasando mi pueblo el mar Bermejo, en nada fué maltratado de aquel Rey soberbio de Egipto, antes él y su ejército allí pereció, así vos, sagrada Madre mía, por los méritos de la muerte, que a su tiempo, haciéndome hombre, tengo de padecer, os liberté yo de que Faraón, Rey infernal, ni por un instante os tuviese sujeta por la culpa original que el linaje humano hereda.

De manera, que nuestra Señora fué preservada de esta culpa, aunque hija de San Joaquín y Santa Ana, dando Dios su gracia a su bendita ánima, en siendo criada e infundida en aquel cuerpo santo. Y como dice muy bien un Doctor, redimida fué por su Hijo, no de la culpa, que no la tocó, sino de una manera más excelente y honrosa, que fué preservándola del pecado, que por ley común había de heredar. Canta la misma Señora, y da gracias a su Criador por tan singular privilegio y dice: *Obró conmigo cosas grandes el que es Omnipotente*. Darle el Señor la santificación, como la dió a Jeremías y a San Juan Bautista, después de caída en el pecado, no parece que fuera don singular y grande, pues

## VICTORIA DE LA MUERTE

a los siervos se dió. Luego en estas palabras tan profundas quería decir, el Verbo eterno, Dios todopoderoso (teniéndome elegida para ser su Madre) no sólo me hizo merced, que yo le concibiese por obra del Espíritu Santo, y que le pariese, quedando siempre Virgen con alegría y sin los dolores que padecen las otras madres; mas aun en mi pura Concepción me dió tan gran privilegio que la culpa original no me tocase: en lo cual no tan solamente miró por mi honra, mas aun por la suya. Concluyamos este punto con aquella sentencia de nuestro Padre San Agustín: *Cuando yo trato de pecados, mirad, que no es mi voluntad, que se entienda de la Virgen María.* Y dice más, hablando con Dios: *¡Oh, caridad! Que tú hiciste que la Virgen María no solamente no pecase, mas ni aun tuviese pensamiento de algún pecado, y sobre todos los hijos de Adán la reservase de toda mácula de culpa.*

Aquí se ofrece una duda, y es: pues que la Madre de Dios no tuvo culpa original, ¿por qué murió? Yo confieso, que todas las veces que pienso la muerte de esta Reina de los Angeles, quedo admirado. ¡Oh, Dios mío! Que nosotros, hijos y herederos de Adán pasemos por la muerte, en hora buena; y que los ojos, que se cebaron de ver vanidad, se quiebren y se cubran de nubes en la muerte, justo es; las manos que obraron maldades y os ofendieron, que se embarren y sequen, la razón lo pide; porque quien tal hace, que tal pague; finalmente, que la lengua mentirosa, maldiciente y que ha hablado torpezas, se pegue al paladar y enmudezca, su merecido tiene; mas que aquellos ojos de paloma, mi-

B E A T O O R O Z C O

sericordiosos, de vuestra santa Madre se cierran en la muerte, y aquellas manos, que tantas veces os envolvieron siendo niño, se embarren, y aquella lengua santísima, con la cual dijo el *sí*, para ser vuestra Madre, llamándose *sierva* vuestra se enmudezca, digo que no hay juicio que no se espante. Porque para la muerte vuestra, Rey del Cielo, Cristo Jesús, hallamos salida; y es que vos lo ordenasteis así para nuestra redención, mas la de vuestra santa Madre no era para este fin menester; pues cuando ella murió ya estábamos redimidos y con precio demasiado. Ahora mirad, cristianos, no sin gran misterio: la Madre de Dios murió. Verdad es que no debía la muerte como nosotros por el pecado original, que no tuvo. Murió por ser hija de Adán, y tener cuerpo mortal; y aun murió por consuelo de los cristianos sus devotos, para que de voluntad reciban la muerte cuando Dios se la enviare. Finalmente murió la engendradora del que es vida eterna, porque fuese testigo de la verdad de Dios y el demonio quedase por falsario y mentiroso. El traidor dijo a Eva: *No moriréis*, aunque comáis del árbol vedado. La verdad de Dios decía: *Catad, que moriréis*. En manera que cada hombre que muere es testigo de aquella verdad que dijo Dios y condena por mentiroso a Satanás. Queda Dios honrado y el demonio afrentado. Y como la Virgen Santísima fué la más santa y pura criatura que Dios crió en el cielo y en la tierra, el mejor testigo sin tacha que se presentó para honra de Dios y abatimiento del demonio fué ella, cuando murió. Para mí tengo que la Virgen santa lo suplicó a su precioso Hijo. — Dios y Criador mío, yo os suplico que

## VICTORIA DE LA MUERTE

me deis licencia para que muera, porque en todo os siga yo. Vos después de muerto resucitasteis. Yo recibiré favor en morir, y resucitar también, porque sea yo testigo de vuestra verdad, que aquella serpiente trabajó de contradecir—. ¡Oh, mírese esto, que verdaderamente es gran mérito delante de Dios, cuando nos viéremos en tal paso de muerte, alegrarnos, y decir: Dios mío, loado seáis, que merecí yo muriendo ser testigo de vuestra verdad, para honra vuestra y para confusión de Satanás, padre de mentira! Alta consideración es ésta...

Y hase de advertir, que la muerte de la Señora del mundo no fué como la nuestra, espantosa y atormentadora, sino un tránsito a la manera de dulce sueño. Díganoslo Salomón, que mucho antes nos lo profetizó. Él dice grandes excelencias de la fuerte mujer y afirma que *en el día último se reirá*. ¿Quién es esta fuerte mujer, sino la que quebrantó la cabeza al demonio, ganando de él victoria en su santa concepción sin pecado y en toda su vida, que jamás pecó ni aun venialmente? Esta es, y no otra, la animosa Judith, que cortó la cabeza al tirano Holofernes. Esta fortísima hembra nos trajo del cielo a la tierra al fortísimo gigante, el Hijo del Eterno Padre, y nos le dió humanado y manso cordero. Pues ella en el último día, no llorando y gimiendo como nosotros, sino con gran alegría, la boca llena de risa, dió aquella ánima santísima en las manos de su sagrado Hijo.

Y pues así es, que siempre fué amiga de Dios y jamás la tocó el pecado, a ella acudamos en nuestros trabajos pues tan gran privanza alcanza con el que la tomó por

B E A T O O R O Z C O

madre. En vida y también en muerte la invoquemos para que haga su oficio siendo nuestra Abogada. Cada día nos llama y con aquellas palabras del sabio nos despierta: *Pasaos a mi los que me deseáis, y sed llenos de mis frutos.* Dejad ya esas cosas de la tierra que no hartan, sino antes ponen más sed y más hambre. Imitad mi humildad, mi pobreza de espíritu, mi paciencia y caridad y hallaréis paz y contentamiento. *Quien a mí me hallare, hallará la vida,* poseerá a mi precioso Hijo, el cual es *camino, verdad y vida eterna.*









## CAPÍTULO IX

CUÁN ÚTIL ES LA MEMORIA DE LA MUERTE



Hijo, acuérdate de tus postrimerias, y jamás pecarás. No puede más en carecerse el gran fruto que consigo trae la memoria de la muerte que lo que aquí nos dijo el Eclesiástico. Ahora, hijo, acuérdate de las cosas que has de padecer cuando mueras, y nunca ofenderás a tu Criador. Por aquí entendemos que todos los males que se cometen nacen del olvido de aquel día espantoso de la muerte. Si el soberbio agoniza por honras; si el avariento se desvela por adquirir riquezas; finalmente, si el distraído y hombre bestial anda solícito por deleites, todo esto encamina al olvido que tiene de la muerte, que no puede faltar. El hombre des- acordado de aquel temeroso día es como la nao sin go- bernalle, a la cual arrebatan las olas y la llevan a una

## VICTORIA DE LA MUERTE

parte y otra. ¡Oh, pecador, que andas perdido y vagueando por el mar de este mundo! ¿Quieres saber por qué cada pasión te arrebatara y te lleva tras sí? La causa es que pones en olvido la muerte, pareciéndote que eres inmortal. Aquella mentira, que la serpiente dijo a Eva: *No moriréis*, cada día la dice al oído a los amadores de este engañoso mundo, y ellos, como abobados y embriagados del amor de sí mismos, o piensan que no han de morir o se prometen larga vida, siendo falsos profetas, engañadores de sí mismos. Dime, hombre perdido, ¿con qué ingenio mandas y sujetas tu caballo brioso y feroz? No te fías de él sin ponerle un freno en la boca. ¿Quieres sujetar ese cuerpo soberbio? Cata aquí el bocado y freno que el Espíritu Santo te ha hecho para domar todos tus sentidos: *Hijo, acuérdate de tus últimos fines.*

Preguntó uno a Eusonio, filósofo, que quién tenía buena muerte. Él respondió como gran sabio: El que pensare profundamente que el día que tiene presente es su último día, y conforme a esta consideración ordenare todas sus cosas. Más parece dicho de fiel cristiano que de hombre gentil y sin fe. También Platón afirmó que la verdadera filosofía es la continua memoria de la muerte. Su discípulo Aristóteles dijo: que salir de esta vida era cosa muy buena. Esto decía muchas veces para que sus discípulos se acordasen de la muerte. Y aun es mucho de notar aquella costumbre tan prudente de los egipcios, los cuales, en sus convites, estando ya asentados a la mesa, traía un hombre un bulto como de muerto en las manos, y llegándose a

cada un convidado, decía estas palabras: Hermano, mirando esta imagen, come y bebe. ¡Oh, Santo Dios, qué filosofar tan delicado! Pluguiese a Dios que los cristianos usasen esta costumbre de aquella gente bárbara para que moderasen los excesos de sus banquetes, con tanta abundancia de manjares, músicas y cantares profanos, que con ofensa de Dios acostumbran. Afrenta nuestra es grande que aquellos infieles, antes que comiesen, representaban la muerte para que moderasen su convite, teniendo tal espejo delante; y que nosotros, avisados con doctrina y luz de fe, vamos a la mesa tan olvidados de nuestro fin. Vió una vez Séneca muy enojado a un señor con un su criado, y díjole: ¿Tú te indignas contra este hombre? Acuérdate que presto la muerte os hará ser iguales; por tanto, ten paciencia.

Mas dejemos ahora los filósofos, y hablemos del Espíritu Santo. Aviso es que da el Elesiástico que al principio de este capítulo nos comenzó a hablar: *Acuérdate, Hombre, de tus últimos fines*, como negocio tan importante. No se contentó con decirlo una vez, sino muchas. Otra vez también representó la muerte en otro capítulo: *Mejor es ir a la casa donde hay luto que no adonde hay banquete*. Y tiene razón, porque en la casa del muerto todo es tratar de filosofía verdadera: unos lloran, otros gimen, otros hablan de las virtudes del muerto; mas en el convite trátase de vidas ajenas, no contentándose de hablar mal de los vivos, mas lo que es mayor crueldad, desentierran los muertos con gran ofensa de Dios e infamia de los que murieron. El Santo Job en esto se ejercitaba, y jamás andaba sin este temor

## VICTORIA DE LA MUERTE

y memoria de la muerte: *A la manera que las olas del mar ponen temor, así yo siempre temí a mi Dios.* Declara estas palabras maravillosamente San Gregorio así: *Mirad que cuando anda brava tempestad, los navegantes de nada tienen cuidado, sino cómo salvarán la vida. Con el temor de la muerte no estiman honra, ni hacienda, ni se acuerdan de venganza de sus enemigos.* En manera que la memoria de la muerte a todo pone silencio. En el navío de Jonás, Profeta, cuando Dios envió aquella tempestad, con gran presteza echaban las arcas y riquezas en la mar por escapar con la vida. En sola una cosa entendían todos, y era invocar cada uno a su Dios. ¿Quieres, hombre rico, no anegarte en el mar de la avaricia, en que navegas? Descarga el navío, da limosna a los pobres y considera que la muerte ha de quitártelo todo; y que, como aquel rico sin piedad, que ni aun las migajas de su mesa no daba al pobre Lázaro, te dirá la voz del Cielo: ¡Oh, loco! Esta noche te quitarán la vida. Tus riquezas, que has allegado con tanto trabajo, ¿cuyas serán?

Si bien lo queremos considerar, hallaremos tres grandes provechos en la memoria de la muerte, de los cuales se aprovechó el Rey Ezequías. Entró el Profeta Isafas, y díjole: *Rey, ordena tu casa porque morirás y no vivirás.* Esta embajada envió Dios a este buen Rey, porque a sus amigos suele Él revelarles algunas veces su muerte. Luego el Rey (estando enfermo) dice la Escritura *que se volvió a la pared y lloró e hizo oración a Dios.* No se puede dudar, pues era Rey tan poderoso, que tenía allí muchos criados en su servicio y también

alguna mesa con vasos de oro y de plata, como suelen tener los enfermos no lejos de su cabecera, y a todo volvió la cabeza, como no haciendo caso de cosa alguna, ocupado con la memoria de su muerte. ¡Oh, utilísima memoria, si los hombres la ejercitasen! Ésta es la que menosprecia vajillas y riquezas temporales. No estima vasallos ni criados, porque sabe el hombre que en la hora de la muerte ha de quedar solo y despojado de todas las cosas. Da voces San Pablo: Hermano, mirad que *nada trajimos a este mundo, y que cosa alguna no hemos de llevar con nosotros*. De la manera que nacimos, con desnudez, hemos de morir. Saladino, Rey de Egipto, viéndose cercano a la muerte, mandó que un criado suyo sacase una camisa suya y la pusiese en lo alto de una lanza, y que por toda la ciudad fuese diciendo: *Mirad, gentes, qué es lo que saca el Rey de todas sus riquezas: No lleva más de una mortaja*. Más hizo el Rey Ezequías, y fué llorar: ¡Oh, pecador, si mirases a la pared de tu sepulcro, qué presto llorarías tus pecados y harías penitencia! Andas abobado, puestos los ojos en las florecillas de este mundo, que presto se secan, y por eso no lloras ni pides a Dios perdón de tus maldades. Finalmente, la memoria de la muerte hizo a Ezequías orar y llamar a Dios. Quien de veras se acuerda que ha de morir y se persuade que, cuando amanece el día, podrá ser que aquél sea el último de su vida, luego llama a Dios, entendiéndole que sólo Él le puede consolar en tan gran conflicto y trabajo.

Mira, pues, hermano; que cada día te dice Dios lo

## VICTORIA DE LA MUERTE

que envió a decir al Rey Ezequías: *Ordena tu casa: haz tu testamento, confiesa tus pecados, porque sébete que has de morir, y que no es tu vida inmortal.* Cada muerto que ves, te dice aquello del Eclesiástico: *Acuérdate de tus últimos fines, y no pecarás.* Y aun te da voces: *Acuérdate de mi juicio: hoy a mí, mañana a tí.* Hoy Dios me envió la muerte, y mañana te la enviará a tí. Abre los ojos, y ten aviso, que no eres de otra condición que yo. Mortal eres, y sin falta has de morir.





## CAPÍTULO X

DE LAS COSAS QUE PASAN EN LA MUERTE



**A**CUÉRDATE *de tus postrimerías, y nunca pecarás*, dice el Eclesiástico. Habiendo ya visto en el capítulo pasado los grandes frutos que trae la memoria de la muerte, ahora será bien ver qué postrimerías son las que hemos de considerar para no quebrantar la Ley de nuestro Dios. Muchas cosas pasan en la muerte que no se pueden decir, aunque el que muere las puede sentir. San Juan nota que muchos se convertían a nuestro Salvador viendo a Lázaro resucitado. Yo creo que no sólo le miraban; mas (como somos tan devotos de saber cosas nuevas) que también le preguntaban adónde había estado aquellos cuatro días hasta que el Señor del mundo le dió aquella voz divina y le llamó. Y con esto le preguntarían particularmente qué sintió cuando el ánima salió de su cuerpo. ¿Qué tan gran

## VICTORIA DE LA MUERTE

dolor fué y qué tanto duró? Y él (como testigo de vista y que había pasado por la experiencia de morir) diría cosas grandes, que los tuviese atónitos. ¡Oh, si Lázaro tomara esta pluma, qué cosas tan nuevas, tan particulares y espantosas escribiera! Nosotros hablamos de la muerte como de lejos; quien pasó por ella hablaría como de cerca. Y pues nuestro Redentor no quiso que lo que aquel resucitado dijo, San Juan ni los otros Evangelistas lo escribiesen, tratemos para nuestro aviso algunas cosas de las que en aquel breve tiempo pasan.

Cuatro cosas a lo menos se nos ofrecen, las cuales en aquella agonía pasan por los que mueren. La primera es el temor de partida tan larga y nueva. La segunda es los dolores que allí aprietan. La tercera, la soledad que se siente. La cuarta, el temor de parecer delante del Juez cuando el ánima salga del cuerpo. Cada una de estas cosas merece gran consideración y sentimiento. Lo primero, teme el enfermo de ir un camino que jamás anduvo, tan largo, que es pasar de este mundo al otro. Y si acá partiere para Indias pone tanto cuidado y se hace tanta diligencia y es obligado a confesarse y recibir el Santísimo Sacramento, por el peligro que hay en navegar mil o tres mil leguas, ¿cuánto más el que se ve morir tendrá esta obligación y con razón temerá pasar aquel camino tan estrecho y tan poco sabido? El Rey David fuerte era, y con gran ánimo degolló a aquel gigante Goliat, tan armado y tan valiente, que nadie de todo el ejército de Israel osó salir al desafío con él. Fuerte era el profeta, pues guardando las ovejas de su padre mató un león y un oso, según él lo dijo al Rey Saúl. Mas con



todo esto, pensando en la muerte se halló cobarde. Palabras tuyas son éstas: *El temor de la muerte ha caído sobre mí*. No me hizo temer el Filisteo, armado de pies a cabeza, no el oso, ni el león; mas cuando pienso que he de morir, es tan grande el temor y espanto que me pone, que del todo me hace temblar. Este temor me tiene arrinconado, y tan sobrecogido, que no hallo fuerzas en mí. Allá dijo Aristóteles, hablando del hombre fuerte, que en el reencuentro de la batalla temerá como hombre. Quiere decir: que el temor en el peligro de muerte es natural. Por tanto, el hombre fuerte, aunque tema, pelea y sufre los golpes del contrario hasta ganar la victoria. Ahora, pues, si el santo Rey David, que tantas victorias ganó, temía tan de veras la muerte, tú, hombre pecador y flaco, ¿cuánto más la debes temer y aparejarte para aquel día?

Lo segundo, se han de pensar los dolores que allí combaten al enfermo. ¿Quieres, hermano, entender algo de esto y argüir de lo que es menos a lo que es más, y sacar por la uña la grandeza del león? Hoy te ruego que con atención consideres cómo el dolor de un brazo, de la ijada, o de un riñón, arrebatara tu juicio y sentidos, que apenas te deja pensar sino en aquella parte del cuerpo donde te duele. Pues dime ahora: ¿cuando el ánima se te arranque de todo el cuerpo, desde los pies hasta lo alto de la cabeza, cuánto más te afligirás? Aquí faltan palabras, porque, como ya dije, había de representar esto al vivo quien hubiese pasado por puerto tan áspero y estrecho. Con todo esto, oigamos al profeta David lo que nos representa: *Los dolores de la muerte me*

## VICTORIA DE LA MUERTE

*han cercado.* ¡Oh, cerco temeroso, y quién, si tiene seso, no te teme! Los de la ciudad de Betulia, viéndose cercados, gran temor tenían; mas al fin, remediólos Dios por la oración y diligencias de aquella santa viuda Judith; porque era hombre Holofernes que tenía cercada la ciudad. ¡Oh, cristiano, mira que cuando te cercare un ejército grande y poderoso de dolores en todo tu cuerpo no tendrás por dónde huir! De fuerza has de esperar la batalla, y esos dolores te acabarán la vida. *Acabóse mi vida en dolor,* dijo este profeta David en otro salmo.

Pasemos a lo tercero, que es la soledad. ¡Oh, cuán solo te has de hallar allí, hermano, en aquel paso! Ni te acompañarán las riquezas, que acá se quedan; no la honra, aunque seas gran señor en la tierra; no tampoco los criados que te servían. ¡Oh, soledad, de pocos entendida y considerada! La compañía que no te dejará serán tus pecados, y los demonios, que allí andan más diligentes que jamás anduvieron tentándote en vida. San Juan lo declara excelentemente: *Descendió a vosotros el demonio con grande ira, porque sabe que le queda poco tiempo.* ¡Oh, sentencia temerosa! Es grande la astucia de Satanás, y aunque combate en salud modérase algunas veces, porque entiende que le queda más tiempo para derribar un ánima en pecado; mas cuando ve que se llega la hora de la muerte, rabia y como león brama, porque el alma se le escapa de las manos acabando la vida en penitencia. Sabe bien el traidor que no hay ya lugar de engañarla. ¿A quién no pone terror oír esto? Pues muy otra cosa será verlo.

Finalmente, hay cuarta postrimería, y es el espanto en

haber de parecer el alma delante del trono de Dios, Juez poderosísimo y rectísimo, delante de quien ni aprovechan las riquezas ni el favor del mundo. Salomón lo declaró diciendo: *Nada aprovecharán las riquezas en el día de la venganza*. Entra, pues, hombre, en juicio contigo, y mira cuando tu conciencia te acuse en cuántos malos deseos consentiste, y de las palabras que, ofendiendo a Dios, hablaste, y de las obras que contra la Ley de Dios obraste. ¿Con cuánta razón tu alma temerá de ser presentada delante de Dios, que es testigo y juez de toda tu vida? Allí verás la espada de la justicia divina que te amenaza; verás el Infierno, que tus malas obras merecieron, y, como dice San Basilio, no sólo al Juez verás airado, más aún a los Angeles, indignados contra ti. Hacía oración Moisés, y decía: *¡Oh, pluguiese a Dios que los hombres supiesen y entendiesen y proveyesen sus postrimerías!* Oración que todos habíamos de hacer cada día a nuestro Redentor. Suplicámoste, Rey de Gloria, que todos los pecadores sepan y entiendan, consideren y contemplen las cosas que en su muerte han de pasar, porque se aparejen antes de aquel temeroso día y no se pierdan y condenen. Despierta ya, hermano; ten un retrato de estas cuatro cosas delante de los ojos de tu entendimiento; mira que es largo el camino y no usado el paso de la muerte, que nunca anduviste; considera los muchos y grandes dolores que allí te han de cercar; contempla la soledad en que allí te has de ver, y, finalmente, no olvides el temor que tu ánima tendrá de ser llamada delante de Jesucristo para ser juzgada conforme a la vida que ha vivido en el cuerpo.





## CAPÍTULO XI

QUE LA MUERTE ES DESABRIDA A LOS MALOS Y SUAVE  
A LOS BUENOS



**B** Muerte, ¡cuán amarga es tu memoria al hombre que tiene paz en sus riquezas! Mas tu juicio es bueno para el hombre necesitado. ¡Cosa es maravillosa; que la muerte tenga tan diversos efectos, que a unos sea más amarga que la hiel y a otros más dulce que la miel! ¿Cuándo jamás se vió de una misma fuente manar agua amarga y dulce? Mas si de lo que vemos cada día queremos juzgar esta diferencia, cesará la admiración. Poned al sol un poco de cera, y la derretirá; poned juntamente un poco de lodo, y lo endurecerá. Una es la causa que aquí obra tan contrarios efectos, que es el sol; luego la diferencia será de parte de la materia que recibe el calor. Aristóteles lo dijo, y la experiencia nos lo de-

## VICTORIA DE LA MUERTE

clara, que las causas obran conforme a la disposición de la materia en que obran. Hermano, considéralo bien, que la muerte hace su efecto a la manera del sol, según ahora viste. Si tienes mala conciencia, si tu mala vida te condena, la muerte sentirás amarga; y si tu vida es buena y vives conforme a la ley de Dios, te será suave y no desabrida. Esto, pues, es lo que ahora nos dijo el Eclesiástico: *¡Oh, muerte, cuán amarga es tu memoria a los que tienen contento en sus bienes terrenos, en sus honras y deleites! Mas, al fin, tu juicio es bueno para el pobre y necesitado.* Aquí se ha de notar que si la memoria de la muerte, la imagen y dibujo como de carbón, dice aquí este Sabio que da gran disgusto al pecador: cuando al vivo la misma muerte le atormentase, ¿cuánto más amarga le será? ¡Oh, cuántas veces muere el malo! Cada vez que se acuerda que le ha de faltar la honra que ama, la riqueza que posee y los deleites en que se ejércita, muere y recibe gran tormento. ¡Oh, mártir del demonio, que aunque más quieras disimular el gusano de tu conciencia, siempre te aflige, y da garrote a tu corazón! Pregón es que mandó Dios dar al profeta Isaías, y que a voces dijese: *No tienen paz los pecadores.* Luego, aunque busquen muchos entretenimientos, cazas, juegos y convites, dentro traen la guerra, y es por demás hallar paz, si no se volviesen a Dios por la penitencia. Oigamos ya a estos mismos perdidos, engañados y engañadores de sí mismos: *Fatigados anduvimos en el camino de la maldad y de la perdición: caminamos por caminos dificultosos, y el camino del Señor no le acertamos. Esto dijeron*—dijo luego el Sabio—*los que*

*están ardiendo en el infierno.* ¡Oh, santo Dios, cuán verdadera confesión es ésta, sino que es tardía y sin mérito! Las leyes disponen que al hidalgo no le den tormento, porque se presume de su nobleza, que sin él dirá la verdad; mas al villano no le dan este privilegio. Los nobles y generosos en esta vida confiesan sus pecados y piden misericordia a Dios, y Él, como Padre, se la concede. Así lo hizo David, San Pedro y la Magdalena. Mas los villanos tercos y porfiados en pecar, hasta que en pecado mortal mueren, puestos al tormento y dándoles garrote en el infierno, no confiesan la verdad.

Mas veamos qué dicen: lo primero, declaran que *los caminos que escogieron, fueron dificultosos*, puertos muy ásperos. ¡Oh, qué aspereza tiene la ambición, pretendiendo dignidades y honras mundanas! ¡Cuán aspero camino es el de la avaricia! ¡Cuán dificultoso el del adulterio, trayendo tan a peligro la vida y la honra! Hablan como de experiencia estos desventurados, y no pueden negar la verdad. Acosados, corridos y aperreados andan de noche y de día, sin tener hora de descanso. Dicen más: *Que no supieron acertar el camino del Señor.* Esta ignorancia no es la que dijo el filósofo ser invencible, que del todo excusa al hombre; aquella es que dijo David: *No quiso saber por no obrar bien.* Y esta más acrimina la culpa, la cual se llama afectada. Así lo fué la de los fariseos y sacerdotes que persiguieron a nuestro Salvador, hasta ponerle en la cruz. *Ignoramos el camino del Señor.* Aquel camino llano de su santa ley, apacible floresta que da gran contento al que camina por ella, yugo sin peso y fácil de llevar, no le conocimos, porque,

## VICTORIA DE LA MUERTE

ciegos de nuestras pasiones, no le quisimos conocer. A estos tales amarga les ha de ser la muerte, porque están muy vivos al mundo y arraigados en sus honras e intereses.

A los pobres de espíritu, a los que pasan esta vida como peregrinos, que caminan para Jerusalén, la celestial, adonde tienen sus riquezas guardadas; a los que ya están muertos al mundo, y dicen con San Pablo: *El mundo me es crucificado, y yo le soy para él*: a estos tales no es amarga la muerte, ni su juicio; antes la aman y la desean. Uno de estos, Job, decía así: *Hay unos hombres que esperan la muerte, y ella no viene; como quien cava algún tesoro, se gozan en gran manera cuando hallan la sepultura.*

Tres maneras de personas se hallan en esta vida. Unos hombres no esperan la muerte, antes andan huyendo de ella: temen las ocasiones, aunque pequeñas, buscando regalos para más vivir, y aprovéchales poco, porque, en fin, en las manos de la muerte han de dar, aunque no quieran, y de estos son los que ahora dijimos que la hallan amarga. Otros, cuando la muerte viene, recíbenla con paciencia y dan gracias a Dios, aunque no la deseaban. Otros son más perfectos y suben más alto, esperando la muerte con deseo. Y así decía San Pablo: *Deseo ser desatado y morar con Cristo.* Pues de estos, que por la misericordia de Dios siempre hubo algunos, y ahora los hay, habla ahora el Santo Job: *Esperan la muerte y no viene.*

Decía Séneca a un su amigo: mira que la muerte en toda parte, o donde fueres, te espera; por tanto, tú en



toda parte la esperas. Consejo muy acertado y de gran fruto para cada cristiano. Los amigos de Dios, como tan avisados, esperan la muerte, aunque Dios se la dilata; y, cierto, los tales están muy cerca de ser Mártires: éstos la esperan, como el que cava algún tesoro. Excelente símil de verdad es este. Cuando alguno cava para hallar algún tesoro, a cada golpe que da con el azada piensa hallar lo que con trabajo busca y desea. Así el siervo de Dios en cada pensamiento, y cada palabra y obra que hace, representa aquella riqueza que Dios le tiene guardada para el día que muere; y como el que cava algún tesoro, aunque trabaja y suda cavando, no le congoja el trabajo, con la esperanza que tiene de hacerse rico; así el alma amadora de Dios, ni le cansa el ayunar, ni el orar, ni hacer penitencia con disciplinas; antes dice con el Apóstol: *No son dignas las aflicciones de este mundo para merecer y poseer la gloria que ha de ser declarada en nosotros.* Y aun ha de notarse que aquella palabra es de encarecimiento particular digna: *alégranse en gran manera.* No como quiera se gozan, *sino que gustan mucho cuando hallan su sepultura.* Parece que la muerte es como el maná que nuestro Dios envió a su pueblo en el desierto; era dulce a los buenos y sabía mal a los malos, porque tenían su amor puesto en los manjares groseros de Egipto, como ellos lo confiesan. Y aun en tanta manera recibían enfado con aquel manjar, que decían provocarles a vómito. ¡Oh, dichosos los justos, que viven conforme a la ley, y no se acuerdan del mundo, Egipto tenebroso, ni de sus viles manjares, que son los pecados! A éstos da gusto la muerte, porque la desean

## VICTORIA DE LA MUERTE

y saben que este tesoro es el sepulcro, en el cual hallan como atesorados todos sus trabajos y obras santas que hicieron; confíanse de los méritos del Redentor del mundo, con los cuales tienen valor de la gloria sus obras y penitencia, afirmando con el Apóstol y diciendo: *Nuestra vida es Jesucristo, y el morir es ganancia*. Al contrario, los pecadores, aunque han salido de Egipto, porque los redimió y libertó el Señor con su sangre y vida, siendo ingratos tórnanse por los deseos y obras a ser esclavos del tirano Faraón Satanás; por tanto, la muerte les amarga. Y aun está bien dicho que aquel maná les hacía vomitar, porque la muerte les revuelve de tal arte el estómago que luego lanzan las honras, las riquezas y los delitos; de tal manera, que les hace echar las entrañas.

Mira, pues, hombre, que el juicio de la muerte bueno es para el pobre de espíritu y amigo de Dios, y si te amarga este dulce maná, es por tu culpa, que tienes estragado el paladar con la hiel del pecado. Haz penitencia y te será maná gustoso el morir, como lo es a los amigos de Dios.





## CAPÍTULO XII

DE LA VICTORIA QUE NUESTRO SALVADOR GANÓ  
DE LA MUERTE PARA SUS AMIGOS



**V**ENCIDO ha el León de la tribu de Judá, el cual es raíz de David. Uno de los misterios que el Angel reveló al bienaventurado San Juan, desterrado en la isla de Pathmos, porque predicaba a nuestro Señor Jesucristo, fué esta admirable victoria, que el Señor nos había ganado, muriendo por nuestra salud en la cruz. Estaba afligido este amado de Jesús, no de estar desterrado por servir a tan alto Rey y por predicar las grandezas del Hijo de Dios, que de este trabajo, gran gozo tenía. Condición es del amor del Señor desear padecer adversidades cada un siervo suyo: no sólo no se congoja con ellas, mas aun alégrase dando gracias al que las envía de su mano. San Pablo lo dice así: *Lleno*

## VICTORIA DE LA MUERTE

*estoy de consolación, y con abundante gozo vivo en mis tribulaciones.* Por lo que lloraba San Juan, era por ver que no se hallaba quien abriese un libro cerrado con siete sellos. Entonces le dijo un Angel: *No llores: mira que ya venció el León de la tribu de Judá, y Él remediará esa falta que te da tanta pena.*

Era tan fuerte y espantoso gigante la muerte, que nadie, por muy santo que fuese, ni todos juntos, bastaban a vencerla. No bastó la inocencia de Abel, justo, ni la de Noé, a quien dijo Dios: *A ti te hallé justo en la tierra;* no la de Abraham, ni Isaac, que se consintió sacrificar a Dios en la flor de su edad. Y si el Señor no quiso que su padre le matase, la voluntad del amigo del Señor aparejada estaba, pues ya se puso sobre el altar para ser muerto y sacrificado. Finalmente: Santo varón fué David; Jeremías, santificado antes que nacido; San Juan Bautista, a quien llamó Nuestro Señor ángel; mas, muriendo todos, la muerte quedó con el campo y de todos los Santos del testamento viejo triunfó. Mas cuando el León fortísimo Hijo de Dios y virtud del Eterno Padre tomó la demanda y se armó con las armas de nuestra Humanidad, aunque al parecer flacas, tomóse a brazos con la muerte muriendo, y ella quedó muerta. Perpetuamente será loada la fortaleza y gran ánimo de aquel hebreo llamado Eleazar, el cual, viendo aquel elefante tan fuerte y tan armado, como la divina Escritura lo recuenta, pensando que allí venía el rey Antíoco, arremetió, y con la espada por debajo la cota de malla le hirió de tal arte que luego cayó en tierra muerto. Verdad es que el animoso mancebo murió juntamente allí;

mas, al fin, la bestia tan feroz quedó muerta. ¡Oh, Soberano Señor Cristo Jesús, León fortísimo, ¿quién nos dió vencida la muerte, que tan Señora era en el mundo, sino vos? A gran costa vuestra fué, que os costó vuestra sangre y vuestra vida; mas, al fin, resucitando vos al tercero día, la muerte quedó derribada. Da la razón Nuestro Padre San Agustín por qué la muerte no murió sino muriendo nuestro Redentor. No muere la amargura sino con la dulzura; no tampoco muere el frío sino en el calor; así no es muerta la muerte sino en la vida. ¿Quién es esta vida? Cristo nuestro bien y nuestro Salvador. Él mismo lo dijo a Santa Marta: *Yo soy resurrección y vida*. Por aquí entendemos que ningún santo pudo ganar esta victoria, pues no era vida alguno de ellos.

A todos admiró, y con razón, aquella victoria que ganó David de aquel soberbio bastardo Goliat. Grande era de cuerpo aquel gigante, y muy armado venía; mas el mancebo pastor, con sus armas pastoriles, con una honda y una piedra, le derribó en tierra, y con la espada del contrario le cortó la cabeza. Por treinta días salía al campo, y decía a voces: Ea, hebreos, ¿cuál de vosotros quiere salir a pelear conmigo?

¡Cosa notable! Que ni el rey Saul, siendo tan alto que *de los hombros arriba excedía en altura a todo el pueblo*, ni otro alguno de su ejército se atrevió a salir al desafío. Espantaba a todos la estatura disforme de aquel gigante, y también verle tan armado. Sale David, y no queriendo llevar las armas que le mandó dar el Rey, lleva un cayado en una mano, y con una honda dióle una pedrada en la frente y cayó luego en tierra; salta presto so-

## VICTORIA DE LA MUERTE

bre él, y sácale la espada, con que le acabó de quitar la vida. ¿Quién es este gigante que a todos desafiaba, tan espantoso, sino la muerte? El filósofo dice ser la muerte la cosa más terrible que hay en el mundo; y la razón es porque para la pobreza hay camino por donde salir de ella, teniendo buena diligencia; para la infamia también, y es enmendando la vida pasada; para las enfermedades hay médicos y medicinas; mas para no morir no hay fuerzas ni sabiduría que lo pueda remediar. *¿Quién jamás de los hombres nació en este mundo que no pasase por la muerte?* Quiere decir David: cualquiera que naciese, sepa que es mortal, y que su vida se ha de acabar, y la muerte se ha de ejecutar en él. Gran gigante es la muerte, y muy armada venía; no es maravilla que a todos hiciese temblar.

Aquel filisteo era bastardo, y así lo es la muerte, hija de aquella serpiente que tentó a Eva. Así dijo el sabio: *Que la envidia de Satanás trajo la muerte a la tierra.* Salga ya David, el figurado Cristo Jesús, y pelee con este presuntuoso filisteo, tan victorioso, que a todos ha vencido, y nadie ha bastado a vencerle. Ea, *buen Pastor* y Señor nuestro, amparad a vuestras ovejas tan amadas. Tomad la demanda de vuestros amigos predestinados, y dadles rendido este fuerte gigante. Dé vueltas la honda de vuestra Humanidad unida al brazo de vuestra Divinidad. Andad la rueda, como Sansón, para destruir nuestros pecados. Siendo preso en el huerto de Getsemaní, os llamarán a casa de Caifás, adonde toda la noche seréis maltratado. En siendo el día, os presentarán vuestros perseguidores delante de Pilato, y de allí daréis otra vuel-

ta, llevándoos al Rey Herodes, para ser vituperado y vestido con vestidura blanca, como hombre sin juicio. Finalmente, daréis otra vuelta, remitiéndoos de Herodes a Pilato, para que de allí seáis llevado al Monte Calvario; y estando en la cruz, salga aquella gloriosa ánima vuestra, piedra que estaba en la honda de vuestra santísima carne, para que la muerte quede derribada, y vos, Señor, resucitando, quedéis vencedor y ganéis para los vuestros vencimiento glorioso. Con cayado y honda venció David, y con cruz y su sagrada carne padeció el Señor para dejarnos ganada esta victoria a los cristianos. ¡Oh caridad infinita! ¡Oh misericordia admirable! Que el Señor del mundo, adorado de millares de Angeles en el Cielo, quisiese tomar una demanda tan dificultosa, tan pesada y trabajosa, viendo en tan gran afrenta a todo el linaje humano.

Contemplaba este vencimiento el Rey David, cuando dijo: *Cantad al Señor cantar nuevo, porque ha obrado maravillas.* Justo es que a las mercedes nuevas que el Rey hace a su criado respondan servicios nuevos y nuevo hacimiento de gracias. Cantemos alabanzas los cristianos a nuestro Soberano Rey Cristo por tan alto vencimiento, y pues en el Cielo, según dice San Juan, siempre los Santos alaban a este Señor cantando esta victoria, razón es que nosotros respondamos desde la tierra, y digamos: *Redimistenos, Señor, con vuestra sangre, eligiéndonos de entre tanta gente y naciones, y haciéndonos Reino para nuestro Dios.*

Pues que así el León poderoso, Cristo Jesús, Señor nuestro, ha vencido a nuestro contrario, muriendo por

## VICTORIA DE LA MUERTE

nuestra salvación, la razón demanda que nos gocemos, y con alegría sirvamos a quien tanto por nosotros padeció. No haya alguno que sea ingrato a tan excelente merced, si quiere gozar de la victoria que nuestro Rey y Señor con su preciosa sangre nos ganó con tanta costa y trabajo.







## CAPÍTULO XIII

### DE TRES MUERTES QUE NUESTRO SALVADOR VENCÍO EN LA CRUZ



**D**EMOS *gracias a Dios, que nos ha dado victoria por Jesucristo Nuestro Señor.* El Apóstol San Pablo a todos convida a tener memoria del favor tan grande que nos hizo nuestro Redentor, y que sin cansarnos demos gracias al Padre Eterno, que con tanta liberalidad nos dió su único Hijo para nuestro remedio y salvación, saliendo con una victoria tan admirable, y derribando a Goliat, al cual nadie antes venció. Y para que mejor se despierte nuestra ánima a reconocer tan admirable beneficio, será bien notar que no solamente nuestro Redentor ganó victoria de una muerte, sino de tres. La muerte corporal vencida está por su santísima resurrección, porque si él no resucitara, que

## VICTORIA DE LA MUERTE

es cabeza nuestra, no resucitáramos jamás nosotros; siempre nuestros cuerpos se quedarán hechos ceniza, y esta es aquella consecuencia, que hace el Apóstol digna de notar: *Si Cristo resucitó, también nosotros resucitaremos*. De arte, que no solamente nos redimió muriendo, mas aun nos ganó la resurrección para nosotros sus miembros místicos. ¡Oh, bendito sea tal Señor, tan amoroso y piadoso para nosotros! ¡Oh cosa admirable! Que aunque está el Cristo natural resucitado, y a la diestra del Padre, el Cristo místico aún no ha resucitado, ni resucitará hasta el día del juicio, cuando todas las ánimas se vistan de sus cuerpos, los mismos que tuvieron acá viviendo.

Y hase de advertir que Cristo resucitando fué causa meritoria para que aun los malos resuciten; mas no fué causa ejemplar sino para los predestinados. Más claro: resucitarán los amigos de Dios con los cuatro dotes de gloria, inmortalidad, claridad y ligereza y sutileza, conformes a la resurrección del Señor. Y esto es lo que significó San Pablo en aquellas palabras tan de gran consuelo: *Esperamos al Salvador Nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará nuestro cuerpo humillado conforme a la claridad de su glorioso cuerpo*. Quiere decir: será en su manera nuestra resurrección imitada a la suya. Verdad es que, como el Apóstol dijo: *Como en el Cielo una estrella resplandece más que otra, será la resurrección de los muertos*. El más santo resplandecerá más, y ésta será una cosa de gran contento ver en la gloria tantos amigos de Dios, y unos más resplandecientes que otros, y todos muy contentos. ¡Oh, desven-

turados de los malos! Que, aunque les pese, han de resucitar (lo cual ellos temen mucho), porque si ahora las ánimas solas tanto penan, cuando resuciten con sus cuerpos para arder en fuego eterno, ¿cuánto mayor tormento tendrán? Esto es cosa maravillosa, que resucitarán pasibles sus cuerpos y juntamente inmortales. Dígalo David: *Trabajaré siempre y vivirá hasta el fin.* Esto es, sin fin tendrá tormento en el infierno. Confirmó esta sentencia el Señor del mundo cuando dijo que *a los crueles y sin misericordia enviará al fuego eterno para que penen con los demonios.* Ya tenemos entendida la victoria que el Rey celestial nos ganó en la muerte corporal, y de aquí es que San Pablo llama *dormidos* a los justos, porque reposan, y han de despertar a su tiempo, resucitando gloriosos.

También nos dió el triunfo de la muerte del alma, que es más preciosa que la corporal, cuanto es más excelente el ánima que el cuerpo. Esta nos ganó pagando nuestros pecados con los méritos de su sagrada vida y pasión. De aquí es lo que dijo el Santo Bautista en la ribera del Jordán: *Veis aquí el Cordero de Dios, que viene a quitar los pecados del mundo.* No viene a matar los pecadores, como el diluvio, que para quitar los pecados quitaba las vidas a los malos. Venido es para quitar los pecados, muriendo por ellos y dejándoles las vidas para que se salven. Y San Pedro dice: *El Señor llevó nuestros pecados en su bendito cuerpo sobre la Cruz.* Esta resurrección espiritual ordenó el Señor que luego la gozásemos, porque de ésta depende la otra corporal que dijimos, y es gran misericordia

## VICTORIA DE LA MUERTE

que el Señor nos hizo. Bendito sea Él, y todas sus criaturas le alaben. Mira, pues, hombre, que si no resucitas aquí, viviendo tu ánima, no gozará de la resurrección gloriosa de tu cuerpo que Cristo te ha merecido. Darte han un cuerpo feo, pesado, abominable, que, mirándote tú, te aborrezcas y digas: ¡Oh, malditas manos tan feas! ¡Malditos sean pies tan pesados! ¡Oh, desventurado de mí! Nunca yo viera este día de mi resurrección por tanto mal mío. Esto dirán Judas, Saúl, Pilato y todos los condenados.

Otra tercera muerte nos dió vencida nuestro bendito Señor, y esta es el demonio. Así le llamó San Juan en el Apocalipsis: *Vi en un caballo pálido a un caballero, y su nombre era muerte, y todo el infierno le seguía.* Muy bien le cuadra el nombre de *muerte* a Satanás, pues trajo la muerte al mundo, y también porque no entiende sino en matar las almas; por tanto, le llama nuestro Salvador *homicida desde el principio del mundo.* ¡Oh, león terrible, que no entiendes de noche ni de día sino en cómo tragar las almas! De éste dice Job: *Sorberá la mar, y no se maravillará por esto, y aun tiene confianza que el Jordán se le entre por la boca.* El mar significa los infieles, los renegados, los herejes. Llámase mar por ser tan grande el número de esta gente perdida; sórbelos el demonio, dando con ellos en el infierno. El Jordán es río de agua dulce, y esto representa los cristianos, porque en el Jordán Nuestro Señor Jesucristo fué bautizado, y allí instituyó el santo bautismo. Este río, tiene confianza el enemigo que se le entre por la boca. Es decir, que no tiene más poder para con-

tra los cristianos que de cuanto ellos le dieran las armas de su voluntad, y porque puede tentar, mas no puede derribar al cristiano, confía que se le entrará en la boca, y que él, aun muchas veces, sin que el enemigo le tienta, será su tentador. ¡Oh, cuántos hay tan desatinados que toman la mano al demonio! Ellos se despiertan para pecar, no temiendo a Dios. Vencido y encadenado dejó el León de la Tribu de Judá, Cristo, a este fiero león. Derríbale en las tres tentaciones del desierto, y acabóle de vencer muriendo en la Cruz.

¡Oh, cuán de lejos vió esta victoria el Rey David! *Este dragón*, Señor, *al cual formaste para que se burles de él*. El mismo nombre le puso San Juan, recontando la caída, que por su soberbia dió del Cielo empireo hasta el infierno. Consiéntele Dios, y no le aniquiló, para que nos burlemos de él, no para que le temamos, que flaco es, pues no le quedó sino el bramar. ¿De dónde las niñas tiernas tenían tanto ánimo en tiempo de los tiranos, ministros de este león, sino de tener el Señor vencido a éste, que se llama *muerte*? ¡Cosa admirable! ¡A una Santa Catalina, verla por amor del Señor puesta a esperar una rueda de navajas y que pasase por ella otra niña, Santa Inés!... Pues Santa Úrsula y sus once mil Doncellas, ¿cómo tenían tanto ánimo en sus tormentos sino por saber que nuestro bendito Señor había ganádoles la victoria de todas estas muertes?

No resta, cristiano, sino que demos todos gracias al Padre Eterno, que con tales entrañas de misericordia nos envió a su Hijo para que nos ganase victoria de la muerte corporal, resucitando al tercero día, y también

## VICTORIA DE LA MUERTE

nos ganase el triunfo de la muerte del alma, muriendo por la satisfacción de nuestros pecados y, finalmente, nos venciese al demonio, león ferocísimo, que tanto poder tenía en el mundo que el Señor le nombró Príncipe de este siglo.





## CAPÍTULO XIV

CÓMO LOS JUSTOS SE APROVECHAN DE LAS TRES VICTORIAS  
QUE CRISTO LES GANÓ



**A** *que venciere daré a comer del árbol de la vida.* Grande es la bondad de nuestro Dios y grande su deseo de darnos la gloria celestial, para que fuimos creados. Y no tan solamente para su solicitud en hacernos mercedes y aprovecharnos, más aún en gran manera solicita nuestra honra, pues nos quiere dar parte de la obra tan excelente como es nuestra bienaventuranza.

No es pequeña honra nuestra que en alguna manera nuestro premio y corona salgan de nosotros mismos. Decía muy bien San Agustín, nuestro Padre: *Mira, hombre, que el que te hizo sin ti, no te salvará sin ti.* Esto es decir: Como no tuvieses sér, no te pidió Dios tu

## VICTORIA DE LA MUERTE

voluntad para criarte; mas ya que te crió libre y te dió tan noble sér, quiere su divina Bondad, para más ennoblecerte, que seas parte para tu salvación y que no lo dejes todo a Dios. Por tanto, dice ahora el Señor en el Apocalipsis: *Al que venciere daré a comer del árbol de la vida.* Aquí se nos manifiestan dos cosas. La primera, es que nos manda nuestro Rey celestial pelear, y no como quiera, sino animosamente hasta ganar la victoria de nuestros enemigos. La segunda, el salario que Dios tiene aparejado a los amigos suyos, que es darles a comer del árbol de la vida.

Para lo primero hace mucho al caso considerar que, aunque nuestro Salvador nos ganó la victoria de las tres muertes, que ahora dijimos, ordenó su Majestad que nosotros le imitásemos peleando y venciendo. Vió allá en su Apocalipsis, San Juan, uno que iba en un caballo blanco, y su nombre era *Verbo de Dios*. Dice más: *Que salió venciendo para vencer.* ¿Qué lenguaje es éste? ¿Para qué dobla las palabras? En toda la divina Escritura no se puede hallar palabra demasiada. El Espíritu Santo es el que habla, y no sin misterio. El Hijo de Dios, Verbo del Eterno Padre y Padre también, es el que iba en el caballo blanco. Esta es su Humanidad purísima, que jamás tuvo pecado ni le pudo tener. Peleaba Dios sin este caballo y muy a costa de los hombres cuando con agua y con fuego los vencía y castigaba. Mas después que nació de la Virgen sagrada, pelea como a caballo, teniendo unida aquella humanidad con su persona divina. *Salió a pelear venciendo y para vencer.* Venció por su persona al pecado, la muerte y al de-



monio, y salió para vencer en sus amigos los justos, los cuales vencen en la virtud y gracia que el Salvador les da. *Salió venciendo y para vencer.* La primera victoria, que fué vencer Él mismo, concluyóse el día de su santa Resurrección, y así dijo Él: *Se me ha dado el poder del Cielo y de la Tierra.* Palabras que declaran el vencimiento glorioso que había ganado por sus trabajos y muerte. Mas el vencer al mundo, al pecado, muerte y demonio en sus escogidos, no se acabará, hasta que se acabe el mundo y se cumpla el número de los predestinados, de los cuales dijo Dios, respondiendo a las ánimas que estaban debajo del altar: *Esperad un poco hasta que se cumpla el número de vuestros hermanos.* Este poco de tiempo ha corrido más de mil y quinientos años, y podrá ser que pasen otros tantos hasta que se acabe; porque allí y en otros lugares semejantes, habla Dios midiendo este tiempo con su eternidad, *en cuya comparación mil años son como el día pasado.*

Soldados son de Nuestro Señor Jesucristo los justos, y Él es el Capitán a quien hemos de seguir, pasando trabajos, tentaciones y adversidades. Por esta pelea pasaron los Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes valerosamente. De aquí es que tantas veces el Señor nos dice en el Evangelio; *Quien quisiere venir en mi compañía, tome su cruz y sígame.* *Quien quisiere,* dice Cristo, declarando la libertad que nos dió; no criándonos esclavos, sino hijos libres; y aun dice: *El que quisiere,* para manifestar quién Él es, Señor de todo lo creado, poderoso en sí mismo, sin haber menester a alguno. Nosotros sin Él somos pobres y miserables; Él sin todo

## VICTORIA DE LA MUERTE

lo que crió es Señor omnipotente, felicísimo en sí mismo, solo y acompañado: solo, porque es uno en esencia; acompañado, porque es trino en personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, un Dios, una Majestad y una Eternidad. ¡Oh, cuán humildes habíamos de ser sirviendo a tan gran Señor! Pues que en nada le aprovechamos y todo lo que trabajamos es provecho nuestro. Se ha de notar que dice: *Tome su cruz*. No dijo: tome la mía, porque fué muy pesada y nadie tuviera hombros para llevar cruz de inocencia tan admirable. Cruz de tantos dolores y afrentas como la de Cristo, nadie, ni todos los hombres juntos la pudieran llevar. Por tanto, dice que llevemos nuestra cruz. Cada estado en esta Iglesia Romana tiene su cruz: los casados, los continentes, eclesiásticos y religiosos, todos tienen cruz que llevar y trabajos que padecer y enemigos con quien pelear. Esta cruz nuestra viene medida por la mano de Cristo, sabiduría infinita, y nivelada con nuestra flaqueza. Y, por tanto, dijo San Pablo: *Fiel es el Señor, que no consentirá que seais tentados más de lo que vuestras fuerzas pueden*. ¡Oh, piedad inmensa de tan gran Padre de misericordias! No tienes que quejarte, hombre, si te da el Señor pobreza, enfermedad o cualquiera trabajo. Fidelísimo es: la cruz que te da es muy moderada, y Él te da su gracia y te la ayuda a llevar. Según esto nadie desmaye, sino desde luego tome su cruz; hónrela queriendo pelear y vencer su pelea, y siga a su Rey y Señor.

De aquel capitán del pueblo de Dios, llamado Abimelech, leemos que, queriendo dar batalla a los sichi-

mitas, que se habían retraído a una torre, *cortó un ramo de un árbol, y dijo a sus caballeros: como viéreis que yo hago haced vosotros, y luego cada uno cortó un ramo* y lo llevó en sus hombros. Esto es lo que Cristo Señor nuestro a todos los cristianos dice: hermanos, *como veis que yo hago, así haced vosotros*. Yo llevé cruz, y con ella vencí. Tomad vosotros la cruz pequeña que yo os doy, y venceréis a vuestros enemigos, y sabed que al que venciere daré yo mesa en el Cielo, y el manjar será gustar de mi Divinidad para siempre, porque yo soy árbol de vida eterna.

Pues el Señor del mundo así lo manda que peleemos, y pues que Él, para nuestro remedio y ejemplo, peleó y nos promete tan gran premio, razón es que le obedezcamos y le sigamos, peleando como fuertes caballeros suyos, considerando lo que dijo el Apóstol: *No será coronado sino el que lealmente pelearé*; no el que, como flaco, se deja vencer y bastardamente se hubiere en la pelea, sino el que, como esforzado, ganare la victoria. Este tal será premiado no menos que con corona de gloria perpetua.







## CAPÍTULO XV

### CÓMO LOS JUSTOS VENCEN ESTÁNDO EN LA CRUZ CON CRISTO



**C**RUCIFICADO *estoy con mi Redentor Jesucristo.* El más avisado y sutil arte que los amigos de Dios tienen para triunfar de la muerte y de todos sus enemigos espirituales, nos declara el Apóstol en estas palabras. Quiere decir: mirad, cristianos, que solamente hay una manera para gozar de la victoria que el Señor del mundo ganó muriendo por nuestra salud: y es que, pues venció siendo crucificado, andemos todos como gente crucificada con Él en la cruz. Con estas armas venció Él padeciendo, y con las mismas hemos nosotros de gozar de la victoria que Él nos ganó.

Traen los siervos de Dios un cuidado y diligencia tan grande en acompañar a su Rey y nuestro Cristo, que ape-

## VICTORIA DE LA MUERTE

nas dan pisadas sin poner los ojos en su Majestad. Uno de éstos decía: *Ponia al Señor siempre en mi presencia, porque a mi mano derecha anda, para que no me mueva: por tanto, se alegró mi corazón, y mi lengua se gozó, y mi carne se holgará en esperanza.* Poner a Cristo delante de los ojos del alma es cumplir con aquella demanda que el Esposo pone a su Esposa en los Cantares: *Ponmè, esposa—dice el Señor—como señal sobre tu corazón, y por señal sobre tu brazo, porque fuerte es como la muerte el amor.* Todo lo quiere poseer, el que todo lo crió; quiere todo el hombre interior, que denota el corazón, y también el exterior. En tal cama de flores, como es el corazón, quiere reposar el que tanto nos amó, que abrió sus entrañas y corazón para encerrarnos en ellas. ¿Qué es la causa por que quiso resucitar abierto su divino costado, sino darnos a entender que en la batalla del amor, que peleó por nosotros, muriendo sacó aquella divisa para aficionarnos a siempre amarle? Este amor ha de salir al brazo a la vida activa y obras santas inicitadas a las que Él obró. *Fuerte es el amor de Dios como la muerte,* porque la caridad mata en nosotros todo lo que contradice al amor del Señor; mortifica los sentidos; destierra todo pensamiento malo, y, finalmente, obra una mortificación santa en todo el hombre. Mas porque para obra tan heroica es menester cuidado, dijo ahora David: que despertaba su memoria representando a Dios y poniéndole delante sus ojos. No es ejercicio éste de gente ocupada en las cosas terrenas, amándolas con olvido de Dios. Oficio es de Ángeles, de quienes dice nuestro Salvador:

*Que siempre ven el rostro de nuestro Padre eterno.* ¡Oh, dichosa el alma, que ya gusta de la salva y principio de la gloria que los Ángeles tienen en el Cielo y en la Tierra! Y qué ganancias traía esta presencia de Cristo, no lo calló el profeta real: *alegróse mi corazón por esto.* Como es cosa natural mirar un vergel lleno de diversas flores, así el alma que tiene presente a Cristo en todo lugar, vive alegre y más contenta que si fuese suyo todo el mundo, y con tal gozo, casi no siente los trabajos, estando unida por fe y amor con su esposo y Redentor. *A mi mano derecha está este Señor, porque no me mueva ni caiga como flaco en alguna ofensa suya.*

¡Oh, Santo Dios! Parece que es cosa imposible olvidarnos de nuestro Señor, pues nos lleva del brazo adonde quiera que vamos. Él nos sustenta la vida y nos acompaña a todo lugar. *En Él vivimos, nos movemos y tenemos sér,* se escribe en los Actos de los Apóstoles. Este Señor y Criador nuestro, cada momento nos conserva en el sér que nos dió, para que no nos volvamos a la nada, de donde salimos. Él nos da virtud para obrar, y Él llena los Cielos y la Tierra con su infinita esencia, presencia y potencia. Un rey solamente está por esencia en el lugar pequeño que ocupa; por presencia, en su sala real, adonde es visto de los que están delante de Él; por poder está en todo el reino o reinos que manda; mas nuestro Rey poderoso y Criador, en todo lo que crió está de las tres maneras que ahora dijimos. Como los rayos del Sol cesan cuando se pone y ausenta, así todo lo criado se volvería en nada si el Criador se ausentase un momento. Palabras son tuyas y bien encarecidas: *A la ma-*

## VICTORIA DE LA MUERTE

*nera que el ama de Efrain, traigo yo a mi pueblo en los brazos, y no conocieron que los curaba. ¿No miras, hombre, el regalo de tu Señor? En sus brazos te trae como a niño pequeño. ¿Cómo no te acuerdas de Él y le das gracias siempre? Quéjase su Majestad: Mi pueblo se olvida de mis muchos días sin número. ¡Oh, quejas de amor tierno, y de padre que tan regaladamente nos ama! No un día, ni diez, ni veinte, sino días que no tienen cuento se ha olvidado mi pueblo de mí.*

Los perfectos varones no lo hacen así, miran siempre a Cristo con ojos amorosos, considerándole como a Criador, Redentor, Sustentador, Justificador y Glorificador, y mirándole le aman, y dan gracias continuamente. *Estos*, dice San Juan, *que siguen al cordero de Dios por dondequiera que va*. Contémplanle nacido en el pesebre de Belén y allí con los Reyes santos le ofrecen dones, fe, esperanza y caridad; acompañanle por el desierto de Egipto, compadeciéndose de su trabajo y de la bendita Virgen su Madre; en todos los caminos que anduvo predicando el Evangelio, acuden a su lado; en el ayuno y tentaciones del desierto, con Él moran; y, finalmente, en todos los trabajos de su penosa pasión no le dejan hasta ponerle en el sepulcro, y gozar de su alegre resurrección con los Apóstoles y la gran amadora la Magdalena.

Y porque nadie en esta vida hay que no ha de tener algunos negocios y ocupaciones, usan de un aviso delicado, y es en los mismos negocios dar parte al Redentor; presentarle delante de sí, como huyendo el cuerpo a los mismos negocios, no estando con olvido de su



amado y Señor. Y aun allí este Rey Celestial les parece que les dice al oído aquellas palabras encendidas en fuego de amor: *Alma, no te olvides de mí.* ¡Oh, dichosos los que no se hacen sordos a palabras tan dulces y amorosas, dichas de la boca de Esposo tan amoroso! *No te olvides de mí.* Estos son como los santos animales que vió Ezequiel que iban con gran prisa adonde los guiaba el Espíritu Santo, y volvían con ligereza, como un rayo apresurado; de tal manera van a los negocios y a cumplir con la vida activa, que presto dan vuelta a la contemplación y memoria de *Jesucristo*, en la cual descansan y reposan con una paz que se puede (loado sea nuestro Dios) sentir, aunque por palabras no se puede decir. No calló esto el Apóstol, el cual experimentó este secreto: *La paz de Dios, que excede todo sentido y todo entendimiento, guarde vuestros corazones.*

Mas al fin, aunque el ánima por todo este jardín tan gracioso de la vida de nuestro Salvador se pasea y recrea muchas veces cada día, mayormente reposa en aquella cruz santa, cama del Rey de gloria, en la cual más mostró la fuerza del amor que nos tenía dándonos su preciosa vida. De aquí es que dijese San Pablo: *Crucificado estoy con mi Salvador Cristo.* Con tal compañía el ánima no tiene a quien temer; allí se fortalece en aquel homenaje; de allí le parecen sombras las altas dignidades y honras mundanas; tiene por cosa de sueño y de engaño las riquezas, burlándose del demonio; y, finalmente, desde la cruz del Señor atalaya y ve de lejos aquella gloria celestial a la cual se sube por esta es-

## VICTORIA DE LA MUERTE

cala, que estando en la tierra penetra en los cielos, según lo reveló Dios al Patriarca Jacob muchos años antes.

Arte muy sutil nos ha dado San Pablo para que tengamos parte en la victoria que nuestro buen *Jesús* nos ganó. Representémosle siempre en nuestra memoria, pues nos trae en sus brazos, y reconozcamos tan crecida merced. No nos apartemos de su cruz, pues estando en ella oyó el santo Ladrón, y le firmó la petición, que dió, haciéndole mayor merced de la que pedía. Colgado en ella consoló a su purísima Madre y no olvidó al amado discípulo San Juan. De manera, que como gran Señor en su trono hizo grandes mercedes a sus amigos y hace también ahora cada día a los que le acompañan en la cruz.





## CAPÍTULO XVI

QUE LA MUERTE NO TARDA



**A**CUÉRDATE, *que la muerte no tarda*  
Uno de los engaños mayores que los hombres siempre tuvieron, y de mayor daño, es prometerse larga vida. Con éstos habla ahora el Eclesiástico, y dice así: *Hombre, no te engañe tu imaginación, acuérdate que la muerte no tarda.* No sin gran sabiduría nuestro Dios dejó en su pecho encerrado el término de la vida que cada uno ha de vivir, y el día en que ha de morir. Nuestro Padre San Agustín da una razón bien de notar, y es: Por tanto está escondido y no sabe el hombre su último día, porque espera la muerte cada día. Gran daño sería para los malos saber cuándo habían de morir, porque llevarían delante la tela de sus pecados, y con pensar de un día antes hacer penitencia, serían peores de lo que

## VICTORIA DE LA MUERTE

son. Ordenólo el Señor mejor y miró la malicia humana, que hace de la medicina ponzoña para su perdición; pues los hombres perdidos no quieren vivir para servir a su Criador, sino para sus intereses y deleites. Mira, mira, hombre, que está la muerte en celada; avisa y vela por que no te saltee y arrebate cuando tú menos tratas de ella.

Cuenta San Jerónimo del Emperador Valentiniano, que estando en consulta para dar batalla a los Sármatas, le dió repentinamente un vómito de sangre y allí cayó muerto; su hermano fué abrasado en un fuego arrebatadamente; Graciano Príncipe, estando cautivo, murió en un punto. ¿De qué te confías, hombre, pues ni día ni hora tienes seguros para vivir? Pues si en los ejemplos que la Sagrada Escritura nos cuenta queremos entrar, veremos muertes espantosas que a muchos acaecieron. Los hijos e hijas del justo varón Job, estando todos juntos, siete hermanos y tres hermanas a la mesa, comiendo y bebiendo con alegría, permitiéndolo Dios, derribó Satanás la casa y allí acabaron la vida. Amón, hijo de David, en el banquete que le hizo Absalón, murió a puñaladas.

El rey de Babilonia, Baltasar, estando con muchos príncipes en un convite y bebiendo con los vasos que robó su padre del templo de Dios, luego allí pareció la sentencia de su mala muerte, según dice el profeta Daniel: una mano con tres dedos escribió en la pared de la sala tres palabras que decían: *Mane, Thecel, Phares*. El rey, mirando esta escritura, comenzó a temer en gran manera y a temblar todo el cuerpo, y sin

saber qué decían aquellas cifras, llamó los sabios de su reino y ninguno supo declararlas; finalmente, fué llamado el santo profeta Daniel, y con espíritu de Dios, acertó lo que querían decir. El rey le prometió una vestidura de púrpura y un collar de oro, y que sería la persona tercera en su reino. El amigo de Dios respondió: Rey, esas mercedes y dones dalos a quien quisieres; la escritura que dices «yo la declararé. ¡Oh rey! Dios »altísimo dió a tu padre Nabucodonosor el reino y la »gran honra que poseía; mas cuando se ensoberbeció, »quitóle Dios el reino y fué echado al campo, y allí andaba pacienddo con las bestias; y tú, hijo suyo, no te »humillaste, sabiendo lo que había pasado por tu padre, »antes, para honra de tus dioses, que ni ven ni oyen, »usurpaste los vasos de la casa de Dios, bebiendo con »ellos tú, y tus convidados, y tus mujeres; por tanto »envió Dios aquellos dedos, como de mano de hombre, que escribiesen aquellas palabras. Lo que quieren »decir es esto: *Mane*: Ha contado Dios tu reino y le ha »dado fin. *Thecet*, quiere decir: ha Dios puéstote en un »peso y vienes falto. *Phares* significa que tu Reino es »dividido y se ha dado a los Medes y Persas. Luego el »rey creyó esta declaración y mandó vestir de púrpura »a Daniel, y le pusieron un collar de oro, y mandó pregonar que todos le honrasen como a persona tercera »del reino.» ¡Cosa maravillosa! Que esa misma noche vino el rey Darío y le quitó la vida y el reino.

Muchas cosas hay aquí de notar; digamos algunas. Estando con alegría este rey de Babilonia con tanta compañía de príncipes, que en aquel banquete se hallaron,

## VICTORIA DE LA MUERTE

parecen los dedos que escribían la sentencia de su muerte arrebatada, y de la pérdida del reino, porque Salomón lo dijo, y así es: *Que los fines de las fiestas y gozo mundano traen consigo luto y llanto.* ¡Oh, pecador, que andas engolfado en pecados, y tienes por dios a tu vientre, como dice San Pablo, acuérdate que *la muerte no tarda!* Escribiéndose está la sentencia contra ti, cuando más olvidado vives en tus vanos placeres. Mira a la pared, y verás la mano de Dios, que es su poder, que te amenaza y dice aquello del Profeta David: *Si no os convirtiéreis, Dios ha sacado su espada, y la menea amenazándoos y tiene el arco aparejado ¿para qué sino para herirte con la saeta, que es la muerte?*

Menea Dios su espada cuando te da una enfermedad y cuando te lleva delante de tus ojos a tus parientes y amigos, y tú no le quieres entender. Cien años antes pregonó Dios aquel castigo terrible del diluvio, y mandó hacer aquella Arca a Noé; y dice el Santo Evangelio que los hombres estaban descuidados, ocupándose en casamientos y en comer y beber, hasta que vino el azote de Dios. Loth avisó a sus yernos y parientes que la ciudad de Sodoma se había de quemar, y ellos, burlándose de él, así se quemaron vivos por no creerle. Aquellas cifras hablan contigo; aprovéchate de ellas. Aquel rey, sin entender lo que decían, temblaba. Tú, que eres cristiano, ¿por qué, acordándote de la muerte, no temerás lo que allí has de padecer y la cuenta estrecha que tu alma ha de dar delante de Nuestro Señor Jesucristo? No eres bruto animal, sino hombre, y tu ánima es inmortal. No la formó Dios de la tierra como

# B E A T O O R O Z, C O

el cuerpo de Adán, ni la hizo de algún elemento, cuando alentó en el rostro de aquel cuerpo, que era como estatua sin sentidos. Crióla de nada a su imagen y semejanza, para que, no teniendo parentesco con las criaturas visibles, no se llegase a ellas amándolas más que a su Criador. Aun allá Aristóteles afirmó que era inmortal, y que no sería de la materia, que es el cuerpo, sino que viene de fuera. ¡Oh, cuántas veces en el día te hablan estas cifras, que al rey de Babilonia tanto espantaron!

Mane: *Dios ha contado los días de tu vida, y les ha dado fin.* Mira por ti, hombre, y aparéjate para camino tan largo como has de andar.

Thecel: *En el peso del juicio de Dios te han puesto, y te falta mucho.* Pésate tú en la balanza de la razón y de la fe que tienes, y verás qué cosas te faltan. Tienes falta de fe viva, pues que estás en pecado mortal, y si así mueres, esa fe te condenará a mayores tormentos que a un infiel. Es la razón porque pecaste a ojos abiertos, ofendiendo a tu Criador y Redentor; mas el infiel peca a ojos cerrados, que está ciego y sin lumbre de fe. También te falta la caridad, que es el amor de Dios y del prójimo, de quien vives olvidado, no remediándole en sus trabajos. Fáltate la esperanza en Dios, pues toda la pones en el mundo falso y engañador. Las virtudes morales: fortaleza, prudencia, justicia y temperancia, tampoco las tienes, según tu conciencia lo afirma. ¡Oh, qué falto estás de peso, miserable de ti, lleno de maldades y vacío de virtudes y de obras de misericordia!

Finalmente, oye la última cifra que te declara Daniel.

## VICTORIA DE LA MUERTE

Phares: *Tu Reino está ya determinado que se parla y se dé a los Persas y a los Medos.* En la muerte te han de partir por medio. Tu cuerpo se entregará a los gusanos para que se lo coman, y tu alma, si mueres en pecado mortal, arrebatarán los demonios, como le acaeció a aquel rico avariento, de quien dice Nuestro Señor que la misma noche que trataba de hacer mayores sus trojes, porque ya no tenía dónde echar tanto trigo, sonó la voz del Cielo: *Loco, esta noche te sacarán esa ánima de ese triste cuerpo. Dime: tantos bienes como has allegado, ¿cuyos serán?*

¿Qué diré de aquel soberbio rey Herodes, que, estando con tanta majestad hablando al pueblo, todos dieron voces: *Palabras son las que hablas, no de hombre, sino de dios?* Él se levantó tanto en soberbia, no dando gloria a Dios, que en un punto vino un Ángel que le hirió de tal arte, que los gusanos en vida le comían sus carnes. Esto dice San Lucas en los Actos de los Apóstoles. Tal muerte merecía quien tantas maldades había hecho, y en vida y en muerte había de ser atormentado el que consintió en la honra que le daban de Dios siendo tan mal hombre.

Según lo dicho, entendido tendrás, hermano, que la muerte no se detiene; a tu lado anda; no duermas ni te confíes en tu mocedad, no en la salud y fuerzas que tienes. Acuérdate de la muerte arrebatada de los hijos de Job, sobre quien cayó la casa estando a la mesa. También ten memoria del hijo de David Amon, que en convite fué muerto a traición. No olvides el castigo de estos reyes de Babilonia y de Galilea. Haz examen cada no-



B E A T O O R O Z C O

che con reposo de tu conciencia, y, mirando a la pared de tu sepulcro, verás la mano de Dios que escribe la sentencia contra ti. Razón es que temas y que des vuelta a tu vida, porque la divina Justicia no te castigue con castigo eterno.







## CAPÍTULO XVII

QUE ES GRAN ATREVIMIENTO DEJAR LA PENITENCIA  
PARA EL DÍA DE LA MUERTE



**N**o hay en la muerte quien se acuerde de vos, Señor. El santo Rey David, queriendo desengañar a los que dilatan su conversión para el fin de la vida, habla con palabras tan espantosas, y dice: que en la muerte apenas hay quien se acuerde de Dios. Ya declaramos, que estas proposiciones universales, que en la Sagrada Escritura se leen, que no se han de entender con el rigor que suenan, sino moderarlas: entendiéndolas, que pocos, y con gran dificultad se hallan, los cuales habiendo gastado sus vidas en pecados, en la hora de la muerte se vuelvan con verdadera penitencia a nuestro Señor. Nuestro Padre San Agustín dice: *Hermano, yo no te quitaré, ni diré, que en la*

## VICTORIA DE LA MUERTE

*muerte no te puedes convertir; doite la penitencia, mas no te doy la seguridad de ella.* Es decir, yo te concedo, que en tanto que vives, como puedes pecar, puedes también convertirte a Dios; mas que tú lo harás así, no me pidas certeza, que yo no saldré por tu fiador. Toma mi consejo, y antes que te dejen los pecados, déjalos tú a ellos.

¡Cosa espantosa, que un negocio tan grande como es la salvación, pongan los hombres en tal peligro de perderse para siempre! Mira, hombre descuidado, que en la muerte hay grandes inconvenientes. La vejección de la enfermedad, y dolores, que en toda parte te cercan. El demonio, que allí te representa tus pecados, encareciéndolos, porque desesperes, como otro Caín y Judas. Demás de esto, el tormento de dejar la honra que tanto amabas; las riquezas en quien confiabas; los deleites en que te empleabas. Tantas muertes te atormentan, cuantas aficiones desordenadas tenías a las criaturas. ¡Oh, qué dolor da una muela cuando tiene muchos raigones, con que se traba en la carne si la sacan! Pues sabe, y no dudes, que tu alma tantas raíces tiene en la tierra cuantos deseos malos tienes para ofender a Dios.

Del rey Alejandro se lee, que cuando quería dar una batalla, vió que un caballero aparejaba las armas para pelear. El rey mandóle echar del ejército, y díjole: Hermano, esto ya había de estar hecho, que ahora no es tiempo de aparejar armas, sino de pelear con ellas. Con verdad fué hecho de tal Príncipe tan sabio. Tú, cristiano soldado de Cristo, mira que en la muer-

te tocan al arma, y está a punto la pelea terrible. Mira que no aguardes entonces a aderezar las armas, no te eche el Rey Celestial Jesucristo fuera de su compañía; en salud da filo agudo a esta fe, que llama San Juan arma, que nos da la victoria en las manos. Vístete el arnés de la caridad, la cual defiende el alma para no ser herida del adversario, y con tal aparejo saldrás vencedor de guerra tan brava como pasa en la muerte.

Antes que entrasen a pelear con los madianitas el capitán Gedeón y sus trescientos hombres, aparejaron las armas que Dios les enseñó que llevasen. Un cántaro con lumbre dentro llevaba el Capitán y cada un soldado. Quebró su cántaro Gedeón y mandó que todos hicieran así y salieron vencedores. Ves aquí el arte que el Señor te enseña para ganar la corona del vencimiento en la muerte. El Capitán Cristo Jesús quebró su cántaro. ¡Oh, cuán llegado y quebrantado verás aquel cuerpo santísimo en la Cruz! Desde allí te dice: haz lo que yo hice; quebranta ese cántaro, que es ese cuerpo, con ayunos y penitencia; y si me imitares, tuya es la victoria; y ten aviso que haya dentro lumbre de fe, acompañada de caridad, porque sin ésta no saldrás vencedor. Dice la Escritura divina que era grande el ejército de los madianitas. ¡Oh, qué de enemigos te han de combatir en la muerte! ¿Y quién los podrá contar? Diré lo que cuenta San Gregorio en una homilía: «Un hombre noble llamado Crisorio, gran pecador, llegando al fin de la vida, con sus ojos vió muchos espíritus malos, negros y muy feos, los cuales le hacían grandes amenazas que le habían de llevar al infierno. Él comenzó a

## VICTORIA DE LA MUERTE

»temer y perder el color del rostro, y dando voces a un  
»hijo suyo religioso, dijo: hijo mío, tú me recibes en tu  
»fe; dando estas voces expiró. Dice aquí este Santo  
»Doctor: hijos, no por sí vió aquel noble varón esta vi-  
»sión, sino por nosotros, a los cuales la paciencia del  
»Señor espera para que hagamos penitencia.» ¡Notable  
ejemplo es éste!, y merece tenerse en la memoria perpe-  
tuamente.

Aquí dirán los negligentes que la misericordia de Dios es grande, y que aun al fin de la vida el santo Ladrón se convirtió y alcanzó tan gran favor de nuestro Salvador, que aquel mismo día fué bienaventurado y gozó de la vista de Dios. Todo es gran verdad, y el Evangelio nos lo dice; mas responde aquí nuestro Padre, que miremos lo que solemos decir, y es, que una golondrina no hace verano, y que no sin misterio se lee de uno y no de más, porque ni los pecadores desesperen, ni tampoco se atrevan a dilatar la penitencia para el fin de la vida.

Quiero conducir este capítulo con una amenaza que Dios hace por Salomón a los atrevidos, que dilatan su conversión hasta la muerte.

«Llaméos, *dice el Señor*, y menospreciasteis mi voz;  
»abrí mis manos, y no hubo quien mirase. No hicisteis  
»caso de mi consejo, y a mis reprensiones disteis de  
»mano; por tanto, yo me burlaré de vosotros, cuando  
»viniere lo que teméis. Cuando llegare la calamidad re-  
»pentina, y la caída sucediere a la manera de la tempes-  
»tad, entonces llamarán y no los oiré.»

¡Espantosa amenaza es esta! Considerémosla con re-

B E A T O O R O Z C O

poso. Cuatro maneras tiene Dios de llamar a un pecador, según Su Majestad declara: *Por palabra, por señas, por inspiraciones y por castigos*. Llama *por palabra* en la predicación, cuando los Predicadores exortan a penitencia manifestando la gran misericordia de Dios en recibir a los que vienen a Él, como lo hizo con San Mateo, con la Magdalena, con Zacheo y otros muchos. Hasta ahora se queja el Señor, y dice: *¡Oh, cuántas veces os quise amparar, como la gallina recibe a sus pollitos debajo de sus alas y no quisisteis!* También llama extendiendo las manos *por señas*, haciendo mercedes a los que le ofenden. Por Isaías dice así: *Extendí mis manos al Pueblo, que me contradecía*. ¡Cosa es de notar, que está el pecador ofendiendo a nuestro Redentor, y Él le conserva el ser, que le dió, y la vida, y le sirve su Angel de guarda, y los Cielos y Sol y todos los elementos. ¡Oh pacientísimo y piadosísimo Señor! ¿A quién no admiraría, si el Rey diese salario a un Capitán del Gran Turco? Así es Dios con el pecador, que sirve al demonio pecando, y huye del que le crió y redimió, y aun extiende las manos, dando enfermedades y trabajos a los malos para que despierten, y como el hijo pródigo, viéndose afligidos, quieran volver a casa de su buen Padre. Además de esto, llama *por inspiraciones*, tocando a las puertas del corazón, aconsejando al ánima lo que le conviene para su salvación. *Yo*, dice el Señor, *estoy a la puerta, y llamo; si alguno me abriere, cenaré con él*. Alábente, Dios mío, todos los Angeles, que tan de raíz perdonas al que te ofendió, que luego te asientas a la mesa con él olvidando los pecados, aun-

## VICTORIA DE LA MUERTE

que hayan sido grandes. No lo hacen así algunos cristianos con los que alguna ofensa les hicieron. Finalmente, llama con *repreensiones*, usando de ásperas palabras, con los que son porfiados en pecar; y así llamó hijos del demonio a los hebreos que le querían matar. Ahora, pues, a los que son tercos e ingratos, que no quieren responder a su voz, ni a sus beneficios ni repreensiones, ¿qué resta sino el último castigo? Y es que, pues ellos se hicieron sordos llamándolos el Señor con tantas maneras, que también Dios no los oiga, cuando apretados y afligidos en la muerte le llaman: *Entonces me llamarán y no los oiré*. Quiere decir llamarme han con temor de la muerte y del infierno, mas no me llamarán con dolor de sus pecados y con amor de hijos. Cuando Dios llamó a Samuel desde el arca, levantábase e íbase una vez y otra a su Maestro Helí, y él decía: *Hijo, yo no te llamé; vuélvete a la cama, y duerme*. Finalmente, como tantas veces Samuel fuese a Helí, dijole: *Hijo, si otra vez te llamaren, responde allá y di: Señor, veis aquí a vuestro siervo; hablad lo que quisiereis*. Dice un Santo Doctor, que Helí quiere decir *fortaleza mía y Dios mío*. Oh, pecador, que te llama Dios y tú vas a Helí, acudes a tu mocedad diciendo, fuerte soy y mancebo: mira que tu vida es una boqueada de aire. ¿De qué te confías? Otros se van a Helí: anda que Dios, mío es, ya se hizo hombre y pasé mis pecados; mía es su sangre, mía es su vida, no me dejará perder. ¡Oh, engaño del demonio! Entiende, miserable, que es más suyo Dios que no tuyo, y que no le tienes en la manga, y no te salvará si no dejas el pecado y le pides perdón con



# B E A T O O R O Z C O

verdadera penitencia. Responde ya al que te llama desde el arca de las paces: tórnate al Señor, mirando siempre que este día espantoso de la muerte no tarda.

Pues con tanta misericordia el Señor del mundo nos llama, y de tan diversas maneras nos despierta para que con salud nos vamos a Él, justo es no nos hagamos sordos, porque esperando hasta el día de la muerte, ya tiene declarado que no nos oirá, si solamente con temor de las penas del infierno le llamáremos, porque el temor servil, aunque no es malo, no basta, para que por él Dios perdone nuestros pecados.







## CAPÍTULO XVIII

QUE LOS JUSTOS NO HAN DE TEMER LA MUERTE



*Do* hayáis miedo, manadita pequeña de ovejas, porque al Padre vuestro le ha agradado de daros el Reino. Palabras son de gran consuelo para cada un cristiano que ama a Dios y cumple su santa ley, y dijolas nuestro Salvador hablando con sus amados Discípulos: y dícelas cada día a sus amigos que le sirven, y desean amarle y servirle. Por dos razones el Señor dió este nombre a sus Discípulos. La primera es por ser pocos en número. Doce Apóstoles y sesenta y dos Discípulos manada pequeña era para rodear todo el mundo y plantar la fe en corazones tan duros como los tenían los hebreos y los gentiles.

Uno de los milagros que el Señor hizo para manifestarse quién era, Hombre y Dios omnipotente, fué éste.

## VICTORIA DE LA MUERTE

Válgame Dios: si el mundo lo considerase, esta maravilla bastaba para convertirse todos los infieles. ¿Qué entendimiento hay tan bajo mirando esta obra de Dios tan excelente, que no quede suspenso? Con unos hombres pobres, sin letras, tomar demanda tan dificultosa y salir con ella quitando ídolos y fundando la fe de un Dios, Trino y uno: y lo que más espantaba a los más sabios es que el Hijo de Dios se hiciese hombre y naciese de una Virgen santa y padeciese tantos trabajos y afrentas y derramase su sangre y diese la vida para redimirnos. ¡Santo Dios, a quién no admira hazaña tan alta!

De más de esto, persuadir a los hombres una ley tan del Cielo, tan pura y tan perfecta, que del todo derriba las honras vanas y destruye las avaricias, corta los deleites malos de la carne, y que el cristiano sea juez y verdugo de sí mismo, crucificando su cuerpo por amor de Jesucristo, como lo dice San Pablo: ¿qué mayor maravilla puede ser? Que los herejes perviertan a muchos no es maravilla, porque siguen sus malos apetitos y deleites con diabólica libertad. Por la misma razón, Mahoma, en breve tiempo, allegó gran compañía de turcos y moros, porque su *Alcorán* infernal mándales vivir como bestias, dando rienda a la carne, mal inclinada para todo lo que quisiere. Más que nuestra santa ley sea admitida por el universo, siendo una espada, que aun corta los pensamientos del corazón perverso, que no se consientan so pena del infierno, digo que menos que virtud de Dios infinita no lo pudiera hacer.

De manera que si los enemigos de nuestra fe quisieren negar los milagros que estos Discípulos de Cristo

hicieron sanando enfermos y resucitando muertos, este gran milagro (dice nuestro Padre) no podrán negar: el que nuestro Rey de la Gloria Cristo Jesús [hizo, conquistando con tan pequeña manada de ovejas los reyes y emperadores de la tierra, y para que, dejando la adoración de sus dioses vanos, estimados tan antiguamente de sus antepasados, se bautizasen creyendo y adorando a nuestro Salvador como a verdadero Dios y hombre, Creador de todas las cosas y Redentor del mundo.

Esto consideraba profundamente el Profeta David cuando dijo: *En toda la tierra sonó su voz, y en los últimos fines se oyeron sus palabras.* Este salmo expone San Pablo de la predicación evangélica que en todo el mundo se vió. La segunda razón porque Nuestro Señor llamó a sus Discípulos *manada pequeña*, y les dice que no teman, es porque aún estaban flacos para padecer grandes trabajos por amor de su Maestro. Llevólos nuestro Salvador poco a poco, como ahora lleva un alma que llama para sí: no porque le falte voluntad para dar toda la perfección luego, sino que vayan haciendo cimiento hondo de humildad. En manera que hasta que vino el Espíritu Santo con aquella gran abundancia el día de Pentecostés y llenó sus almas de su divino amor, padecían flaquezas y temían como pequeños en virtud: si esto no fuera así no huyeran todos en la prisión del Rey celestial ni San Pedro negara tres veces, como negó. ¡Oh, qué flaca es un ánima sin Dios y qué de caídas da una tras otra! Manda, pues, el Señor de los Ángeles, que el temor que heredamos de Adán, el cual se quería esconder en la sombra de los árboles, que le

## VICTORIA DE LA MUERTE

renunciemos y que tomemos la posesión del ánimo y fuerza que por su gran misericordia Él nos ganó y nos comunica, dándonos su gracia. De arte que el ser flacos y pusilánimes viéenos por herencia de Adán, temeroso y flaco. El acometer a la virtud, resistir al mundo y al demonio, viéenos de la mano del segundo Adán, Cristo. Y para darnos mayor esfuerzo declara la voluntad del Eterno Padre, el cual se agrada mucho en darnos el Cielo y hacernos Reyes.

Y porque muchas personas siervas de Dios, mayormente las que son afligidas de escrúpulos, temen demasíadamente pensando en la hora de la muerte, quiero aquí consolarlas, pues se ofrece ocasión. *No hayáis miedo, pequeña manada de ovejas mías, que el Padre celestial tiene determinado de daros el Reino del Cielo.* Ánimas que amáis a Dios y habéis dejado el mundo, usando de él como peregrinos, que vais camino de la celestial Jerusalén, perded el miedo a la muerte. Dice el Eclesiástico que el que no es tentado sabe poco. Sus palabras son éstas: *El que no es tentado, ¿qué sabe?* De aquí entenderá cada cristiano que la tentación es gran maestra que enseña grandes cosas. Nunca supiera Job con experiencia cuánto amaba a Dios si no le quitara la hacienda, los hijos y la salud; mas cuando todo le faltó, y no la paciencia ni el amor de Dios, pues en aquel muladar, tan llagado y desamparado del favor humano, le dió gracias y alabanzas; el demonio quedó afrentado, el cual dijo a Dios que Job le amaba por los bienes que le daba, y el santo varón quedó certificado que amaba a Dios sin respecto de interés, en lo cual él sacó gran

honra y provecho y nuestro Dios fué alabado y el demonio quedó confuso.

Todo esto vemos también en Abraham cuando Dios le puso en aquel conflicto tan grande, mandándole que sacrificase a su hijo tan amado y único mayorazgo; el siervo de Dios luego obedeció; mas el Padre de misericordias, que nos había de dar su Verbo, mayorazgo de eternidad, para nuestra salud, no consintió que muriese Isaac, sino un carnero en figura de Cristo, Señor nuestro. ¡Oh, cuán contento quedó Abraham, en ver que había amado más a Dios que a su hijo, a quien él amaba más que a su vida propia! Todo esto he traído para que el ánimo afligida y combatida de escrúpulos entienda que no la tiene olvidada el que tales prendas de amor le dió, no oro, ni plata, sino su sangre, su honra y su vida. ¿Qué pudo más darnos para que confiemos en Él y perdamos el miedo de la muerte, que se puede decir regalo comparada a la 'suya tan espantosa?

El Profeta David dice: *Que hay una gente que teme donde no hay que temer.* Tales son los escrupulosos no sabiendo hacer diferencia de los pensamientos y consentimientos. Hay de unos a otros más que del Cielo a la Tierra, porque el combate del pensamiento malo no consentido (aunque sea de blasfemia) trae merecimiento; el consentido es pecado mortal, y como esta gente tiene la imaginativa turbada, muchas veces teme que hay pecado en lo que mereció mucho delante de Dios. Verdad es que todo viene de aquella divina mano, *sin cuya voluntad un pajarito, que vale poco, no cae en el lazo,* según el Señor dice en el Evangelio; mas también favorece a esta enfer-

## VICTORIA DE LA MUERTE

medad la complexión tímida y tener el alma alguna punta de presunción, por tanto el médico celestial, para que se humille, permite esta vejación. Conviene no dejar la oración y el uso frecuente de los Sacramentos, Confesión y Comunión, medicinas divinas para toda manera de aflicción y, particularmente, para ésta; y también rendir su parecer, sujetándose al ajeno, si quiere vencer este trabajo de espíritu, y jamás hacer cosa que el escrúpulo le dijere, sino obrar lo contrario. Hay otros avisos, aunque éstos bastarían si se guardasen.

Mire cómo la Esposa convida a Cristo su Esposo a que descansa en cama llena de flores, que son deseos santos, y conciencia reposada; y los escrúpulos son como abrojos, que con sus puntas dan pesadumbre. Allá, dijo David: *El lugar de Dios es pacífico y quieto.* Aprovechará mucho contemplar cuánto desea nuestro Salvador nuestra salvación, pues se quejó en la cruz, no de la corona de espinas, ni de los clavos, que tanto le lastimaron, sino de la sed. ¿Qué sed es ésta, ánima, sino aquella que tenía cuando, cerca de Samaria, pidió agua a una pecadora, la Samaritana? Deseaba perdonarle sus muchos pecados y salvarla, como allí luego lo hizo; ¿pues cómo es posible que quien tanto desea la salud de nuestras ánimas las condene por cosas pocas? Gran remedio es éste si se usa de continuo y bastante para amar mucho a tan gran amador nuestro y no temer donde no hay razón de haber miedo.

En el Epistolario Cristiano, en toda una epístola traté con el favor divino esta materia, como quien muchos años pasó por este martirio. Baste aquí saber que uno de



los mayores tormentos que siente un ánima fatigada de escrúpulos es pensar que pues ahora, con salud viviendo, es tan apretada de estos temores, ¿qué será en el paso de la muerte? Para remedio de esta tentación es de notar que el amigo leal no falta a su amigo en medio de su trabajo, mas antes entonces se declara poniendo toda diligencia para favorecerle. ¡Oh, Salvador del mundo! ¡Oh, fiel amigo de mi ánima! ¿Cuándo jamás faltaste a vuestros siervos? *Ayudador con oportunidad en la tribulación* os llamó vuestro Profeta, y así lo sois. Estando en el horno de Babilonia los tres mancebos, allí enviaste un ángel que los guardó sin daño alguno. En el lago de los leones no olvidaste a Daniel, que no le tocaron. A Jeremías, en aquel pozo metido, librate de la muerte. ¡Oh, favorecedor y remediador de vuestros enemigos en las tribulaciones! Bendito seáis vos. No temas, ánima, no temas la muerte, ni te turbes, que allí tendrás por defensor a tu esposo y Señor omnipotente, Jesucristo, amigo leal, que jamás faltó a quien le ama.

Para mayor consuelo de ánimas temerosas diré lo que vi en esta corte. Una señora principal me pidió que la confesase, persona ya de edad y anciana y una de las más afligidas que yo en mi vida vi. Ella se confesó, y con gran trabajo y turbación, y así tardó más de dos horas. La segunda confesión fué, en gran manera, más reposada y breve, aprovechándose de estos avisos que aquí se han dicho. Dióle la enfermedad de la muerte e hizome llamar. Yo, a la verdad, temí que en aquel paso tan estrecho no le afligiesen los escrúpulos. ¡Oh, misericordias grandes de Dios que así favoreces a tus sier-

## VICTORIA DE LA MUERTE

vos! Es verdad que se confesó con tanta quietud y sosiego; como si en su vida no hubiera tenido trabajo de escrúpulos.

Conocí también un Padre religioso de nuestra Orden, gran letrado y gran siervo de Dios, tan temeroso del paso de la muerte, que suplicaba al Señor que antes que muriese le quitase el juicio, porque no usando de razón no le afligiría el demonio con escrúpulos. Oración es ésta que yo no aconsejaría que algunos la hiciesen, sino que todo lo deje en las manos de tal Padre, como es Cristo. ¡Oh, cosa maravillosa! Tres días antes que muriese perdió el juicio; y así, habiendo confesado y recibido aquel pan de vida eterna antes que saliese de juicio, expiró para gozar de Dios en la gloria.

Teniendo tal defensor tan piadoso y poderoso como nuestro Salvador Jesucristo, el cual así nos asegura que el Padre Eterno, por su gran misericordia, nos hará Reyes en el Cielo, y que en el tiempo de la muerte nos será leal amigo, no parece que hay razón de gastar el tiempo en temer, sino en amar, y loar siempre a su divina Majestad. Cesen, pues, ya los temores demasiados de la muerte, pues el buen Pastor, con su dulce voz, habla a sus ovejas y las esfuerza diciendo: No temáis, sino gozaos, pues después de esta trabajosa vida tomaréis la posesión de un Reino eterno, cuyas riquezas, dignidades y descanso puédense creer, mas no comprender en esta vida mortal.



## CAPÍTULO XIX

QUE LOS PERFECTOS VARONES NO TEMEN LA MUERTE



*o quieras temer el juicio de la muerte.* Muchos años antes que el Hijo de Dios tomase carne y naciese de la Señora del mundo Virgen María, había el Eclesiástico dicho estas palabras, muy conformes a las que nuestro Salvador dijo a sus discípulos y cada día las dice a sus cristianos. Muy bien lo dijo Aristóteles, que todas las verdades conciertan con la verdad. Pues como el mismo Espíritu Santo sea el que habla en el Testamento viejo y en el nuevo, de fuerza han de hacer armonía y suave música en los oídos de los fieles. Aquellos dos querubines que mandó Dios a Moisés que hiciese de oro fino y que los pusiese a los lados del arca, de tal manera le dijo Dios que los asentase, que se mirasen el uno al otro. Querubín, según dice San Dionisio, quiere decir plenitud de ciencia, y

## VICTORIA DE LA MUERTE

así cada uno de estos Testamentos, como son palabras de Dios, están llenos de sabiduría y de altos misterios. Son de un oro fino, porque un Espíritu Santo enseñó a los que los escribieron. Míranse, porque son muy conformes, y lo que el uno dice confirma el otro. De manera que una misma sentencia, aunque por diversas palabras, dijeron en diversos tiempos el Eclesiástico y nuestro Salvador. Y lo que dicen es que no tema el cristiano la muerte. Ya en el capítulo pasado declaramos la exhortación que el Señor hace a sus amadas ovejas. Ahora prosigamos lo que este Sabio nos quiere persuadir.

*No temas el juicio de la muerte.* No hay contradicción alguna entre lo que hemos declarado y lo que aquí se nos dice. En un capítulo pasado se trató cuando David y Job temían la muerte, y es así: ellos lo confiesan. Mas hemos de considerar que los Santos pasaron por donde ahora dijimos que el Señor del mundo pasó a los discípulos. Fueron principiantes y aprovechantes y acabados en perfección. Como *principiantes*, temiendo la muerte, huyeron cuando el Señor fué preso. Como *aprovechantes*, crecieron en fe cuando el Señor resucitó. Como *perfectos*, venido el Espíritu Santo, salieron bramando como leones, predicando las grandezas y victorias que había ganado el fortísimo León de la Tribu de Judá, nuestro bendito Salvador. Por aquí entendemos que David, como *principiante*, dijo: *El temor de la muerte me ha embestido y caído sobre mí.* Esto dijo en un salmo. Mas en otro habló como *perfecto*, y dijo: *Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no*

B E A T O O R O Z C O

*temeré, Señor, porque vos estáis conmigo.* Sombra de muerte es cada peligro, donde se puede perder la vida, y aun sombra de muerte diremos que es la muerte corporal, porque representa la muerte del ánima, que es, cuando está sin Dios, fea y espantosa. Luego, cuando el sabio dice *que no se tema el juicio de la muerte*, no habla con todos, sino con los hombres perfectos en fe y caridad y esperanza. San Juan dice: *Que la perfecta caridad alanza y destierra el temor.* No caben en un alma perfecta amor de Dios y temor de la muerte. *Temor filial*, que es hijo legítimo del amor de Dios, sí anda a una con la caridad, y aun, según David, *persevera en este siglo y en el otro.* De esta perfección nace que los muy amadores de Cristo digan cada día y cada hora: *Deseo ser desatado y vivir con mi Señor Jesucristo.* ¡Oh, qué atada está este ánima y cautiva en este cuerpo mortal! ¡Y cuánto siente esta prisión, y desea salir de esta cárcel tan estrecha y pesada, sabiendo por fe que, según dijo Dios a Moisés: *Nadie puede ver al Señor y Criador del mundo en su esencia, si primero no muriere!* En el Palacio real de Asuero *nadie podía entrar vestido de sayal.* ¡Oh, cristiano! Mira que para entrar en el Cielo y ver al Rey celestial, primero ha de dejar tu alma el tosco sayal de ese cuerpo.

De arte que es privilegio particular el no temer la muerte, que el Señor da a sus amigos que han llegado al último grado de perfección, y si Cristo dijo a su manada pequeña de ovejas que no temiese, fué decir: que sean tan fuertes en fe y tan perfectas en caridad, que no teman la muerte, que a los perfectos pone temor, natu-

## VICTORIA DE LA MUERTE

ralmente. Este temor y todos los otros afectos naturales ahoga el amor perfecto de Dios y hace amable lo que naturaleza tanto aborrece, como es el morir. Verdad es que nuestro Salvador temió la muerte: así nos lo dicen los Santos Evangelistas. Y es de notar que sólo uno, que es San Juan, recuenta el milagro famoso de la resurrección de Lázaro, y todos los Evangelistas dicen muy de espacio el temor y pasión de nuestro Salvador, para darnos a entender, como allí con San Lázaro mostró ser Dios, aquí en temer la muerte se declaró ser Hombre verdadero. Estemos en esto, que tanto conviene. ¡Oh, buen Jesús! No menos os debe mi ánimo alabar y servir por las flaquezas que manifestaste padeciendo, que por los milagros admirables que obraste, porque si por las maravillas vuestras que hiciste plantaste fe en mí para creer que sois Dios, por las flaquezas vuestras persuadiste y probaste ser hombre pasible. Los ángeles os alaban por lo uno y por lo otro.

Volvamos al punto. Temió y sudó sangre con el temor de la muerte el Señor en el huerto, e hizo esto por grandes fines. Lo primero, como ahora dije, quiso manifestarse hombre verdadero, y cortar la lengua a los blasfemos, que sabía Él bien que se habían de levantar negando esta verdad, engañados por Satanás. Quiso además de esto consolar a los fieles que aún no son perfectos y temen la muerte, para que no piensen que no están en gracia, pues aquel temor es natural. Finalmente convenía que Él mismo quisiese temer, para que, como *con su pobreza nos hizo ricos*, como declara el Apóstol, y con su muerte mató nuestra doblada muerte, así su

temor destruyese el temor que naturalmente habían de tener sus amigos los mártires, ofreciendo la vida por su servicio con alegría y gran contento. Esto admiraba a los tiranos perseguidores y era gran parte para que muchos se convirtiesen a nuestra fe. En manera, que temió el Capitán, para que allí mereciese que los soldados tuviesen brío y esfuerzo de leones cuando fuesen perseguidos. ¡Oh, grandeza y artificio admirable, que Él de su voluntad se acobardó para desacobardarnos a nosotros!

En la formación de Eva se dió el retrato de este misterio, como nota bien nuestro padre San Agustín. *Tomó Dios del costado de Adán una costilla, e hizo a Eva; y en lugar de la costilla puso carne.* ¡Válgame Dios, qué trueque tan diferente! La costilla es dura; la carne es blanda y flaca. Señor, sacáis una costilla, poned otra en su lugar. No ha de ser así, dice Dios: sino se ha de hacer este trueque tan extraño. Da la razón San Pablo, y dice: *Que esto era gran sacramento en Cristo y su Iglesia.* Lo flaco de la Esposa se había de dar a Adán el Celestial, y lo fuerte de Cristo a la Esposa tan amada, que es la Iglesia.

Trabajemos, pues, para ser, no para los *principiantes*, ni solamente *aprovechantes*, sino acabados, *perfectos* varones, porque nos quepa en buena suerte la costilla, que es lo fuerte de Cristo, el cual con su terror desterró al que nosotros naturalmente habíamos de tener a la muerte. Poderosa es su gracia para quitarnos toda cobardía, como lo hizo con sus Apóstoles y mártires, los cuales, como gigantes, con alegría se ofrecían a la muerte por amor del que en la cruz por todos murió.







## CAPÍTULO XX

CUÁN MALA ES LA MUERTE DE LOS MALOS



**M**A muerte de los pecadores es pésima, y en gran manera amarga. Palabras son éstas de gran encarecimiento, con las cuales el Profeta David avisa a los pecadores que no tienen cuenta con la ley de Dios ni quieren hacer penitencia en esta vida: dales el título que ellos merecen por sus malas obras y vida, llamándolos *pecadores* y oficiales de tan mal oficio como es ofender al que los crió para que le sirviesen y amasen. Y aun podríamos llamarlos *demonios*, pues los imitan, nunca dejando de pecar. De estos dijo David: *La soberbia, Señor, de los que os aborrecieron sube siempre.* ¿Que es ir siempre subiendo la presunción de los demonios, sino ir adelante sin haber enmienda? Tales son sus imitadores, que siempre añaden pecados a pecados, sin

## VICTORIA DE LA MUERTE

dar fin a su mala vida hasta que la muerte los arrebatara. De aquí es que el Salvador del mundo llamó hijos del demonio a los que le perseguían y querían quitar la vida. También llamó a Judas demonio la noche de la última Cena, porque sabía el Señor que había de tener mal fin. De manera, que éstos que aquí llama David pecadores no son de los que pecan y se levantan pidiendo a Dios misericordia, sino de los que pecan contra el Espíritu Santo, jamás haciendo penitencia. Pecadores fueron David, San Pedro y la Magdalena, mas dejaron este nombre tan infame y murieron siendo justos y amigos de Dios; por tanto, reinan con los ángeles, que nunca pecaron, en el Cielo.

En cambio la muerte de los que en pecado mortal acaban su triste vida, no como quiera es mala, sino *pésima*. Ya dijimos cómo tantas veces muere el malo cuantas aficiones tiene asentadas en las criaturas locamente. Está muy arraigado, como la muela que está muy encarnizada y tiene muchas raíces.

Ahora consideremos tres muertes, que allí le atormentan. La primera es dejar al mundo que tanto amaba. Este dolor trae consigo muchos y grandes dolores: la honra que pierde le saca un pedazo de sus entrañas; la riqueza, que no puede llevar consigo, le llega al corazón; los deleites, que ya le despiden, son una saeta envenenada, que le hiere cruelmente. ¡Oh, cuán bien dijo San Juan! Hermanos, *no améis al mundo ni a las cosas que están en él. Mirad que van de paso él y su deseo.* ¡Plugiese a la bondad divina que cada cristiano tomase tan santo consejo como aquí da este amigo de Jesús!

¡Oh, si mirasen los pecadores cuán en posta corre el mundo; cómo se acaban los Reyes en breve; cómo fenecen los Sumos Pontífices y los Príncipes y poderosos, para que no amasen cosa tan inconstante y variable! Si fuese a gran prisa en posta un correo a Italia, y uno que desea ir allá se trabase fuertemente del estribo de este caminante, ¡qué de golpes iría dando y cuán hecho pedazos quedaría en el camino dando de piedra en piedra! ¡Oh pecador! Deja el mundo, que corre más que en posta. No trabes de él, amándole desatinadamente, que te llevará arrastrando y, al fin, quedarás perdido. Lastimosa muerte es aquesta, que el pecador siente dejando el mundo: y esta podemos decir que es mala, mas no la peor. De notar es lo que el Filósofo escribía al rey Alejandro: *¡Oh Rey, no deseés lo que es corruptible y lo que por fuerza has de dejar! Busca riquezas incorruptibles y Reino eterno: por tanto, encamina tus deseos a lo que es óptimo.* Parecen palabras más de hombre fiel que de filósofo gentil. No sentiría esta muerte que hemos dicho el cristiano que las escribiese en su memoria, y las obrase.

La segunda muerte es muy peor que la pasada, y consiste en el apartamiento del ánima, que en la muerte deja al cuerpo; esta es una cosa muy grande, y merece ser considerada; y es tan grande, que otro que Dios, poder infinito, no la pudo hacer. ¿A quién no admira ver un engaste tan delicado como Dios hizo cuando crió al hombre, y cada día hace la misma obra? Asentar un ánima, que es espíritu tan noble, en un cuerpo, terrón de tierra, y que le informe, vea por los ojos y

## VICTORIA DE LA MUERTE

hable con la lengua, y esté tan unida desde los pies hasta la cabeza, ¿no es cosa admirable y digna de considerar? Decía un gran sabio sacerdote de Egipto: El hombre es un gran milagro en el mundo. Y, cierto, él tuvo gran razón, porque es hazaña y maravilla de Dios; y en gran manera se declara en esta obra su admirable poder. ¡Excelente cosa es un ángel! Mas al fin sigue una línea: tiene no más de un sér espiritual. El hombre tiene doblado sér, alma y cuerpo, cuya hermandad es tanta que no hay hermanos en el mundo que más se amen, aunque el alma ama, como generosa y noble, a su cuerpo, porque ella por sí usa de sus potencias, entendimiento, memoria y voluntad. El cuerpo ama al ánima interesalmente, pues sin ella ni se menea, ni ve, ni oye, ni usa de algún sentido; y lo que es más temible, que luego se afea y corrompe. De esta tan gran amistad y hermandad antigua nace el gran amor que se tienen los dos, alma y cuerpo, y de aquí resulta el espantoso dolor de separarse en la muerte. Aquí más se ha de sentir que en la muerte primera, que es apartarse del mundo, que tanto amaba el pecador, cuando muere: esta es muerte peor y más dolorosa. Sabía bien Satanás este secreto cuando dijo: *El hombre dará piel por piel y todo cuanto posea por salvar la vida*. Luego lo que más se ama es la vida; y donde hay más amor hay más dolor en perderse lo que se amaba mucho.

Finalmente, otra muerte hay tercera, que a todos excede, y es apartarse el alma de Dios para siempre. ¡Oh Santo Dios! ¿Si el pensarlo así espanta, ver al pecador condenado para el infierno, cuánto más espanto traerá?

En comparación de esta división, nada parece apartarse del mundo y dejarlo todo. Cosa pequeña es el dolor que sentirá apartándose el ánima del cuerpo, que tan presto se acabó; mas echar Dios al hombre de sí, dar con él en la compañía de los demonios, verdugos de la Justicia divina, no tener esperanza de jamás gozar del bien infinito para que fué creado, esto es estar siempre muriendo, y eternamente penando y nunca acabar.

*Adonde cayere el árbol allí se quedará; ora caiga a la parte de solano o caiga hacia el cierzo.* Llama aquí el Sabio árbol al hombre, y así lo llamó nuestro Redentor en el Evangelio, y dijo: *Que si no llevase buen fruto, que sería cortado y lanzado en el fuego.* No quiere el Señor árboles sin fruto en la huerta de su Iglesia. Obras ha de tener santas el cristiano: de cumplir tiene la ley que profesó. Ahora, pues, si el árbol que no lleva buen fruto se ha de cortar y ha de servir de leña en el infierno, el árbol que lleva malos frutos, pecando contra la ley de Dios, ¿qué espera? ¿en qué confía? El solano, que es aire blando, significa la gloria celestial; el cierzo, que es áspero, denota el infierno. Pues mira, hombre, a qué parte estás inclinado acá en la vida. Considera tus obras, y por ahí entenderás cómo, por fe, se puede saber si has de ir al cielo o al infierno. *Pésima es la muerte de los pecadores:* mucho la aborrece Dios y sus Angeles; y aun los pecadores mismos se aborrecen a sí, mirando su mala conciencia, en la cual, aquí viviendo, sienten centellas de aquel fuego infernal. Esta les da garrote y los azota de noche y de día, no dejándolos reposar. Cosa es de notar que dentro del ánima puso

## VICTORIA DE LA MUERTE

nuestro Soberano Señor un Fiscal, para que si faltare Juez, que castigue al malo, no falte un Alcalde de Corte, que luego le eche mano y le atormente.

Palabras son de Salomón: *Huye el malo, sin que nadie le persiga.* ¿No lo vemos claramente en Adán, el cual en pecando, se fué huyendo para esconderse a la sombra de los árboles? Dime, pecador, ¿quién te corre? ¿Por qué huyes sin ir tras ti vara de Juez? Persíguele el gusano de la conciencia, y querría huir de sí mismo y no verse; por eso huye aunque nadie vaya tras él. Mucho dijo aquel famoso filósofo, maestro de Platón: Si supiese que Dios no lo había de saber y que no me había de castigar, no pecaría por la vergüenza que me da el pecado. No era más que filósofo, y, en lumbre natural alumbrado, dijo tan gran sentencia. ¡Y que el cristiano no se afrente de obrar, no sólo contra la razón, sino contra la Ley santa de la mano de Dios dada! Y lo que es peor, que de haber pecado muchas veces se alaba y se gloria. ¿No es cosa espantosa y digna de ser llorada ceguedad tan grande?

Malísima es y abominable la muerte del mal hombre, y muchas muertes le cercan en el último día de su terrible vida. Como Absalón, hijo rebelde a su padre David, viviendo está ahorcado de sus cabellos, que son sus malos deseos; y, por tanto, Job, que es la justicia divina, le da tres lanzadas en las tres muertes ya dichas. Apártase del mundo, para nunca más gozar de él; apártase su desventurada ánima del cuerpo; y, finalmente, lo que más le atormentará es la muerte tercera, apartándole Dios de sí para siempre, pues que él se apartó de Dios, viviendo una vida más de bruto animal que de hombre racional.



## CAPÍTULO XXI

QUE LA MUERTE DE LOS JUSTOS ESTIMA DIOS EN MUCHO



**D**RECIOSA es la muerte de los justos en la presencia del Señor. El santo Rey David, después que nos dió un retrato de cuán abominable es delante de Dios la muerte desventurada del malo, que en pecado mortal acaba la vida, ahora nos declara cuánto el Señor estima la muerte de sus amigos.

Nuestro Padre San Agustín dice: «¿Queréis ver el valor de la muerte de los justos? Considerad la vida y muerte de nuestro Salvador, que se dió por ellos, y entenderéis su grande estima.» Verdad es que el Señor por todos padeció y, como el Apóstol dijo: *Él quiere que todos se salven y que vengan al conocimiento de la verdad de nuestra santa fe.* Y así Cristo mandó a San Pedro pagar un mismo precio por en-

## VICTORIA DE LA MUERTE

trambos cuando le pidieron aquel tributo. Aquí dice San Ambrosio que figuraba la paga que nuestro Salvador había de hacer por los justos y los pecadores: Él representaba a los santos, y San Pedro a los pecadores. En manera que, *cuanto a la suficiencia*, también están redimidos los infieles y los que pecan hasta acabar la vida. Mas *cuanto a la eficacia*, solamente esta redención aprovecha a los justos, porque se disponen creyendo y amando a Dios para que aquel precio admirable de la pasión y méritos del Señor se les comuniquen. Los que mueren en pecado mortal, como indispuestos e indignos de tal comunicación, van condenados como gente loca que tuvo tan excelente tesoro en su mano y no quiso aprovecharse de él.

En la última Cena, cuando nuestro Salvador quería ir a pagar nuestras deudas con su sagrada muerte, hablando con sus Apóstoles, parece que quiso dar a entender que no todos habían de salvarse por los méritos de su Pasión, porque allí dijo: *Tomad ese cáliz de mi sangre, que ha de ser derramada por vosotros y por muchos*. Porque, veamos, no dijo por todos, sino por muchos, pues San Juan Bautista le llamó Cordero que venía a quitar los pecados del mundo. Es la razón, porque sabía muy bien que no todos, sino los menos, se habían de disponer para que sus méritos y muerte tuviesen eficacia en ellos; y esto es lo que mucho siente el Señor, y con gran justicia.

Si un Rey, movido de compasión, enviase un millón a Constantinopla para redimir todos los cautivos cristianos, y los menos quisiesen salir y los más quisiesen que-



darse en sus prisiones y mal tratamiento, gran tristeza sería para aquel Rey volverle sus dineros, que sobraron, sabiendo lo que pasaba. ¡Oh Rey y Señor nuestro Cristo, que no un millón de ducados disteis dando vuestra sangre y vida, sino precio infinito!; ¡y que no quieran los cautivos pecadores ser libres, sino quedarse cautivos en el pecado y en el dominio del tirano Satanás! Esta es gran maldad e ingratitud, y no puede ser sin harto sentimiento.

Quejas son de este Soberano Rey aquellas que declaró por Isaías: *Por demás y sin causa trabajé y consumí mi fuerza.* Mira la gran perdición de los hombres, y, considerando los pocos que se salvan y los muchos que se condenan, parecele que casi de balde y sin provecho padeció por el linaje humano. Mas al fin, con los pocos, que son los predestinados, que se han de salvar, se goza el Señor y da gracias al Padre Eterno porque se los dió. De aquí es que los ama mucho, en tanto que diga el Rey David: *Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos abiertos a sus peticiones.* ¡Oh, dichosa gente en quien, como en espejo, se está mirando el Señor de todo lo criado, y sus oídos se emplean en oír sus demandas! Nuestro Dios todo es ojos y todo es oídos, y no es monstruo, sino hermosura infinita, de quien participan el sol, y la luna, y estrellas, y todas las flores del campo. En las criaturas la hermosura está repartida a tasa; en Dios está en infinito grado. Luego decir el Profeta que los ojos del Señor están sobre los justos será decir que se agrada y toma gran contento en mirarlos y con su vista favorecerlos y regalarlos.

## VICTORIA DE LA MUERTE

No pudo más encarecerse la grandeza de este amor que en lo que Él dijo por Zacarías: *Quien a vosotros os toca hiere la niña de mis ojos*. ¿Qué palabras hay que puedan dar el debido encarecimiento a tan tierno y delicado amor? Muchas veces, sin pena ninguna, damos golpes, tocando una mano con otra; mas la niña de los ojos, de una astillita pequeña y de un golpe de ropa se siente tanto, que luego saltan las lágrimas. ¡Oh, qué consuelo éste para los pobres, de quien ningún caso hace el mundo: antes los ricos los agravian y traen como debajo de los pies! ¡Oh gente dichosa! Consolaos, que Nuestro Redentor, que os ama como a sus ojos, y aun más que a su vida, pues la dió por vosotros en la Cruz, Éste os mira con ojos amorosos y tiene sus oídos siempre abiertos para oiros y consolaros.

Pues como la vida de los justos sea tan estimada de Dios, la razón dice que su muerte sea preciosa y de gran valor delante de su Majestad. No dijo David que sería delante de los ojos ciegos de los mundanos preciosa la muerte de los amigos de Dios, porque los mundanos por su malicia, andan como tontos y sin juicio. Así los llama el Sabio, y este nombre les da: *Las vidas de los justos están en la mano de Dios, y no les tocará el tormento de la muerte: paréceles a los hombres locos que mueren, mas ellos están en paz*.

Llama muchas veces la sagrada Escritura ánima a la vida, porque es efecto del ánima la vida del cuerpo; y así dijo Dios a Satanás, hablando del justo Job: *Guárdale el ánima*. Quiso decir: No doy licencia para que le mates. Y el Señor dice en el Evangelio: ¿Qué le apro-

vecha al hombre si ganare todo el mundo, si su ánima padece peligro? Es decir, nada vale todo señorío e interés, comparado al valor que tiene la vida.

En manera, que decir el Sabio que las vidas de los justos están en la mano de Dios, será decir: estímolas en tanto, que como los Reyes traen anillos con esmeraldas engastadas en sus manos, así el Señor se honra con las vidas santas de sus amigos, y no les tocará el *tormento* de la muerte. Puso la Iglesia en lugar de esta palabra otra, que la declara: no les tocará el tormento de la *malicia*, porque ésta es la que mata al ánima y atormenta el corazón del pecador. Y dice luego: *Al parecer de los insipientes parece que mueren, y es muy al contrario, que, con verdad, reposan en paz.*

Subió tanto la maldad y ceguedad del mundo, que dice nuestro Redentor, *que los que martirizaban a los discípulos suyos pensaban que hacian sacrificio a Dios.* ¡Oh, espantoso desatino! Pues en lumbre natural eran obligados a honrarlos, y a hacerles buen tratamiento. Una gente pobre y que ni quería honras ni riquezas, y que les sanaba sus enfermos de balde y les resucitaba sus muertos, y demás de esto les predicaba su salvación, ¿por qué no habían de ser queridos y estimados? Aquí dió muestra el mundo y se declaró quién es loco y desatinado, y tales son los que le siguen y aman. Plática es que tienen estos desatinados allá, penando en el infierno, viendo a los justos y humildes tan sublimados en la gloria, de los cuales con admiración dicen: *Estos son los que en algún tiempo vimos y burlábamos de ellos, y nos parecían miserables. Mirad cómo son estimados*

## VICTORIA DE LA MUERTE

*entre los hijos de Dios y su suerte les ha traído con los Santos.*

Así le acaeció al rico avariento que, estando San Lázaro a su puerta, tendido en tierra y llagado, ningún caso hizo de él, pues ni aun las migajas que caían de su mesa le daba. Mas en muriendo el traidor, arrebatáronle los demonios y dieron con él en las llamas del infierno; y como levantase la vista, vió a Lázaro descansar en el seno de Abraham, y acordóse de pedir limosna de la mano del pobre Lázaro, a quien él menospreció con tanta crueldad; diósele el pago que él mereció, que ni una gota de agua recibió. Con este ejemplo que el Señor predicó (y digo que es ejemplo y no parábola, porque nombró a Lázaro por su nombre, y la calidad del rico avariento), podremos entender cuán preciosa sea la muerte de los justos en los ojos de Dios, porque los ángeles fueron enviados del Cielo para que le llevasen al Limbo de los Padres antiguos, que allí se dice seno, o descanso de Abraham. ¡Oh, cuánta razón tenía aquel mal hombre encantador Balaan en decir: *Muera yo como mueren los justos, y sean mis fines semejantes a los suyos!* Plegue a Dios que no haya ahora herederos de Balaan, que viven en pecados y dicen: que desean morir como los justos mueren, y este deseo nunca le ponen por obra enmendando su vida. Son burladores de sí mismos, pues queriendo morir como los justos, no les quieren parecer en las vidas.

Preciosa es la muerte de los amigos de Dios y gran favor les manifiesta, pues en ellos pone su vista, y sus oídos se emplean en oír sus demandas y cumplir sus

B E A T O O R O Z C O

deseos. En las manos tiene sus vidas guardándolos que no caigan, y como anillo con piedra preciosa se honra con ellos. A éstos sirven los ángeles en la vida y los acompañan en la muerte, y no solamente los ángeles, sino el Criador de los ángeles viene a consolar en el paso de la muerte a sus amigos. Así lo dice San Gregorio hablando de Tarsilia, virgen romana, la cual estando en el extremo de la vida acompañada con muchas dueñas, dijo: Apartaos, y dad lugar, que entra mi Redentor Jesucristo. Y luego murió esta santa esposa del Señor con gran alegría. ¡Dichosa muerte con tan preciosa vista del que es vida eterna!







## CAPÍTULO XXII

QUE EL JUSTO, COMO QUIERA QUE MUERA, VA AL CIELO



os juicios de Dios son abismos grandes. Aquí nos enseña el santo Rey David a no ser curiosos de las obras de nuestro Dios. Él es sabiduría infinita, y nuestro entendimiento corto y finito; ¿cómo será posible encerrar un mar tan grande en vaso tan pequeño? Y si como el filósofo dice, a la manera que la lechuza se ha con el sol, así se ha nuestro entendimiento acerca de las cosas que, según su naturaleza, son manifiestas, ¿cuánto menos seremos hábiles para escudriñar los juicios secretos de nuestro Dios? Concierta el Apóstol con David admirablemente. Llama a los juicios de Dios obras *incomprensibles*, y tiene razón; porque el que presumiere de comprender los juicios de Dios, este se perderá como hombre soberbio. Dime, hombre, ¿no

## VICTORIA DE LA MUERTE

pueden tus ojos mirar al sol en su rueda, por la fuerza de sus rayos y tu gran flaqueza, y piensas, con tu bajo y rudo entendimiento, sufrir los rayos y resplandores del Sol eterno nuestro Criador, que son sus obras ocultas? Abismos profundos son, adóralos y tenles reverencia, y no quieras saber más de lo que Él te revela por la Fe y lo que la santa Iglesia Romana te enseña.

Esto he traído para declarar que uno de los juicios de Dios, y bien usado, es enviar muerte arrebatada y subitánea a los justos. Que la enviase a los malos y ofensores de su divina Majestad, no admira, porque sus delitos lo tienen merecido. Cuando Dios envió fuego del Cielo sobre los hebreos que querían matar a Moisés y a su hermano Aarón, los cuales huyeron al Tabernáculo de Dios, manifiesto está que lo merecieron por querer quitar la vida a los que les sacaron del poder de aquel tirano Faraón, que tanto les afligía; y que la tierra se abriese y tragase a Datán y Abirón, a sus mujeres e hijos, por la rebeldía que cometieron contra Moisés no queriendo obedecerle, cosa justa fué, y no nos espantamos de esto. Mas que los siervos de Dios, que viven obrando virtud y cumplen la Ley del Señor, que éstos mueran arrebatadamente, ¿a quién no admira? Y que Dios lo haya hecho así con algunos justos, no se puede negar. El primero que en el mundo murió fué el santo mancebo Abel, al cual mató su hermano Caín por envidia que tuvo de ver que Dios había enviado fuego del Cielo y abrasado el sacrificio que de su ganado, escogiendo lo mejor, ofrecía. Sacóle al campo el traidor, y estando a solas le mató, y pues entonces no había armas, podemos decir que con



B E A T O O R O Z C O

algún palo le dió en la cabeza. Y cayendo el amigo de Dios en la tierra, allí le acabó, a palos, de matar, para que al vivo se dibujase la muerte de nuestro Redentor, del cual dijo San Mateo: que Pilato sabía bien que por envidia y no por demérito alguno los hebreos le entregaron al inocentísimo Cordero de Dios. En campo murió Abel, y en campo murió Cristo, siendo crucificado en el monte Calvario. Con madero fué muerto Abel, y en el madero de la santa cruz expiró el que es Autor de la vida. A este santo varón canoniza el Señor cuando en el Evangelio le llama *justo*, nombrándole por su propio nombre. Aquí vió Adán el gran daño que hizo a todo su linaje y descendientes, mirando a su hijo tan afeado y molido el cuerpo a palos. Y aun aquí, como nota San Crisóstomo, sintió más dolor que en su propia muerte. La razón es porque Adán, después de muerto, no se podía ver; que la muerte quiebra los ojos y priva los sentidos. ¡Oh, qué llantos harían Adán y Eva, no sólo por ver tal hijo difunto, sino por conocer que ellos fueron causa de aquella muerte y de todos los que habían de morir hasta que acabe el mundo!

Ya tenemos un varón santo que murió arrebatadamente. También leemos de un Profeta, cuyo nombre calla la Escritura Santa, al cual envió Dios a profetizar, y con aviso que en ninguna manera comiese en aquel lugar, sino que se fuera. Hízolo así, y volviendo por su camino salió otro Profeta a él, y dijole: *Varón de Dios, yo también soy Profeta, hazme este placer, que comas pan conmigo*. Él, aunque de mala gana, aceptó el convite. ¡Cosa admirable! Partiéndose de allí, y caminando,

## VICTORIA DE LA MUERTE

salió un león a él y matóle. Mas ni despedazó su cuerpo ni tocó al asnillo en que iba. El Profeta que le había convidado fué para él y sepultó su cuerpo. Varón de Dios se llamaba, que es título de gran dignidad; mas el Señor castigóle con aquella muerte repentina enviando aquel león que le matase. ¡Oh, pecador, cuántas veces has quebrantado los mandamientos de Dios y no te ha castigado enviando alguna bestia fiera que te quite la vida! Mira la misericordia del Redentor, que te espera tantos días y años. Vuelve sobre ti y guárdate, no te quite Dios la vida en un punto y quedes perdido para siempre.

Helí, Sumo Sacerdote, tan loado en la Escritura divina, al cual, revelando Dios por el Profeta Samuel que había de hacer gran castigo en su casa, respondió con gran humildad y paciencia: *Bueno es el Señor, haga lo que quisiere*. ¡Oh, palabras dignas de ser notadas, las cuales cada cristiano había de decir, cuando Dios le visita con alguna adversidad!: *Bueno es el Señor, hágase su voluntad*. Cada día lo decimos en el Pater noster: *Hágase, Señor, vuestra voluntad, así en la tierra como en el Cielo*. Plega a Dios que al tiempo del trabajo no nos desdigamos, no conformándonos con aquella divina voluntad, de la cual dice el Apóstol: *Que es buena, apacible y perfecta*. Otros ejemplos pudiéramos traer. Bastan estos tres testigos para probar esta verdad; que los justos por secretos juicios de Dios mueren repentina muerte. En una silla sentado este Sacerdote, cayó en tierra, y de la caída murió. Verdad es que los juicios de Dios no se han curiosamente de escudriñar;

mas, con humildad, licencia tenemos de buscar razones para nuestra enseñanza y doctrina, porque lo ordena así Dios. Si las obras que el hombre hace siempre llevan algún fin, y por esto le dió Dios la joya tan preciosa de la razón, ¿cuánto más las obras de Dios tendrán motivos y fines grandes? Dejémoslos, que en su pecho quedarán encerrados, y digamos algunos respectos: ¿Por qué el Señor quiere que algunas veces sus amigos mueran de esta manera? Y cierto no es temeridad considerar esto, como luego se verá claramente en el discurso que se sigue.

San Pablo, que nos dijo ser incomprensibles los juicios de Dios, nos da razón de la dificultad que traemos entre manos: ¿Por qué el Señor envía muerte arrebatada a sus justos? Dice, pues, este Apóstol: *A los que aman a Dios todo se les vuelve en bien.* Este es un gran privilegio de los siervos de Dios, a los cuales todas las cosas les son provechosas, sean prósperas o adversas. De todo, como de mina de oro rica, sacan provecho. Dice aquí nuestro Padre: Que no solamente los males de pena, mas aun los pecados en que caen, les suceden en bien, porque de ellos se levantan más avisados para adelante guardarse con más cautela, y aun se levantan más humildes para no confiar en sí mismos, que es una gran ganancia. De aquí es que David diga: *Señor, bueno has sido para mí, que me habéis humillado.* Nunca tanto se conoció este santo Rey como después que Dios le dejó caer en adulterio y en homicidio, matando a su caballero leal Urías. Y en otra parte dice: *Antes que me humillases, pequé.*

## VICTORIA DE LA MUERTE

Lo mismo diremos de San Pedro, que antes presumía tanto en sí; mas después de haber negado a Cristo, quedó en gran manera humilde. Pues si el mayor mal que le puede venir al justo es caer en pecado, y de aquí saca utilidad, según hemos declarado, del mal menor, que es de pena, muriendo como Dios lo ordena, ¿cuánto mayor provecho le vendrá? ¡Oh, dichosos los justos, a quienes con verdad son todas las cosas de gran fruto, y desventurados los que son enemigos del Señor, a los cuales todo se les convierte en mal por su gran soberbia! Diremos, pues, que Nuestro Señor quiere que los justos mueran de presto, por excusarlos de los dolores y angustias que padecen otros con muerte larga. Por experiencia vemos cada día personas con el pecho levantado en agonía de muerte, dos y tres días, que cierto no hay corazón que, viendo así penar a su prójimo, no se duela y compadezca de él; abréviales Dios el tiempo porque no sean tan atormentados, y esto es misericordia no pequeña. Y aun podemos añadir otra razón, y es: porque en la muerte larga los demonios tienen lugar de tentar y afligir al cristiano, y los reencuentros más recios son contra la fe y contra la paciencia para que se enoje con Dios, que le quita la vida. Y porque para estas y otras muchas blasfemias, que el león infernal suele allí tratar, no haya tiempo en la muerte tan abreviada, quiere el Padre de misericordias, nuestro Dios, que algunas veces sus siervos mueran en breve tiempo.

Finalmente, este juicio de Dios oculto, vemos que le obra para escarmiento de la gente descuidada: un rayo, que mata a uno, espanta a muchos; así Dios, arrebatando

B E A T O O R O Z C O

a un justo con muerte celerada, hace temblar a muchos pecadores, porque allí les dice lo que dijo el Señor del mundo (llevando la Cruz a costas con tanto trabajo a Jerusalén) a las dueñas que lloraban su Pasión: *Si en el madero verde hacen esto los hombres, ¿en el seco qué se hará?* Si en el árbol tan fructífero, como yo he sido al mundo, sanando los enfermos, y resucitando los muertos, y recibiendo a los pecadores, y perdonando sus pecados, predicándoles el reino del Cielo para que no se condenen; si en mí veis la justicia que se hace, ¿en el árbol seco, sin virtud ni fruto, qué justicia se ha de hacer? Esto mismo dice cada justo, a quien el Señor lleva de esta vida súbitamente: Mira, árbol seco, pecador miserable, mira la justicia de Dios y lo que pasa en su siervo, y entiende que esta muerte es pregón que el Señor te da para que despiertes del sueño tan pesado en que duermes, estando en pecado mortal.

De manera que si Abel justo fué muerto a traición y tan en breve, y al Profeta, llamado Varón de Dios, ahogó un león, y al sumo Sacerdote Helí le vino la muerte tan sin pensar, de aquella caída, todo esto tiene fin al provecho de los justos, según está dicho, y también al fruto que han de sacar los pecadores, árboles secos, a los cuales la justicia divina exhorta que velen y se aparejen con hacer penitencia, pues no saben si Dios en un punto los arrebatará y dará con ellos en el infierno, adonde perpetuamente se ponen por sus maldades y pecados. Tal justicia merece el que no quiso ser grato a la misericordia de Dios, que le esperó y enseñó que escarmentase en cabeza ajena.





## CAPÍTULO XXIII

QUE EL JUSTO NO MUERE MUERTE SUBITÁNEA



*L justo si muriere muerte arrebatada, estará en descanso. Ser ocupado el justo con la muerte es, al parecer nuestro, morir en un momento, y esto llama aquí el Sabio ocupación. Aquí se ha de notar que ningún siervo de Dios muere súbitamente. Y es la razón, porque toda su vida es una preparación para morir: en esto piensa, y de esto trata de noche y de día. San Jerónimo dice que, comiendo o bebiendo, o en cualquier cosa que hacía, le parecía que a los oídos sonaba aquella voz terrible: Levantaos, muertos, y venid a juicio. ¡Oh, qué música esta, y cuán provechosa! Si todos los cristianos la usaran, otros serían los pensamientos y otras las palabras, y aun muy otras nuestras obras, si con tal consideración anduviésemos ocupados: no hay*

## VICTORIA DE LA MUERTE

duda, sino que cesarían los juegos, los banquetes y trajes mundanos, si tal retrato trajésemos siempre delante de los ojos.

Pero siendo el ejercicio de los justos cada día y hora disponerse para este juicio, no es posible que la muerte les falte. Y si queremos más en particular saber, ¿en qué entienden? Oigamos a San Pablo, que nos dice: *Nuestra conversación es en el Cielo, de donde esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará el cuerpo de nuestra humildad conforme a la claridad de su cuerpo.* No andan los justos en este mundo sino con el cuerpo, porque su ánima más está en el Cielo que en la tierra. Nuestro Padre dice que el ánima más está donde ama que en el cuerpo donde anima; y se ha de advertir, que el efecto más poderoso en nuestra ánima es el amor, obra propia de la voluntad, así como la obra del entendimiento es el entender. Pues siendo la voluntad la Reina en el ánima, que manda (como Señora) a las otras potencias, entendimiento y memoria, el amor lleva tras sí al entendimiento para que contemple lo que él ama, y a la memoria para que jamás tenga olvido; y de aquí es la demanda que nos pone nuestro Redentor, diciendo: *Que le amemos de todo nuestro corazón,* que es pedirnos todo nuestro amor. Dice San Pablo que en los Cielos, allí es su trato, allí su gusto y allí su habitación. No llamamos acá conversación que una persona entre en una casa una vez en el año; mas cuando la visita es cada día, sí la llamamos conversación. ¡Oh, dichosa el alma que conversa en los Cielos, se recrea entre aquellos nueve coros de los Espíritus celes-



tiales, mira con atención aquel ejército de Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes, y, finalmente, contempla a nuestro Salvador, Dios y hombre, y a la Reina del Cielo su Madre en tan admirable gloria! Aquí luego dice el alma con David: *Gloriosas cosas son dichas de ti, Ciudad de Dios*. Nuestra conversación es en los Cielos: no tan solamente cada día contemplando aquellas riquezas, que los Ángeles y los Santos gozan, más aún cada hora; y de aquí les nace la esperanza que después de esta vida mortal han de recibir al Redentor y Señor nuestro, cuando venga a juzgar al mundo y dar el premio a sus amigos, y premio doblado, para que, resucitados, goce el cuerpo de la gloria del ánima adornado con los cuatro dotes de gloria: *Claridad, impasibilidad, sutileza y agilidad. Resplandecerán los justos como el Sol en el Reino de su Padre*. Esto dijo Cristo, porque en el Sol se hallan estas cuatro cosas que dijimos que han de tener los cuerpos gloriosos.

Estos justos son los que esperan al Señor, como Él mandó que le esperasen, ceñidos y con lámparas en las manos. El ceñirse significa estar a punto de guerra, y así dijo Dios a Job, cuando padecía aquella gran tribulación: *Ciñete como varón, y preguntarte he. Siendo esta vida continua pelea*, pues o el mundo o el demonio o la carne o todos juntos no dejan de combatir al alma, los justos andan siempre ceñidos y con vigilancia, no cesando de orar con humildad, llamando a Dios, y aun cíñense moderándose en todas las cosas, antes padeciendo pobreza que teniendo cosas superfluas. Aque-

## VICTORIA DE LA MUERTE

llos santos Animales que vió Ezequiel llevaban tras sí unas ruedas, y cuando ellos volaban en alto, también las ruedas subían. La rueda toca un punto con la tierra, y, por tanto, corre ligeramente. ¡Oh, varones justos, con cuán poco tocáis en la tierra, cuán limitado es vuestro comer y vestir en todo, amando la pobreza, diciendo con el Apóstol: *Teniendo la comida y ropa para cubrirnos, estamos contentos!*

Y no solamente esperan la muerte ceñidos, sino también con lámparas en la mano. Nuestro Padre dice, que éstas representan las buenas obras que cada cristiano ha de hacer. Por tanto, dijo el Señor: *De tal manera resplandezca vuestra luz, que vean los hombres vuestras buenas obras y alaben a vuestro Padre, que está en los Cielos.* ¡Oh, cuánta necesidad tiene la gente cristiana de obras ejemplares, que esfuercen la virtud, que anda flaca, habiendo tantos pecados y escándalos como hay en el mundo! No carece de misterio aquella victoria que ganó Gedeón de los Madianitas con lámparas en las manos. Cada día, los amigos de Dios vencen a los demonios y al mundo con obras santas y haciendo penitencia. Estos son los que el Evangelio llama bienaventurados, porque tocando a la puerta el Señor, luego le abren. En llegando la muerte, cualquiera que sea, en fuego o en agua, están en vela y no duermen; por tanto, de voluntad, dando gracias a Dios, no cierran la puerta, sino la abren de par en par con alegría. Según esto diremos que ni Abel, muerto a traición por su hermano, ni Helí, sumo Sacerdote, cayendo de la silla, murieron súbitamente; aparejados estaban para aquella hora, y lo

mismo se ha de decir de aquel varón de Dios a quien mató el león en el camino y que se salvó. Afirmalo así San Gregorio, el cual dice: que por haber comido contra el mandamiento de Dios fué muerto, y que con la muerte pagó por la inobediencia que tuvo; mas pues Dios no consintió que hiciese pedazos el cuerpo, fué señal que se salvó. Doctrina es excelente digna de notar. ¡Oh, dichosos varones los que sirven a tan alto Señor! A los cuales cualquiera manera de muerte es puerta de la gloria; y desventurados los que están descuidados, sin ceñirse y sin lámparas en las manos, de buenas obras! Estos no recibirán a Cristo como Esposo, sino como rigoroso Juez, para su condenación. Esto merecen sus grandes pecados, y el olvido de la cuenta que han de dar al que tiene hecho el proceso contra ellos.

Pues tan grande es el consuelo de cada justo, que cualquiera muerte que padezca es para su refrigerio y descanso de gloria, imitemos a estos amigos de Dios, conversando en el Cielo, esperando al Salvador Cristo Señor nuestro. Cifémonos y peleemos animosamente contra nuestros espirituales enemigos. Llevemos lámparas, no muertas, sino encendidas, obras buenas con fuego de caridad como el Señor lo manda, para que nos reciba con amor de Padre en la compañía de sus santos.





## CAPÍTULO XXIV

QUE NUESTRO DIOS DA A LOS JUSTOS ENFERMEDADES  
PARA QUE AQUÍ TENGAN PURGATORIO



**E**N la tribulación, Señor, perdonáis los pecados. Una de las grandes misericordias que nuestro Señor usó con los hombres después que Adán pecó, fué que en esta vida tengan trabajos, para que con ellos satisfagan por sus culpas. En manera que fué artificio ingeniado por el que es bondad infinita darnos de su mano moneda con que el mismo Señor sea pagado, y así nos perdone nuestras deudas y pecados. ¡Oh, clemencia de tan piadoso Señor el ordenar que con el censo debido por el pecado se redima el pecado! Censo es de la culpa que heredamos todas las penalidades que padecemos, y con estas, ofrecidas al Señor con paciencia, se redimen nuestros pecados. Esto

## VICTORIA DE LA MUERTE

es, pues, lo que el santo Tobías dice: *En la tribulación, Señor, perdonáis las culpas*. Dos grandes trabajos envió el Señor a este su siervo. El primero fué pobreza. El segundo fué ceguedad. Él era gran limosnero y entendía en obras de piedad, enterrando los difuntos; en tanto que se levantaba de la mesa, dejando la comida, para ir a hacer obra tan pia. Con todo su trabajo daba gracias a Dios, y así mereció que el Señor le volviese la vista, y salió de pobreza. Palabras son muy de notar las que dijo el Ángel San Rafael: *Porque eres amigo de Dios, fué necesario que la tentación te probase*, para ejemplo de otros.

Por donde entendemos que nuestro Dios se ha como un pintor famoso, que aunque todas las imágenes saca bien hechas, trabaja de sacar algunas de mayor perfección, para enseñarlas como retratos y muestras de su arte sutil y gran sabiduría. Así nuestro Dios, en aquellos que Él más ama, parece que se desvela, probándolos con tentaciones, en las cuales, dando Él su favor, sus siervos quedan más perfectos y aprovechados. Retrato de obediencia dió el Señor en Abraham, el cual, en mandándosele, fué a sacrificar a su amado y único hijo, nacido de Sara, Isaac. Retrato de paciencia nos dió el Señor en Job, al cual quitó la hacienda y los hijos y la salud, y con todo esto dijo: Sea el nombre de Dios bendito. De castidad nos dió una medalla perfecta en José, pues quiso más ser preso y padecer muerte que consentir en el mal deseo de aquella gitana señora.

De aquí resulta, que los perfectos varones dan petición a Dios, suplicándoles que les dé trabajos: conocen

el gran fruto, que nace de ellos, pues son tesoro con el cual pagan por sus culpas. El Profeta David decía: *Señor, probadme y tentadme*. El Sabio dice: *Que como en el fuego se prueba el oro, así los hombres se prueban en la tribulación*. Por donde entendemos que David quiso decir: Señor, para que la escoria de mis culpas se purifique, hacedme merced que me enviéis trabajos, que serán gran favor para mí. El santo Job también oraba diciendo: *Esta sea mi consolación, Señor, que no perdonándome, me aflijáis con dolor*. Conocido habían que la mejor parte en esta vida era padecer tribulaciones, los que así importunaban a Dios que los atribulase. Conforme a este lenguaje nuestro Padre decía: Señor, aquí me curad, y aquí cortad, y nada me perdonéis, porque para siempre me perdonéis.

¡Oh, gentes animosas, gigantes fuertes, que así querían ser afligidos para que el Señor les perdonase sus pecados! Y aun pasaban adelante, entendiendo que no sólo como dijo Tobías: *En la tribulación el Señor perdona nuestras culpas*, mas aún ella se merece mayor gloria en el Cielo. Aquí falta el juicio para entender la gran misericordia del Señor, el cual me recibe en mérito de premio, lo que yo, por ser hijo de Adán, debía padecer. Mucho admira esto, mas no hay que admirar en ello. San Pablo nos lo diga, que fué bien probado y atribulado: *Lo que se pasa en un momento, y es tribulación pequeña, en gran manera obra un peso de eterna gloria en nosotros*. Quiere decir: ¡Oh, cristianos, tened en mucho las adversidades que Nuestro Señor nos envía, porque sabed que la menor de ellas, y que pasa en un momento, tiene

## VICTORIA DE LA MUERTE

tanto valor que por ella merecéis nuevo grado de gloria perpetua! Con tal seguro ¿quién no hará buen rostro a cualquier adversidad que venga? Nuestro Padre San Agustín en un sermón dice que estas palabras del Apóstol tenían los mártires escritas en su memoria, y, por tanto, se gozaban con los azotes y cárceles y con la muerte padecida por amor de Cristo. ¡Oh, si en nuestro corazónuviésemos impresa esta doctrina apostólica, cuán pacientes seríamos en los trabajos que de su bendita mano Nuestro Rey y Señor Cristo nos envía! No los da para afligirnos ni los dió a sus amados Apóstoles y a su Santísima Madre, sino para enriquecernos y que nuestra corona de gloria sea mayor. ¡Cosa extraña, que con penillas momentáneas, que tan presto se acaban, se merezca tan gran bien, como es ver a Dios en el Cielo eternamente! Pues así es, y el Espíritu Santo lo dijo por San Pablo.

Por tres maneras se han los cristianos con las adversidades de esta vida. Unos no tienen paciencia, enojándose con Dios porque los aflige, y aun plega a su divina clemencia que no pase tan adelante su locura que blasfemen, porque esto parecería señal de hombre precito que se impone para el infierno, donde los condenados padecen terribles tormentos blasfemando de la Justicia divina. Los cristianos que así padecen son desatinados, porque aumentan su tormento, que no tienen consuelo de Cristo en él, y pierden el mérito y nada les vale su trabajo para perdón de sus pecados. De manera que por todas partes se hacen gran daño, siendo como el frenético, que se come a bocados sus carnes y no lo siente por la falta del juicio. Instrumento de Satanás era



la mujer de Job cuando dijo a su marido, viéndole pobre y llagado en un muladar: *Di mal a Dios y muérete.* ¡Oh, gran amigo del Señor, qué bien respondió! *Has hablado como una de las mujeres locas. Si de la mano del Señor recibimos los bienes, ¿por qué no recibiremos los males? Como el Señor sea agrado sea todo hecho; sea su nombre bendito.* ¡Oh, qué confusión ésta, para los cristianos impacientes, tan grande!

Otros lo hacen mejor; que aunque no quisieran pobreza, ni enfermedad, ni la infamia que les viene, alzan los ojos al Señor, puesto en una cruz para salvarnos, y sufren los trabajos que aquel Padre de misericordias les envía, sabiendo que con aquellas penas redimen sus culpas y ganan nuevo aumento de gloria en el Cielo. Estos, como sabios, sacan fruto de las adversidades y confórmanse con la voluntad de Dios en todo.

Finalmente, hay otros más perfectos, que no sólo tienen sufrimiento con las penas que el Señor les da; más aún, las tienen deseadas y pedidas muchas veces, suplicando a Dios que se las envíe, como ya dijimos de David, y del santo Job, y de nuestro Padre San Agustín. Éstos están muy cerca de ser mártires; que se alegran cuando padecen, dando gracias a Dios. Allá decía el Apóstol: *Tengo gran abundancia de gozo en mis tribulaciones.*

Quiero aquí traer un ejemplo, para consuelo de una tribulación más ordinaria, que es la enfermedad, la cual aun a los ricos no perdona. Dice San Gregorio que un hombre, llamado Sérvulo, estuvo paralítico toda su vida, y de tal manera, que ni comía con sus manos ni

## VICTORIA DE LA MUERTE

se podía rodear en la cama. Servíale su madre en aquella enfermedad, y nota este Santo Doctor que allí, adonde estaba enfermo, era piadoso con los pobres, y cuanto podía haber, luego se lo daba. Llegó el día dichoso de su muerte, y estando muy al fin de la vida y acompañado de gente, oyó cantar a los ángeles alabanzas a Dios, y entonces dijo: ¿No oís cantar a los ángeles? Con aquella música celestial dió su espíritu a su Criador. Esto predicó San Gregorio, y está en una homilía bien ponderado. Por donde entendemos que no sólo en aquella enfermedad penosa y larga tuvo él purgatorio y pagó sus pecados, mas aun mereció oír en su muerte cantar a los ángeles y ser bienaventurado en su compañía.

Habiendo visto, oh cristiano, el gran fruto que trae consigo la tribulación, y que en ella los justos pagan las deudas de sus pecados, y demás de esto, como San Pedro nos avisó, que aun las penalidades pequeñas obran en nosotros gran mérito de gloria, razón es que, pues el provecho es doblado, hagamos rostro a las adversidades, y no tan solamente las suframos con paciencia, mas aun con alegría, como el Apóstol las sufría, y miremos a los santos varones Tobías y Job, diciendo: *Como el Señor se ha contentado, así me ha venido esta aflicción: Sea su nombre bendito y alabado.* Amén.



## CAPÍTULO XXV

DE LOS DIVERSOS LUGARES DONDE VAN LAS ÁNIMAS  
DE LOS QUE MUEREN



**M**URIÓ *Lázaro, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham.* Aquí nos declara nuestro Salvador los grandes favores que Él da a sus siervos, pues al pobre *Lázaro* enfermo, tan menospreciado del mundo, quiso que los ángeles, ciudadanos del Cielo, le viniesen a servir y a llevarle al Limbo de los Padres, donde estaban *Abraham, Abel, Noé* y todos los justos que antes de la muerte del Hijo de Dios murieron. Manifiéstanos también el Señor la inmortalidad del ánima: pues, quedando aquel cuerpo llagado en la sepultura, dice que su ánima honraron los ángeles y la aposentaron en aquella cárcel tan honrada, donde tantos Santos y Profetas esperaban la venida del Mesías Cristo nuestro Dios, para redimir al mundo.

## VICTORIA DE LA MUERTE

Esta verdad alcanzaron los famosos filósofos, y es cosa maravillosa las razones que trae Platón en aquel diálogo que hizo de la inmortalidad del ánima. Una cosa diré, y es: dad acá, dice este sabio varón, ¿queréis ver que el ánima es otra cosa que el cuerpo, y que no se acaba en la muerte? Tomad un hombre viejo, que ya ni oye, ni ve, porque ya el cuerpo terreno se va desbaratando por la edad: éste entonces tiene más vivo entendimiento, y de tales se toma consejo para ordenar la gobernación de la república. Luego si el ánima va mejor yéndole al cuerpo peor, el ánima no es del cuerpo. Esto mismo experimentamos de un enfermo ético, que se va secando poco a poco, y cuanto más llega cerca la muerte, mejor juicio tiene. Favorece a esta razón lo que dijo Job: *En los hombres antiguos está la sapiencia, y en los que han vivido mucho tiempo se halla la prudencia.* Cuenta nuestro Padre San Agustín que un hombre llamado Teobrato, leyendo aquel diálogo de Platón, quedó tan persuadido que el alma era inmortal, que por gozar de tan gran dignidad se despeñó de lo alto de un muro, y allí murió.

San Gregorio prueba ser el ánima inmortal por los milagros que se ven en los sepulcros de los Santos. Aquellas maravillas, que allí parecen sobre todo curso natural, no las obra el cuerpo, que está hecho tierra: luego el ánima vive, y por sus méritos, nuestro Dios hace aquellos milagros. De esta manera quiere este santo probar su intento.

San Dionisio dice: que las ánimas racionales tienen don de Dios que no tengan fin: mas como al fin sea ésta

verdad que se ha de creer por la Fe, y, por tanto, la Santa Iglesia Romana determina que es herejía tener lo contrario, y así el Santo Oficio lo castiga, traemos razones palpables y no demostrativas, una de las cuales y que tiene gran fuerza, según dice Santo Tomás, es que los animales brutos prodújolos la tierra, según el mandamiento de Dios; mas para la creación del hombre, Dios dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*. El cuerpo fué formado de tierra, y el ánima creada de nada, cuya creación se entiende en el espirar el Señor en el rostro para que tuviera vida aquel cuerpo de Adán, hecho de lodo. Declara ser el ánima inmortal aquella sentencia del sabio. *Vuélvase el polvo a la tierra, de donde fué formado, y el espíritu tórnese a Dios, que le dió.*

La razón que nuestro Salvador dió a los saduceos para probar la resurrección, es maravillosa: *Dios se llama Señor de Abraham, de Isaac y Jacob. Dios no se dice Dios de nada, sino de algo; y según los cuerpos, estos Patriarcas ya no eran: luego tenían sér sus ánimas y vivían.* Mas pues ya la Iglesia lo tiene determinado, y dice que es hereje quien negare la inmortalidad del ánima, no hay para qué trabajar en traer más razones. Válgame Dios, si las ánimas no son inmortales, ¿para qué el Hijo de Dios vino al mundo, padeció tantos trabajos treinta y tres años, fué preso, azotado y crucificado? Ser redimido el hombre a tanta costa, argumento es que persuade no acabarse todo cuando muere acabando esta vida mortal. Manifiesta este secreto el Señor, cuando nos dice que Lázaro murió, y que su áni-

## VICTORIA DE LA MUERTE

ma llevaron los Ángeles al Limbo, donde estaba Abraham. El cuerpo llagado, acá se quedó en la tierra, y el ánimo fué la que los Ángeles honraron y acompañaron hasta ponerla en compañía de aquellos santos Padres. Bienaventurada pobreza y dichosa enfermedad por la cual este siervo de Dios mereció ser así servido de los Ángeles y colocado en compañía de tantos Santos que allí esperaban al Redentor del mundo conforme a lo que les era revelado por Fe.

En lo que toca a los lugares diversos, en los cuales las ánimas de los que mueren son puestas, nuestro Padre hace un libro de tres aposentos, que se les dan conforme a los méritos de cada una: porque, o son muy malos los que mueren, o son muy buenos, o siendo buenos llevan consigo algunos pecados veniales. A los que son del todo malos dáseles el Infierno para que allí penen sin remedio alguno. Los que son muy buenos y perfectos, son llevados luego al Cielo para que gocen de Dios, al cual amaron y sirvieron viviendo en este destierro. Los que mueren no habiendo hecho penitencia entera, así de las culpas mortales como de las veniales, van al Purgatorio para que allí se purifiquen. *No entrará en la Ciudad celestial cosa alguna con mácula*, según dice San Juan. El Limbo de los Padres, adonde fué puesto San Lázaro, ya cesó desde el día en que el ánimo gloriosa del Señor del mundo, Cristo, unida a la Persona del Verbo, descendió y los libertó dándoles la vista de su divinidad, y entonces fué hecho aquel Limbo paraíso. Finalmente hay Limbo de los niños no bautizados, que por la culpa original, que here-

daron de Adán, carecen perpetuamente de la vista de Dios. Mas la justicia divina no los castiga con pena de fuego ni otro tormento sensible porque no pecaron con los sentidos. Estos niños conocen ser ésta la voluntad de Dios y confórmanse con ella, y dánle gracias porque los libró del Infierno, donde hay tantos y tan espantosos tormentos. Esta conformidad con el querer de Dios y con su justicia, no tienen los condenados, como adelante se dirá.

En manera que de dos Limbos que hay, el uno está despoblado y ya nadie entra en él, después que el Señor, muriendo en la cruz, abrió la puerta del Cielo a los justos. El otro cada día se puebla más de los niños que no fueron lavados con el agua santa del bautismo o martirizados por la fe de Cristo, que se llama bautizo de sangre, o, finalmente, por deseo santo de ser bautizados, faltando aparejo, murieron invocando a nuestro Señor, el cual se llama bautismo del Espíritu Santo. De los tres lugares principales, que son Infierno, Purgatorio y Gloria celestial, se tratará por tres capítulos siguientes, porque hay mucho que decir en cada uno.

Grande es el consuelo para cada un ánima cristiana oír tales nuevas como el Señor aquí da: que un pobrecito enfermo, Lázaro, sea tan honrado de los ciudadanos del Cielo y bienaventurados Ángeles, por haber sido paciente en sus trabajos. De donde tenemos ejemplo para sufrir las adversidades de esta vida, dando gracias a Nuestro Señor que las envía en su mano: considerando que no le llevaron los Ángeles al Purgatorio porque la pobreza y la enfermedad le habían purificado

## VICTORIA DE LA MUERTE

viviendo. Quedóse el cuerpo en la sepultura, y el alma, que es inmortal, fué llevada al seno de Abraham para que a su tiempo Cristo le visitase y diese el premio de sus grandes trabajos, haciéndole bienaventurado y rey en el Cielo. No es razón que nos espanten las tribulaciones ni que huyamos de ellas, pues como nos avisa San Pablo: *Si fuésemos compañeros con Cristo en padecer adversidades, también lo seremos en las consolaciones.* No es tiempo de regalos sino de penitencia y de trabajo. No llamó el Señor de la viña a los obreros para descansar sino para trabajar, y a estos trabajadores se les dió el salario prometido.







## CAPÍTULO XXVI

DEL PRIMERO APOSENTO DE LOS MALOS, QUE ES  
EL INFIERNO



**M**URIÓ el rico y fué sepullado en el infierno. Si bien se considera en todo el Testamento Viejo y Nuevo, no se hallarán tantos secretos de la otra vida, y tan declarados, como nuestro Salvador, en este ejemplo de San Lázaro, pobre, y de este rico avariento, nos predicó. Por tanto, será bien que con gran atención consideremos una historia tan llena de secretos y avisos para nuestras ánimas. El Señor del mundo, que tanto desea nuestra salvación y remedio, como le costamos tanto, por muchos medios nos persuade a las obras de misericordia, los cuales son caminos ciertos para reinar en el Cielo. Palabra suya es aquella que escribe San Mateo: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* Para enseñarnos

## VICTORIA DE LA MUERTE

esto (demás de en muchos lugares darnos a entender esta verdad) nos pone delante de los ojos este tan notable ejemplo.

Ya vimos el dichoso fin de Lázaro, cuya ánima, no un Angel, que bastaba, sino muchos, la llevaron al seno de Abraham. Y dásele este nombre, dado que en aquel Limbo otros entraron primero que él, porque el Señor que lo sacó de Caldea, dijo: *Que le hacia padre de muchas gentes*: y también porque era muy misericordioso, en tanto que salía a los caminos para llevar a su casa los peregrinos, y darles de comer y consolarlos. Por tanto, mereció recibir Ángeles, que pensaba que eran hombres; y pues este santo varón consolaba a los pobres y los tenía en su corazón por amor entrañable, llévanle un santo pobre, Lázaro, para que descansa en su compañía. ¡Oh, si cada cristiano trajese un pobre en el seno, imitando a este gran limosnero Abraham! ¡Si de muchos platos que vienen a su mesa se acordase dar a los pobres vergonzantes y los que vienen a su puerta! ¡Si de tantos vestidos diese alguno a los que no alcanzan uno! San Juan Bautista decía predicando: *Que de dos vestiduras diesen una al que padece necesidad, y de los manjares también partiesen*. Ya pluguiese a Dios que de tres, y aun de cuatro ropas que los ricos tienen, diesen la una por amor de Dios; pues todo lo han de dejar en la muerte. ¿Quién hay que, como San Martín, parta la capa por medio? ¿Quién, como Zaqueo, da la mitad de sus bienes cada año a pobres? En entrando Cristo en su casa, se hizo de publicano amigo de Dios y gran limosnero, pues no la tercera parte o la

cuarta, sino por medio partía su hacienda; por lo que entendemos que allí donde Jesucristo nuestro Dios mora, luego hace liberales y limosneros a sus huéspedes.

No lo hacía así este rico, que vestía púrpura y holanda delgada, y cada día tenía mesa muy abundante. No carece de misterio de nuestro Salvador decir que era rico y no decir el nombre. Acá en el mundo los ricos son los conocidos y los que tienen nombre; y los pobres, los desconocidos y olvidados. ¡Oh, cuán otros son los juicios de Dios! A los pobres y humildes conoce y les pone nombre, y a los ricos y malos desconoce, y no los nombra. Por David hace la amenaza a los tales, y dice: *No tendré memoria de sus nombres, ni los nombraré con mis labios.* ¡Oh, desventurados aquellos de cuyo nombre Dios se olvida! ¡Oh, qué gran consuelo es para los pobres que les diga Dios lo que dijo a los Apóstoles: *Alegraos, que vuestros nombres están escritos en los Cielos.* Allá tenéis asentado vuestro premio, y allá están escritos vuestros nombres. No se os dé nada que en el mundo no tengáis nombre, ni seáis conocidos. Dice, pues, el Señor, la calidad de este triste hombre, y calla su nombre. Murió este rico, y también el pobre. Al uno llevaron los Ángeles a descansar; al otro los demonios para penar.

San Crisóstomo trae aquí un símil muy bueno: Mira, dice, que este mundo es como una comedia que se representa por muchos, y en tanto que dura la representación múdanse los trajes. Uno se viste con vestiduras como rey; otro como obispo; otro como ermitaño. En tanto que dura la farsa, no parecen quien ellos son;

## VICTORIA DE LA MUERTE

mas acabada, quítanse aquella ropa, y cada uno es conocido por quien es. ¡Oh, mundo que así engañas a quien no te conoce! Andas disfrazado, mas no para los amigos de Dios, que te saben quitar el rebozo y te ponen debajo de sus pies. Este rico vestido de púrpura, que era vestidura de reyes, representaba comedia y engañaba las vistas de muchos. Muerto, despojáronle, y conócese quién era; pues como a pecador le llevan al infierno los demonios. Al contrario Lázaro, dejó la pobreza y las llagas y descubrióse su virtud y bondad, pues va a reposar en compañía de santos amigos de Dios.

De notar es que no dijo el Señor: pusieronle en el infierno, sino *sepultáronle*, para dar a entender que allí ha de quedar para siempre. El que allí entra no tiene remedio, ni jamás saldrá de aquellos términos. Saldrá para su mayor mal, cuando le den su malaventurado cuerpo y sea juzgado en el día del juicio universal; mas los tormentos que el alma tenía, consigo los llevará. Saldrá para penar en cuerpo y en ánima, porque justo es que quien con todo pecó con todo pene, y que quien tal hace que tal pague. Está situado este lugar de los condenados en el centro de la tierra, porque quien tanto amó los bienes terrenos y engañosos justo es que se quede en la tierra penando para siempre. Tiene muchos nombres que el Evangelio da al infierno: llámase horno de fuego, tinieblas de fuego y fuego eterno. Es cosa maravillosa que Platón pintó el infierno, adonde hay gran sed y todas las maneras de tormentos que se pueden imaginar: fuego y bestias fieras, que atormentan a los condenados, todo esto sin fin. Así dice este filósofo que

son atormentados los que vivieron obrando maldades. Y que el infierno esté en el profundo y medio de la tierra, pruébese, porque allí hay grandes tinieblas. Ni el sol, ni luna, ni estrellas alumbran aquel miserable lugar. San Gregorio prueba el lugar del infierno de aquellas palabras del Apocalipsis. *No se halló en el Cielo ni en la tierra quien abriese el libro cerrado con siete sellos.* No se halló Ángel en el Cielo, ni hombre sobre la tierra, ni debajo de ella, que es el infierno, para que abriese aquel libro, sino sólo el Cordero de Dios, nuestro Salvador.

Sepultado allí este mal hombre, dice el Señor que levantó los ojos y vió a Lázaro en el seno de Abraham. Por aquí sabemos que en el otro mundo las ánimas conocen a quien nunca vieron. Aquel nunca vió a este Patriarca santo, y conocióle. Lázaro ni tenía llagas ni cuerpo ni vestidura remendada, como antes que muriese. Su ánima sola estaba en el Limbo. Conocen los condenados a los Santos, y entienden su reposo en la otra vida para su mayor tormento. Los bienaventurados ven las penas de los malos, para dar gracias al Señor, que así ejercita su justicia, y porque los libró de aquellos tormentos eternos. Llámase aquí el conocimiento del alma vista de ojos, dado que el cuerpo quedó en el sepulcro.

Entiéndase también aquí que el Limbo de los Padres está en lugar más alto, pues se dice que levantó los ojos. Muchos pobres justos había allí. ¿Cómo puso la vista en Lázaro y pidió su favor? Verdaderamente se manifiesta que gran parte de su pena fué por la cruel-

## VICTORIA DE LA MUERTE

dad y pecado que cometió no dando limosna al siervo de Dios Lázaro, y, por tanto, le desea tener por abogado viéndose en necesidad.

Oigamos su oración: *Padre Abraham, ten misericordia de mí.* Éste era hebreo, y no gentil, pues llama padre al santo varón, y él le responde llamándole hijo. No basta ser católico cristiano si faltan las obras y cumplimiento de la Ley de Dios. *¿Por qué decís Señor, Señor, y no hacéis lo que os mando?* Palabras son de nuestro Salvador y aviso para que no pensemos que basta la confesión de la fe, sin las obras que pide la misma fe. Y en otra parte se declaró más el mismo Señor: *No cualquiera que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los Cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre celestial, éste entrará en el reino de los Cielos.* De arte que, aunque este rico era católico y tenía fe del Mesías, Cristo Jesús, que había de venir a remediar el mundo, faltándole las obras buenas, se condenó.

¿Y qué pide el desventurado? *Enviadme a Lázaro, que moje la extremidad del dedo, y me dé algún descanso en mi lengua, porque me abraso en esta llama de fuego.* ¡Miserio y escaso en la vida para dar siquiera las migajas que de su mesa caían al pobre Lázaro, y escaso en pedir, pues demanda siquiera una gota de agua! ¡Oh, ricos, amadores de vuestras riquezas y enemigos de pobres! Considerad aquí en qué os habéis de ver si no tomáis el consejo que Daniel dió al Rey de Babilonia: ¡Oh, Rey! *Redime tus pecados con limosnas. Mirad que ganéis amigos con esas riquezas de maldad, para que os reciban en aquellas moradas eter-*

*nas.* Según esto que dice el Señor, los aposentadores de los ricos son los pobres: recibidlos, porque ellos os reciban; dadles remedio y aposento en la tierra, porque ellos os le den en el Cielo. ¿No miráis cuán bien agradecidos son los pobres y cuán bien pagan el beneficio que se les hace?

Aquí se ha de notar que el ánima, como es espíritu, no tiene ojos, según ya dijimos; su ver es su entender, ni tampoco tiene lengua. Nuestro Padre dice: ¿Qué os maravilláis que del alma se diga que tiene ojos y lengua? Pues aún, para que nos entendamos, decimos que Dios tiene ojos y manos. De arte que aquí, ni por vía de metáfora ni de similitud, hemos de entender que el ánima de este condenado tenía ojos y se quejaba de la lengua; toda el ánima penaba y se ardía.

Y hace más sentimiento de la lengua, lo primero, porque con ella hizo muchos pecados de gula, comiendo cada día abundantemente; lo segundo, porque él debía ser gran murmurador y trataba de vidas ajenas, y con esto sería también maldecidor, y juntamente juraba falsamente muchas veces. ¡Qué bien dijo Salomón! *La muerte y vida están en manos de la lengua.* ¿Cómo? ¿Y la lengua tiene manos? ¿Qué es esto? ¿Quién jamás tal cosa vió? Pues el sabio lo dice, no hay que dudar. Manos tiene para ganar la vida eterna confesando sus pecados a los pies del confesor; manos tiene cuando alaba a Dios y le da gracias por los beneficios recibidos, y aun tiene manos cuando corrige con caridad al prójimo y le da buen consejo; también tiene manos para ganar la muerte eterna, blasfemando, jurando,

## VICTORIA DE LA MUERTE

maldiciendo, engañando a su hermano y rompiendo famas ajenas. ¡Oh, lengua, qué bien te puso el nombre Santiago cuando dijo: *La lengua fuego es!* Mirad que traéis fuego de alquitrán en la lengua; encerradla, y poned recaudo en ella, no se os quemee el alma, que será mayor daño que quemárseos vuestra casa.

Razón tenía este miserable para quejarse del tormento de la lengua, porque en ella había cometido muchos y grandes pecados. Dice aquí San Basilio: ¡Mirad con atención cuán justo es Dios! Vestfase este rico de Holanda delicada, regalando su carne; dásele llama de fuego, que le queme y atormente. Pecaba con la lengua con muchos manjares y vinos preciosos; dásele una sed rabiosa que le aflija. Así lo dice la divina Escritura: *Por lo que pecare cada uno será atormentado.* Mas veamos qué gota de agua pedía. Porque, a la verdad, si un río le echaran encima no le quitara una gota de la pena que tenía, porque aquel fuego, aunque es material, no le puede matar el agua. Acá lo vemos, en el fuego de alquitrán, por experiencia. No gemía el triste por esta agua que nosotros usamos, sino que deseaba el menor mérito de San Lázaro para que aquel fuego no le quemase, o a lo menos no le atormentase tanto, y así dijo que para su refrigerio le enviase a Lázaro.

Grandes desatinos dijo este condenado. Lo primero llamó padre a Abraham, y no fué su hijo imitando su misericordia y piedad con los pobres: fué hijo del demonio, a quien imitó siendo cruel con Lázaro. También desvarió en decir que Abraham le enviase a Lázaro, porque Abraham podía recibir en su compañía, mas no



enviar algún Santo de los que allí estaban, que aquello lo había de mandar Dios. Desatinó en pedir que un muerto viniese a predicar a sus cinco hermanos porque no se condenasen; y Dios no ordenó que su ley santa la prediquen muertos, sino vivos, porque tenga mayor mérito nuestra santa fe. Y aquí se ha de notar que no por vía de caridad quería la salvación de sus hermanos, que en el infierno es imposible haberla. Santo Tomás dice que por dos cosas quería la salvación de sus hermanos: la primera, porque sabía que algunos se han de salvar, y por ser de su sangre, quisiera que fueran de aquel número; la segunda razón es por su propio interés: fueranle para tormento accidental verlos en aquella miseria y condenación consigo. Así como es gloria accidental verse los hermanos en la gloria, es tormento a los condenados para el infierno ver consigo a sus padres, hermanos y amigos.

Nos ha detenido este rico desventurado. Plegue a Dios que algún pecador encuentre con este capítulo para que haga penitencia y no espere, como este loco, a pedir misericordia tan tarde, después de esta vida, porque no se halle burlado como éste se halló. Poco pedía, y no lo mereció recibir, porque pidió tarde, después de esta vida, ya cerrado el proceso, como acullá las cinco vírgenes locas, y, por tanto, no las recibió el Esposo Cristo. El remedio es traer a Lázaro en el seno, que haya compasión el cristiano de los pobres, que los favorezca y gane su amistad, para que después de esta vida ellos aposenten a los ricos, no en la tierra, sino en el Palacio Real del Cielo.





## CAPITULO XXVII

DEL APOSENTO SEGURO DE LAS ÁNIMAS,  
QUE ES EL PURGATORIO



*Los que pusieron sobre el fundamento, que es Cristo, leña, heno y astillas, salvarse han, así como por fuego.* Esta autoridad del Apóstol trae Santo Tomás y otros doctores, para probar que es necesario que haya purgatorio adonde las culpas veniales que llevaron consigo las ánimas de los difuntos se paguen, porque no todos los fieles que mueren son tan perfectos que no les quede alguna culpa que pagar después de esta vida, según nos dijo nuestro Padre, al cual ya alegamos en aquel libro que hizo de los tres principales aposentos donde son puestas las ánimas de los difuntos, que son el infierno, el Cielo empíreo y el Purgatorio. Ya dijimos del infierno en el capítulo pa-

## VICTORIA DE LA MUERTE

sado, el cual está en el profundo y medio de la tierra. Luego está el Limbo de los niños que murieron en pecado original. Sobre este Limbo está el Purgatorio. En lo más alto está el Limbo de los Padres, que se dice seno de Abraham.

La pena del Purgatorio, afirma nuestro Padre, es mayor que todas las penas que en esta vida se pueden padecer. Da la razón Santo Tomás, y dice que esto es así: lo primero, por parte de la justicia divina, que la da; lo segundo, porque el alma es delicada, y padece a solas sin el cuerpo. Están allí muchos amigos de Dios, que acá en esta vida no hicieron tanta penitencia que fuesen limpios del todo para gozar de la gloria. Alaban al Señor estando muy conformes a su voluntad santa; y esperan por su misericordia que han de ser libres de aquel tormento habiendo pagado su deuda.

Nota San Gregorio que esta autoridad de San Pablo, que ahora trajimos a la letra, parece que trata de las penas de esta vida mortal, por las cuales, padecidas con paciencia, Dios perdona las culpas veniales, y son purgatorio que Él da a sus amigos, para que en muriendo sean bienaventurados. Trae este santo otra sentencia de nuestro Salvador, el cual dice: *El que pecare contra el Espíritu Santo, no será perdonado en este siglo ni en el otro.* Aquí manifiesta el Señor que, no solamente se da perdón de los pecados mortales en esta vida por la penitencia, mas aun que en la otra vida hay lugar que se perdonen las culpas veniales. Es aquí de notar que dice San Pablo que algunos, creyendo en Cristo, edifican leña, heno y astillas, es decir, que unos pecados ve-

niales son mayores que otros. *Una palabra ociosa*, que ni fué dañosa al prójimo, ni provecho, *culpa es, y de ella* (dice el Señor en el Evangelio) *dará cuenta cada uno en el día del juicio*. ¡Oh, ley purísima de Dios, que ni una palabra sin provecho deja sin castigo! ¿A quién no pone en temor cosa tan grande? Mas una palabra con algún daño del prójimo, aunque no sea mortal, mayor pecado es que la palabra ociosa; y la que es con algún mayor agravio de nuestro hermano, diremos que es leña que tardará más en quemarse que el heno.

Y se ha de notar que como en el infierno todos los condenados arden en un mismo fuego, mayor tormento tiene el que más pecados hizo, porque aquel fuego es discreto, no en sí, que no sabe lo que hace, sino en su causa, que es Dios, que le rige. Así en el purgatorio, todas las ánimas penan en un mismo fuego, y no todas reciben tormento por igual. Cada una pena más o menos, según la Justicia divina tasa la pena y tiempo conforme a sus culpas. Favorecen a las almas mucho los sufragios de la santa Iglesia, como se verá en el capítulo siguiente.

Baste tener entendido que, así como la Justicia de Dios ningún bien deja sin premio, así ningún mal deja sin castigo. Verdad es que siempre el premio pasa adelante del mérito, y el castigo es menos que la culpa merece, porque escrito está: *La misericordia ensalza al juicio*. Claro está que por cada pecado mortal merecía el pecador pena infinita, pues ofendió al que es bondad y Majestad infinita, nuestro Dios. Mas aquella divina misericordia moderó la pena en que no sea infinita en

## VICTORIA DE LA MUERTE

intención, sino en duración, que jamás se acabe en los condenados al infierno. David lo dijo, y es así: *La misericordia del Señor está sobre sus obras*. Como el aceite nada sobre todos los licores, así la misericordia de nuestro Dios, a quien llama San Pablo *Padre de misericordias*, excede a todas sus obras. Podríamos decir aquí lo que nuestro Dios dijo a su pueblo: *Un día por un año te he dado: un día por un año te he dado*. ¿Qué mayor misericordia y merced puede otorgarnos Dios en esta vida, que por un día de penitencia nos reserve un año de purgatorio, adonde tan espantoso tormento hay que excede a todo lo que en esta vida se puede padecer? Y no es maravilla que aquí, viviendo un breve tiempo, se restauren en un día muchos días y años de purgatorio; pues la Magdalena alcanzó perdón de sus pecados en una sola hora que los lloró a los pies del Señor del mundo. El santo Ladrón, en poco tiempo se remedió, no sólo que no tocase al infierno por sus grandes maldades, mas mereció en aquel día en que murió ver la Esencia divina y ser bienaventurado.

De aquí es que los justos huyen con todo cuidado, no solamente de pecar mortalmente, sino aun de no ofender venialmente a tan gran Señor, digno de ser amado, loado y en nada ofendido. Saben que la culpa venial es disposición para el pecado mortal, y que tener en poco el pecado venial es como hacer la cama al mortal. Por tanto, se recogen y apartan de ocasiones; huyen a la oración; empléanse en lección santa, y en todo andan con gran aviso y recato. Del santificado San Juan Bautista, canta la Iglesia: *Huyó al desierto en su tierna edad,*

*porque no cayese en alguna culpa leve*, que es la venial. ¡Oh, cristiano, que no eres santificado antes que nacido, como este santo Varón, conoce tu flaqueza, retráete y apártate de toda ocasión de pecado, aunque sea pequeña. Flaco eres, y de lo poco podrás caer en lo que es mucho. Si Eva no mirara a la fruta del árbol vedado, no la deseara ni comiera de ella. El Eclesiástico lo dijo, y así pasa: *El que tiene en poco las cosas pequeñas, poco a poco caerá en las grandes.*

Por dos cosas no habíamos de pecar venialmente: La primera por no ofender a tan piadoso Padre como es Dios, que nos crió y redimió, nos sustenta la vida y nos promete el Cielo. La segunda, por no penar en el purgatorio, adonde el tormento es tan grande, y aun también porque no se dilate nuestra gloria. La mayor pena que tienen los del infierno ni es el fuego ni la vista de los demonios, ni otro tormento, sino la pena del daño que dicen los teólogos, la cual es estar privados de la vista de Dios. Esta privación tienen las ánimas del purgatorio, por mil años, o dos mil, según la Justicia de Dios les tasa; y este es su mayor tormento, que excede a los demás. Entenderemos esto por lo que dijo Absalón a Joab, capitán del Rey David, cuando fué desterrado de la corte por su delito: *Vea yo el rostro de mi Padre, y quítenme la vida.* Si tanto era el deseo de aquel mancebo para ver a su Padre, que quisiera más ser muerto que andar desterrado, ¿qué ansia y qué deseo no tendrá, un alma tan amiga y tan hija de Jesucristo, cuando haya salido del cuerpo, de ver a su Criador y Redentor?

## VICTORIA DE LA MUERTE

Siendo el purgatorio el lugar de tantos tormentos, como ya está declarado, a cuyas penas todos cuantos trabajos y dolores que hay en esta vida no se pueden comparar, según nuestro Padre afirma, y demás de los tormentos haber otro mayor mal, que es carecer de la vista beatífica de Dios, ¿quién hay que no trabaje aquí, viviendo, de hacer tal vida que excuse tanto trabajo y dilación de su bienaventuranza? No edifiquemos sobre fundamento tan santo y fuente de toda santidad, Cristo Jesús, leña, ni heno, ni astillas de pecados veniales mayores ni menores, sino oro, plata y piedras preciosas, como dice el mismo Apóstol; obras santas y buenas, tales que cuando de esta vida y peregrinación saliéremos no nos detengamos en el purgatorio, sino que el Señor del mundo, hallándonos limpios de todo pecado, nos reciba en el Reino del Cielo.







## CAPITULO XXVIII

DE LOS REMEDIOS QUE TIENEN LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO

**S**ANTA y saludable es la oración por los difuntos para que sean desatados de sus pecados. Es nuestro Dios tan misericordioso y tiene tanta voluntad a nuestra salvación, que no uno, sino muchos remedios proveyó para que, guardando su justicia, ejercite también su gran misericordia. De aquí es que, como somos tan flacos e inclinados a pecar, y en pecado concebidos, nos diese tantas medicinas y remedios para el perdón de los pecados veniales: la oración del *Pater noster*, el agua bendita, la confesión general, el recibir el Sacramento del altar, y la bendición del Obispo, y otros remedios que usa la Santa Iglesia para la remisión de las culpas veniales. Pero la más excelente y de mayor eficacia es el sufragio del misterio soberano

de la Misa, como luego se dirá. Las oraciones y ayunos por los difuntos aprovechan mucho, y también las limosnas; esto es lo que aquel Capitán tan católico, Judas Macabeo, dice: *Santa es y saludable la oración por los difuntos para que sean desatados de sus pecados*. Para este mismo fin, cuando en una batalla murieron muchos del Pueblo de Dios, envió diez mil dracmas de plata, como si dijese diez mil reales, ofreciendo aquella limosna por aquellos difuntos, para que el Señor los sacase del purgatorio. Dícese aquí *desatar los pecados*, cuando por las obras ya dichas perdona Dios las culpas y cesa la pena que por ellas padecían, y se ha de advertir que lo que se hace por el ánima de un difunto aprovecha a todas las ánimas, por el gozo y alegría que reciben de aquella obra buena, y más se alegra el ánima que murió con mayor caridad; mas para remisión de la pena aprovecha al ánima por quien se hace, aunque no muriera en tan alto grado de caridad como otras. Trae Santo Tomás una sentencia de nuestro Padre a este propósito: como los labradores benefician las plantas teniendo respeto al fruto, y presuponiendo que viven y que no están secas, así los que hacen buenas obras por los difuntos creen que están en estado y en camino de salvación, porque a los que están en el infierno nada les aprovechan las oraciones, limosnas o sufragios de los vivos. Son árboles muertos, que jamás tendrán vida de gracia.

A todo excede el sacrificio de la Misa por manera de sufragio, y es limosna y sacrificio juntamente, pues allí se da mantenimiento a un sacerdote ministro de Jesu-

cristo. De San Nicolás de Tolentino, religioso del Orden de Nuestro Padre San Agustín, leemos que le fué revelado que dijese misa por las ánimas del Purgatorio; hizo así, y por sus sacrificios fueron muchas libres de aquellas penas. Y lo que más se ha de notar es que el misterio de la Misa tiene eficacia y virtud por sí mismo; quiero decir que, aunque el sacerdote esté en pecado mortal, el sufragio gozan las ánimas. Es lo que dicen los teólogos: que obra *ex opere operato*. ¡Oh, bendito sea Jesucristo, que tal favor dejó en la tierra para vivos y difuntos! Allí ofrecemos al Padre su propio Hijo, el cual, en la cruz, se ofreció por nuestros pecados una vez. Allí ofrecemos a Cristo su misma carne y sangre, que con tanto amor por nosotros derramó.

¡Oh, mesa real, que alegras a los Ángeles en el Cielo, esfuerzas a los peregrinos fieles en la tierra y libras las ánimas que penan en el Purgatorio! ¿Qué negará el Eterno Padre, ofreciéndole a su amantísimo Hijo, el cual tales servicios le hizo, siendo obediente hasta la muerte de cruz? San Juan dice que, aun allá, a la diestra del Padre, es nuestro abogado, y hace el oficio que, andando en la tierra, ejercitó. El mismo corazón amoroso y la misma caridad llevó consigo cuando subió al Cielo, sus manos y sus pies rasgados por los clavos, su divino costado abierto: resucitó, y así está a la diestra del Padre. ¡Oh, dichosa el ánima, que en tal consideración se emplea sin cesar, alaba y da gracias a tan liberal Señor!

También valen mucho las Bulas que se dan para los difuntos, en las cuales Su Santidad, Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, aplica los méritos de su sagrada vida y

## VICTORIA DE LA MUERTE

pasión, y también los de la sagrada Virgen María, su madre, y de todos los Santos. Este es tesoro admirable, que la Iglesia romana solamente goza, el cual se ha de estimar en mucho. Y aun las misas, en las cuales hay concesión de Su Santidad, que en cada una, dicha en altar privilegiado, se saque un ánima, se han de tener por gran beneficio, y en sus testamentos dejar mandado los fieles que mueren que se digan.

Para que se vea, por ejemplo, el gran remedio que en el sacrificio de la Misa reciben los difuntos, contaré aquí una cosa de notar, que escribe San Gregorio: Un sacerdote que, con necesidad, fué a un baño, halló allí un hombre que le dió muy buen recaudo, y le sirvió así en la entrada del agua como a la salida. Fué otra vez, y para agradecerle aquel servicio, llevóle dos panes que le habían ofrecido en la Iglesia. Él, como los vió, dijo: Padre, ¿y tú me das este pan? Ofrece tú por mí en el altar aquel pan evangélico, y seré yo libre de la pena que padezco; y en esto sabrás que te ha oído, que cuando aquí volvieres no me hallarás en este lugar. Yo fuí señor de este baño, y por mis pecados tengo aquí de padecer. Cosa admirable que aquel sacerdote, habiendo celebrado misa por este difunto una semana, volvió al baño y no le halló. Aquí se ha de notar, lo primero, que no solamente en el purgatorio común penan las ánimas, sino también por especial privilegio ordena Dios que acá donde hicieran las culpas satisfagan por ellas, lo cual ordena el Señor por el provecho del que es difunto, y para nuestro ejemplo, como parece en este difunto que pidió el remedio y sufragio de la misa, y así fué libre. Lo segun-

do, se ha de advertir que si a aquel hombre por usar un oficio tan útil para la salud de los enfermos, se le dió la pena en el mismo lugar por las culpas que allí había cometido, ¿qué esperan los que se ocupan en oficios ilícitos prohibidos por la ley de Dios? Concluye San Gregorio diciendo: ¡Cuán admirable es este sacrificio santísimo del Altar, pues aquel difunto le pidió para ser libre de la pena que tenía y gozar de la gloria!

De aquí entenderán los testamentarios y herederos de los difuntos cuán gran juicio han de tener con Dios por no cumplir los cargos, capellanías y sacrificios que dejan mandado se hagan por ellos. ¡Oh, cosa terrible, que hay algunos tan negligentes, que vemos pasar los veinte y treinta años y están por cumplir los testamentos! Dan voces aquellas ánimas y dicen aquellas palabras del Santo Job cuando padecía tantos dolores: *Habed misericordia de mí; habed misericordia de mí, a lo menos vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado.* Cada un ánima que está penando da voces con esta demanda; llama a sus amigos, que son los herederos y albaceas, que éstos a lo menos usen de misericordia con el ánima, que está presa y padece tormentos en el purgatorio; porque aunque otros se olviden, éstos tienen gran obligación. Dijo Job: *Que la mano del Señor le habia tocado,* porque la tribulación que es temporal va muy de paso y es como toque de la justicia de Dios en comparación del gólpe a mano llena; ¿qué dirá al que condene a tormento eterno? *Vuestras saetas, Señor, pasan; mas la voz de vuestro trueno está en la rueda.* Quiere decir David: los trabajos que dais, Dios mío,

## VICTORIA DE LA MUERTE

en esta vida, que son como saetas que hieren, acábanse, porque al fin la vida es breve. Mas aquella voz de trueno espantoso, *id, maldito, al fuego eterno*, anda como rueda a la redonda, que no tiene fin, pues han de penar los malos en fuego eterno. Habla de esta rueda el Santo Job, y dice: *Que pasarán los malos de las aguas de nieve a grande calor*. Pasarán de extremo a extremo y sin algún refrigerio, porque fueron gente extremada en ofender a su Criador. *La mano del Señor me ha tocado*, dice cada una de las ánimas que están penando, reconociendo la merced que Dios les ha hecho en no condenarlas a tormento eterno, sino darles el purgatorio que ha de tener fin. Y reprendiendo a los negligentes amigos que se olvidan de remediarlas, dice luego: *¿Por qué me perseguís como Dios y os hartáis de mis carnes? ¿Cuál queja es ésta? ¿Cómo dice perseguisme como Dios?* Bien dicho está, porque Dios castiga con justicia y rectitud al que hace mal; y así los que son descuidados en pagar las deudas y cargos que el difunto pudiera cumplir en vida y lo dejó en manos ajenas, en alguna manera dan su merecido al que se olvidó de sí mismo viviendo; aunque ellos, según dijimos, tendrán gran cuenta con Dios y serán castigados. *Y os hartáis de mis carnes*. Os aprovecháis de lo que yo gané con mi trabajo y sudores, y me dejáis en este tormento pudiéndome remediar.

De verdad que es temeroso ejemplo el que cuenta San Gregorio. Nótenle los que se encargan del cumplimiento de testamentos. «Un hombre que andaba en la guerra, cayó enfermo, y llegando al punto de la muerte,

## B E A T O O R O Z C O

»encargó a un su amigo que tomase un caballo y le vendiese y descargase su ánima; él lo hizo tan mal, que se quedó con el caballo y no hizo lo que le fué encargado; y plegue a Dios que ahora no haya nada de esto. El difunto fué al purgatorio, y allí, por la misericordia del Señor, pagó sus culpas, lo que la divina justicia ordenó. Siendo ya libre de su pena el difunto, apareció a su amigo, y le dijo: Mucho me has hecho padecer por no haber cumplido lo que te rogué, mas tú no te irás sin castigo. ¡Oh, espantosa cosa! El triste hombre que se quedó con el caballo murió y fué condenado al infierno por su avaricia.» Estas son palabras de San Gregorio.

Siendo tantos los medios para alcanzar perdón de sus culpas veniales y tan ásperos los tormentos que en el purgatorio hay para las ánimas que no van perfectamente limpias, gran solicitud debemos tener de guardarnos aun de culpas leves; pues en breve tiempo podemos redimir lo que allí por largos años se ha de satisfacer. Teman los que tienen a cargo testamentos y no descuiden, dejando las ánimas penar en el purgatorio, pues así Dios castiga a los que se olvidan de hacer su oficio. Y miren este ejemplo que San Gregorio escribe, que el oírle pone espanto a cualquier cristiano.







## CAPÍTULO XXIX

DEL TERCER APOSENTO DE LAS ÁNIMAS, QUE ES  
EL CIELO EMPÍREO.



**V**ENID, *benditos de mi Padre, y poseed el Reino que está aparejado para vosotros desde el principio del mundo.* Estas son las palabras de gran alegría y favor que el Juez soberano Cristo Jesús dirá a sus siervos en aquel día espantoso del juicio universal. Cada día las dice en el juicio particular, que es en la muerte de sus amigos, que lealmente le han servido: salvo que allí será delante de todo el mundo, y ahora pasa como en secreto. Hónralos como a hijos que en esta vida le honraron a Él, olvidados de su propia estima y honra. Y aquí cumple sus palabras muchos años antes dichas: *Si alguno me honrase, yo le honraré: los que me estiman en poco, perderán la nobleza. Venid a mí, benditos.*

## VICTORIA DE LA MUERTE

El cuidado continuo de los siervos de Dios, como ya declaramos, es andarse tras Dios, jamás apartándose de su presencia, pues su Esencia infinita todo lo ocupa. Así decía David: *Mi ánima, Señor, os va siguiendo, y vuestra mano derecha me recibió.* ¡Oh, dichosa el ánima que tal solicitud tiene, jamás quitándose de la presencia de su Rey y Señor! Esta tal ya comienza a vivir vida celestial, gustando de mucha paz y de gran suavidad en Jesucristo. Esta (como es la Esposa) *se levanta, y cerca la Ciudad, buscando a su amado Esposo.* Tiénele dentro de su corazón, y búscale. Tiénele, porque sin Dios no se puede buscar a Dios. Búscale fatigada, por más y más sentir su presencia y suavidad. A estas ánimas, que así trabajan de noche y de día en allegarse más a Cristo, llama Él en el día de su tránsito, para que ya sin trabajo ni cuidado le gocen en el Cielo perpetuamente. «Venid para reposar y gozar de la victoria que yo os gané de nuestros espirituales enemigos. Venid a poseer el imperio, no de la tierra sino del Cielo.»

Llamarlos benditos es alabar sus obras y engrandecer los servicios que le han hecho viviendo en este destierro. *Bendito*, quiere decir en la sagrada Escritura *fructífero*. Dió la bendición Dios a la luz, dándola virtud para producir sus rayos y alumbrar. También dió su bendición a la tierra, para producir árboles y yerbas. Finalmente, dar la bendición a nuestros padres primeros, fué darles virtud para tener frutos de bendición. Y aquí entenderemos con cuánta razón se turbó nuestra Señora cuando San Gabriel la dijo: *Bendita vos entre todas las mujeres.* Fué decirla que había de ser la me-

por Madre que en el mundo fué, ni será, porque había de ser Madre del Hijo de Dios: y ella, como tuvo el mejor entendimiento que a criatura pura se dió, habiendo hecho voto de virginidad, parecióle cosa extraña título de Madre: mas cuando el Angel la certificó que había de ser obra del Espíritu Santo, con humildad dió el sí para ser Madre de Dios. Pues *bendito* quiere decir *fructifero*: *maldito* querrá decir *estéril*, y así el Señor, mirando aquella higuera, que no tenía más de hojas, la maldijo, y luego hasta la raíz se secó.

De arte, que llamar *benditos* a sus amigos el que es Padre de toda bendición, fué con brevedad, en una palabra, ensalzar sus obras santas y piadosas que en esta vida obraron. Por tanto, los llama ovejas, y las pondrá a su mano derecha. Al contrario, a los malos llama cabritos traviesos e inquietos, estériles y sin fruto de obras de misericordia, y les dará su maldición, según nos dice San Mateo: *Idos malditos, apartaos de mi; id al fuego eterno*. Siempre huís de mí, apartándoos de mi santa ley, y siguiendo la del mundo y de vuestra maldita carne; no resta sino que ahora, para siempre os apartéis de mí y tengáis compañía con el demonio, a quien obedecisteis.

Llamar el Señor Reino a la bienaventuranza de los Santos está muy bien, porque el hombre no fué criado para ser esclavo, sino para que fuese señor. Declara esto el Espíritu Santo en el Génesis, adonde se escribe que nuestro Dios, luego que crió a Adán, le dió el señorío de este Universo, y si él no pecara, había de pasar de reino a reino, del señorío de la tierra al se-

## VICTORIA DE LA MUERTE

ñorio del Cielo. ¡Oh ceguedad grande! Crióle Dios para ser rey, y él hízose siervo y cautivo de Satanás. Viendo el Hijo de Dios tan gran caída, tuvo compasión de nosotros, y naciendo de la Virgen Santa, ganónos el Reino del Cielo, que el primer hombre nos había perdido. Allí todos los Santos son Reyes, no como acá en la tierra, que cada reino tiene un solo rey, no pudiendo sufrir dos. De este Reino glorioso, dijo el mismo Señor: *Resplandecerán los justos en el Reino de su Padre, y su resplandor será a la manera del sol.* Nótese adonde dice que resplandecerán, no en la tierra, que es cárcel y destierro, ni cerca de los amadores de estas tinieblas. Aquí serán menospreciados, perseguidos y maltratados, y su estima y valor parecerá a su tiempo, cuando reinen en el Cielo. Y porque el más claro planeta de todos es el sol, comparó el resplandor de los Santos al sol, aunque en verdad será mayor su claridad que la del astro del día.

Dice más el Señor: *Que este Reino está aparejado para los justos desde el principio del mundo.* Esta es una dignidad excelente de los predestinados, que en la eternidad tienen sér, no en sí mismos, sino en Dios, que los vió, los amó y los eligió; y esta elección fué hecha por los méritos que nuestro Salvador nos había de dar. Diganos esto San Pablo: *El Padre nos eligió en su Hijo antes que tuviese sér el mundo.* Luego escogiónos en eternidad. Que Cristo dice *desde el principio;* es decir, que desde el principio que Dios crió al hombre y él pecó, la pasión del Señor comenzó a tener eficacia y a obrar. No perdonara Dios a nuestros padres sino por-

que Cristo había de pagar sus pecados y de todo el mundo. Esto quiso decir San Juan: *El Cordero está muerto desde el principio del mundo*. Y, con efecto, no murió hasta pasados cinco mil años. La razón es porque ya obraron los méritos de nuestro Salvador, el cual salió por fiador de todas las culpas del mundo. Declaró más esto el Rey celestial, cuando dijo a sus Apóstoles, queriendo ir a padecer una muerte tan lastimera: *Mirad, que voy a aparejaros el lugar*. Quiso decir: aquel Reino, que determiné en eternidad de daros, tengo de disponerle para que, muriendo yo, se os dé la posesión cuando salgáis de esta vida, lo cual no se ha hecho con ningún Santo hasta que yo muera; de arte, que este Reino de gloria, que nos ganó Jesucristo con sus méritos y determinó, antes que crease el mundo, de darle a los justos, fué dos veces aparejado: una, por determinación y voluntad, y ésta fué antiguamente: otra, cuando el Señor con su muerte nos abrió la puerta del Cielo. De aquí es que respondió, estando en la Cruz, al santo Ladrón: *Hoy serás conmigo en el paraiso*; es decir, hoy verás mi Divinidad. Ver a Dios en su esencia es verdadero paraíso y gloria. Murió el santo Ladrón, después que nuestro Salvador expiró, y por eso halló aparejado el aposento de su bienaventuranza.

Este Reino que el Señor da a sus amigos es tan rico y tan cumplido de todos los bienes y deleites que se pueden desear, que no sólo por una metáfora o símil, mas por muchos, nos le da a entender la divina Escritura. El Rey David le llamó *tierra de los que viven*, y así dijo: *Señor, mi salario y heredad sea en la tierra de los*

## VICTORIA DE LA MUERTE

*que viven.* No en esta vida y tierra, donde los hombres mueren, y aun en vida se están muriendo y acabando como la candela que arde, que se va gastando y tendrá presto fin, sino allá, en el Cielo, donde la vida no tiene temor de enfermedad ni de muerte. Allá me haced la merced por los servicios que os he hecho. El santo Job llamó a este Reino jornal, porque aunque Dios, dándonos su Gracia, es el principal Autor de nuestras obras, ordenó el Señor que nosotros tengamos parte, aplicando nuestra voluntad y libre albedrío. Conforme a esto, el Señor de la viña, que es el Padre celestial, dijo a su procurador, Cristo: *Llama a los obreros y págalos su jornal.* San Pablo llamó a este Reino *corona de justicia*, porque, conforme a la ley que Dios tiene dada prometiendo este gran premio a sus siervos, es justo que cumpla su palabra. También le llamó Reino de los Cielos el santo Bautista, diciendo: *Haced penitencia y allegáreos ha el Reino de los Cielos.* Finalmente, nuestro Salvador le dió nombre de vida cuando aquel Doctor le preguntó: *Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?* El Señor le respondió: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.* De manera que *tierra de los que viven, jornal de un día*, que es la breve vida que vivimos, *vida eterna*; todos estos nombres significan una cosa, y es Reino del Eterno Padre, el cual nuestro Rey Cristo Jesús dará a sus benditos, gente fructuosa, que son los justos.

Es cosa de notar cuán maravillosamente pinta Platón el Paraíso para los virtuosos que vivieran bien: dice que allí hay unos prados de muchas maneras de flores, que

dan gran olor; hay árboles de fruta excelente, fuentes de agua muy clara, manjares muy preciosos, gran multitud de gente sabia, música de gran melodía, y que se ocupan en ofrecer a Dios sacrificios. Lo que nuestra santa fe nos dice a todo excede: *Porque ni la vista jamás vió, ni los oídos oyeron, ni el corazón puede pensar los bienes que Dios aparejó a los que le aman.* Palabras son de Isaías, y referidas por San Pablo, y está muy bien dicho, porque como Dios tiene librado a sus amigos el salario en sí mismo, y Dios es bien infinito, quien pudiese contemplar lo que es honra, riquezas y descanso infinito, éste podría entender en alguna manera la grandeza de este Reino, que es premio de los justos. La posesión de este Reino da el Señor a las ánimas de sus siervos cuando salen de esta vida perfectos y sin tener que purgar.

Por tanto, dijo San Juan, que se les dió una vestidura a cada un ánima de las que estaban debajo del altar orando: *Señor, ¿hasta cuándo no habéis de vengar nuestra sangre derramada? Y les fué dicho: esperad un poco hasta que se cumpla el número de vuestros hermanos.* No piden las ánimas gloriosas que Dios castigue a sus perseguidores; porque San Esteban, estando padeciendo, se hincó de rodillas y suplicó a Cristo que perdonase a los que le quitaban la vida. La venganza que piden es que venga el día del juicio, para que, resucitando con sus cuerpos gloriosos e inmortales, sus contrarios queden confusos de ver tan ensalzados a los que acá tuvieron en poco. Decirles la voz del Cielo: *Esperad un poco*, es cosa digna de considerar,

## VICTORIA DE LA MUERTE

pues ha más de mil y quinientos años que no se acaba *aquel poco*, y podrá ser que no se acabase de aquí a otros mil años. Habla Dios conforme a su Sér, que es eterno, y no conforme al tiempo que acá gozan los hombres, que se mide por la revolución de los cielos; y, por tanto, llama *poco tiempo* dos mil o cien mil años, porque todo tiempo, comparado a la eternidad, es *poco*, y como punto en medio de un círculo grande. Finalmente, el número que se ha de cumplir para dar sus cuerpos a las ánimas gloriosas es el número de los predestinados, de los cuales dijo San Pablo: *El Señor sabe quién son los suyos*. Contados los tiene como a dedos, y no le faltará uno de ellos. Entonces cumplirá lo que Isaías profetizó: *En su tierra poseerán las cosas dobladas*. San Gregorio lo declara de la doblada gloria que tendrán los Santos, no solamente como ahora la tienen, sino también en el cuerpo.

¡Oh, reino soberano, reino eterno, donde los Santos, vencidos los enemigos, gozan de corona de gloria, donde el oficio es, según lo dijo David, loar y alabar a su Criador y Redentor! *Bienaventurados, Señor, los que moran en vuestra casa; alabaros han en los siglos de los siglos*. Nuestro Padre dice, considerando aqueste reino felicísimo: ¿Cuánta será la felicidad adonde no hay mal alguno y ningún bien falta? Allí veremos al Señor y le amaremos; amándole, alabarle hemos. Este será en el fin y sin fin. Si la Reina de Saba, de ver a Salomón y oír su sabiduría, y considerando la orden, con que sus criados la servían, quedó tan admirada que se dice en la divina Escritura que no le quedó espíritu,



# B E A T O O R O Z C O

¿qué será, ¡oh ánima!, cuando veas al figurado Salomón, Cristo Jesús, en el trono de su gloria, y mires atentamente aquella multitud de Ángeles y espíritus celestiales que están delante de Él, aquel coro de Apóstoles, de Mártires, Confesores y Vírgenes, los cuales adoran, alaban y glorifican al sapientísimo Salomón, su Criador y Redentor?

Siendo tan grande el premio de los justos, no menos que un Reino perpetuo de todas las riquezas y obra tan abundante, ¿quién no deja el mundo vano, sus miserias, pobreza, y vuelve a Dios, tan liberal Señor? El Rey Alejandro dividió su reino a sus criados y amigos cuando estaba al fin de la vida, porque no le podía llevar consigo. ¡Oh, magnífico Rey y Señor Jesucristo, que hace reyes a los que le sirven y aman, y quédase Él con su Reino, Emperador de todo lo criado! A este Señor amemos, a Él sirvamos y a Él siempre alabemos, porque con Él reinemos en aquel Reino celestial y perpetuo del Cielo!







## CAPÍTULO XXX

DEL POCO CUIDADO QUE LOS PADRES ANTIGUOS TUVIERON  
DE RICOS SEPULCROS



**ENTERRÓ** *Abraham a su mujer Sara en una cueva doblada en el campo.* Una de las cosas en que la curiosidad de algunos ha dado, es en hacerse suntuosos y costosos sepulcros. Siendo cosa tan vil un cuerpo muerto, manjar de gusanos, parece que quieren los que en esto se desvelan llevar la honra vana del mundo tras sí. El buen cristiano, en vida y en muerte ha de dar una bofetada al mundo y dejar testimonio de cuán en poco tuvo lo que otros, no bien considerados, estiman en tanto. Este gran Príncipe y rico varón Abraham, amigo de Dios, no labró sepultura de jaspe ni de alabastro rico, sino compró un campo, y en una cueva que Naturaleza había hecho enterró a su mujer,

## VICTORIA DE LA MUERTE

Princesa y gran Señora, la cual murió teniendo ciento y veinte y siete años, y en la misma cueva fué sepultado este Patriarca santo.

San Jerónimo dice que los Masagetos tenían por cosa inhumana que sus difuntos fuesen comidos de gusanos, y, por tanto, tenían por costumbre guisarlos y comerlos. Otra nación de gente bárbara los colgaban al sol para que allí se secasen. Los filósofos en sola lumbre natural hicieron poco caso de la sepultura. Amenazó un Tirano a Diógenes que le mataría y le echaría al campo para que le comiesen las bestias y las aves; él respondió: «¿Qué se me da a mí, después de muerto, que mi cuerpo se podrezca sobre la tierra o debajo de ella? Ya no sentiré dolor alguno, aunque me despedacen las bestias.» Reprensión es grande ésta para los que tanto caudal hacen de sepulcros tan costosos, olvidando a los pobres, que tanta pobreza padecen. Qué bien dijo un Profeta: *La piedra asentada en la pared dará voces, y el madero que está en el edificio responderá.* ¡Oh, temeroso negocio para los ricos que edifican palacios y sepulturas suntuosas! La piedra dará voces el día de la muerte y del universal juicio, y condenará la vanidad de los que tanta riqueza gastaron por fausto de mundo; el madero dorado responderá confirmando el clamor y queja que dió la piedra.

No olvidó nuestro Salvador una cosa tan profana cuando con gran sentimiento dijo: *¡Ay de vosotros, que edificáis sepulcros blanqueados!: parecen de fuera hermosos, y dentro están llenos de podredumbre.* Grande exceso debía de haber entre algunos hebreos,

pues el Señor con tanta fuerza reprende esta vanidad, tan usada por los amadores del mundo. Bástale al cuerpo de tierra que le sepulten en la tierra. Pues tal madre tiene, conténtese con esto y no quiera más. *Tierra eres*—dijo nuestro Dios a nuestro padre Adán—y en *tierra te has de volver*.

De notar es que nuestro Salvador, en las obras de misericordia que dijo haber cumplido los benditos siervos suyos, no se hallará que diga: *Fuí muerto y sepultáste*. Habló de la hambre, sed, cárcel, cautiverio, enfermedad y del vestir; de la sepultura no hizo memoria, pues no es de pensar que tendría olvido de obra de tanta piedad. Ciertamente podremos decir que, como los hombres tengan de esto tanta solicitud, parecióle a Su Majestad no hacer memoria de esto, y aun consideró que va muy poco en lo que tanto estiman los hombres. No resucitará menos glorioso el cuerpo del buen cristiano que se ahogó en la mar, y del que no fué enterrado, que el cuerpo del que tuvo rico sepulcro. Con gran enojo amenazó Dios a Sobna, que tenía cargo del Templo, porque había hecho un sepulcro alto para su sepultura y memoria: dijole que le había de poner como pelota en una tierra espaciosa y que allí había de morir y elegir a Eliacim para aquel oficio. Por aquí entendemos que no agradan a Dios estos monumentos y sepulcros mundanos, pues así nuestro Dios castigó a este hombre y le reprendió por ello. Son algunos, como los que edificaban la torre de Babel, para dejar nombre y memoria de sí. Mas el Señor confundióles las lenguas, y así cesó la obra, porque no se entendían. Todos los que tienen

## VICTORIA DE LA MUERTE

pretensión de honra mundana y levantan memorias no se entienden ni saben lo que hacen. Oigan la amenaza que Dios les tiene hecha por David: *Yo destruiré sobre la tierra la memoria de ellos*. Teniendo tal contrario y tan poderoso, ¿por qué no se humillan los hombres? ¿Por qué no se buscan su memoria en el Cielo? Allá lo dijo David, y no puede faltar: *En la memoria eterna estará el justo y no temerá de la palabra áspera*. Por ser tal San Pablo, primer Ermitaño, proveyó Dios en el desierto quien le hiciese la sepultura estando ya muerto.

San Jerónimo, que escribe la vida de este gran varón, dice: «Viniendo San Antonio a visitarle la segunda vez, hallóle de rodillas, las manos en alto, ya difunto; él se afligió mucho por verse solo y su monasterio tan lejos; comenzó a cantar Salmos y a decir oraciones con muchas lágrimas, y no sabía qué hacer para sepultar aquel santo cuerpo. Estando tratando en su corazón esto, vió descender dos leones por una cuesta abajo y tuvo temor; mas llamando a Cristo quitósele aquel miedo; llegaron los leones muy mansos y comenzaron a cavar con gran fuerza, e hicieron una sepultura bastante para enterrar al amigo de Dios difunto; luego, los leones se derribaron a los pies de San Antonio, como pidiendo la bendición en pago de sus trabajos; él se la dió, y los leones se fueron; luego, el amigo de Dios, como pudo, tomó el santo cuerpo y púsole en aquel hoyo que los leones habían hecho.» Hasta aquí son palabras de San Jerónimo.

Noten aquí los grandes señores cuán solícito es Jesucristo en honrar a sus amigos; miren qué de mila-

gros hizo aquí para declarar la santidad del que murió en un desierto sin tener favor de la tierra; consideren cómo estima a sus siervos que todo lo dejan por su amor. Lo que emplean en sepulturas costosas, gástenlo con los pobres, redimidos con la sangre del Hijo de Dios, pues el Señor dice, que *a Él se da lo que el pobre recibe*, es decir, que se obliga a pagarlo con el ciento doblado. Los animales fieros se amansaron para servir al siervo de Dios, San Pablo, primer ermitaño, porque la gracia divina casi torna a restaurar la obediencia que los animales habían de tener al hombre si Adán no pecara; y no tan solamente al difunto sirvieron estos leones, mas aun a San Antonio se humillaron derribados a sus pies. ¡Oh, amigos de Dios, que tanta privanza alcanzáis delante de aquella Majestad en vida y en muerte! Bendito sea tal Señor, que así consuela y regala a sus siervos.

Bien vemos que el cuerpo del cristiano, lavado en el Santo Bautismo con los méritos de nuestro Redentor, y ungido con aquel óleo santo, merece ser honrado y que se le dé sepultura: mas lo que es superfluo reprende la Escritura Santa y la razón lo condena. En poco tenía la sepultura aquel santo Abad Arsenio, a quien dijeron sus discípulos: Padre, ¿y cómo os hemos de sepultar después de muerto? Él respondió: Atadme una soga a los pies y sacadme arrastrando. Santa Mónica, estando muy al fin de la vida en Ostia Tiberina, cerca de Roma, dice nuestro Padre que oyó que sus hijos trataban de llevar su santo cuerpo a su tierra, para enterrarla con su marido. Ella con pena respondió:—¿Qué habláis, hijos? En ninguna manera se haga lo que decís, sino aquí sepul-

## VICTORIA DE LA MUERTE

tadme. Lo que encargo mucho es que en el santo altar os acordéis de mí.—Así mereció esta gloriosa Santa que después fuese trasladada y llevada a Roma con tanta solemnidad y milagros que hacía Dios con los que tocaban su cuerpo, que fué menester echar cantidad de dineros por las calles para poder pasar con aquellos huesos santos.

¡Oh, Santo Dios, si acabásemos ya de olvidarnos de nuestra honra! ¡Si de todo muriésemos al mundo, buscando solamente la honra del que sólo debe ser honrado, nuestro Señor Dios! Si, finalmente, dijésemos de corazón con nuestro Salvador: *¡Yo no busco mi honra, sino glorifico a mi Padre!* ¡Oh, cuán adelante iría nuestra estima y honra confiándola en las manos poderosas del Señor! No lo había hecho así Joaquín, Rey de Judá, sino muy al revés. Por tanto, mandó Dios a Jeremías: *Anda, ve a casa del Rey, y di que su sepultura será como la de un asnillo, que en el campo le dejarán comer de las aves y bestias.* Tal sepulcro merecía por sus grandes pecados este Rey, que aun la tierra no le recibiese.

Aquella desventurada Reina Jezabel, que hizo matar a los Profetas de Dios, en las bocas de los perros fué sepultada. Estaba a la ventana muy compuesta, mirando la entrada del Rey Jehú. Él preguntó quién era. Dijéronle que Jezabel. Luego mandó echarla de la ventana abajo; los caballos con los pies la mataron y luego los perros se la comieron, que no dejaron sino es los extremos de los pies, de las manos y la calavera. ¡Oh, juicios justos de nuestro Dios, que así derriba los soberbios



## B E A T O O R O Z C O

que su fin ponen en la honra humana! ¿Y en tan gran manera levanta y ensalza a los humildes cuyo estudio es huir de la honra en vida y en muerte, honrando y alabando a su Criador y Redentor Jesucristo, de noche y de día sin cesar? Ellos trabajan por bajarse, y el Señor se desvela en honrarlos. ¡Qué admirable competencia es ésta, y cuán provechosa! Si nos preciásemos de ella todos los cristianos, el Señor nos honraría, como ha hecho a sus amigos y lo hace ahora.

Bástenos, como a Abraham, una cueva donde se pongan nuestros cuerpos debajo de la tierra, pues ellos son tierra, y formados de ella. Cesen ya los sepulcros ricos y dorados, de jaspe y de alabastro, pues los pobres padecen tanta necesidad, porque no nos reprenda Dios, como a Sobna, que tenía hecho sepulcro rico, y al fin murió en el campo y sin darle sepultura. Consideremos al Rey Joaquín, que por su presunción, le comieron las bestias fieras, como se lo profetizó Jeremías. Finalmente, pongamos los ojos en aquella Reina Jezabel, tan mundana, que la comieron perros; y aprovechémonos de los extremos de los pies, manos y calavera, que quedaron, para que siempre nos acordemos de aquellos fines en el extremo de la vida, que son dolores, división del alma y cuerpo, y juicio estrecho que está aparejado para el alma delante el recto Juez Jesucristo, el cual honra a sus siervos que no tienen cuenta con la honra mundana, ni quieren dejar memoria entre los hombres.





## CAPÍTULO XXXI

QUE LOS DIFUNTOS SE HAN DE LLORAR CON MODERACIÓN



*N*o querria, hermanos, que ignoraseis el tránsito de los que duermen, porque no os entristezcáis como los que no tienen esperanza. Aquí San Pablo habla con los cristianos de Tesalónica y también con todos los fieles. Llamar dormidos a los fieles que mueren es símil muy bueno y muy usado en el Testamento Viejo y Nuevo. De David se escribe: Dormió con sus Padres. De Salomón se dice lo mismo, y de Ezequiel y otros muchos. Nuestro Salvador dijo de la doncella que resucitó en casa del Archisinagogo: *No es muerta la doncella, sino que duerme.* De San Lázaro, de tres días muerto, dijo a sus apóstoles: *Nuestro amigo Lázaro duerme, y yo voy a despertarle.* El Filósofo dice que el sueño es un ñudo que se da a todos los senti-

## VICTORIA DE LA MUERTE

dos, porque el dormido ni oye, ni ve, ni habla ni siente, y es tan necesario para la vida, que no se puede vivir sin dormir. En manera que como en el sueño reposa del trabajo pesado el que duerme y las fuerzas debilitadas se fortifican, así los justos, cuando mueren, descansan de la batalla y pelea que en esta vida mortal traen con los demonios, con el mundo y con su propia carne. El Santo Job lo dijo y así lo vemos: *La vida del hombre guerra es sobre la tierra*. No dice solamente que el hombre es combatido, sino que la misma vida es la pelea.

Si hay guerra en el reino, apartaos a vuestra ciudad. Si la revuelta anda en la ciudad, os retraéis a vuestra casa y tenéis quietud. Mas si queréis huir de esta guerra, no podéis, porque vuestra vida es la que os conquista y no la podéis huir el cuerpo. De arte, que sin tener de fuera quien os persiga, no os ha de faltar persecución. Aun en el sueño, dice el Santo Job, no faltan temores y espantos. ¡Oh, dichosos los que a Dios aman de todo corazón! Pues que no mueren, sino reposan y duermen.

Y lo que se ha de notar mucho es lo que dijo la Esposa hablando del sueño de contemplación, cuando el ánima, olvidada de todo, se transporta en Dios; esto dice cada justo cuando sale de la batalla de esta inquieta vida: *La mano izquierda de mi Esposo tengo debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me rodea*. Denos el Señor a gustar la suavidad de este sueño, que pensar declararle con palabras no es posible. Bendito sea y loado el que dió poder al ánima para sentirlo, ya que no se puede con la lengua decir. Por tanto, el santo Rey Da-

vid nos envía a la experiencia y nos dice cuán suave es y cuán admirable este reposo y sueño del ánimo, que en tales brazos de Cristo descansa. *Gustad y ved cuán suave es el Señor*. No son envidiosos los Santos, sino muy cristianos y francos. En sintiendo algún gusto de Dios, llaman a voces y convidan a todos a la suavidad que sienten. Y como David, según en muchos salmos declara, era tan regalado de Dios, convida a todos al maná suave que él gustaba, porque con tal gusto les parezca hiel amarga todo lo que el mundo ofrece y estima. De notar es que juntó la vista del ánimo con la suavidad de Dios: *Gustad y veréis*. Luego se os abrirán los ojos para salir de engaño. Con gustar el panal de miel Jonatás, hijo del Rey Saúl, se le abrieron los ojos, según él lo confesó. Estaba desmayado del trabajo de la guerra, y con aquel manjar dulce se confortó. ¡Oh, Jonatás cristiano, que la causa de tu flaqueza y desmayo en la batalla de la vida ésta es: gustas poco de Dios y mucho de la honra y de las riquezas! Llégate a Dios, que es más dulce que la miel, y tendrás ánimo para pelear y para ganar victoria de los filisteos, tus espirituales enemigos. ¿A quién temerá el alma que duerme en brazos tan fuertes como los del Hijo de Dios? ¿A quién no vencerá la que tiene al Omnipotente por padrino y defensor? *Todo lo puedo*, decía el Apóstol, *en aquel que me es fuerza*. No se pudo más encarecer la virtud que Cristo comunica a quien le sirve y ama sobre todas las cosas.

Pues si en mitad de esta guerra campal, aun estando el ánimo tapiada en el paredón pesado de este cuerpo mortal, sube a tan alto grado dándola Dios la mano, que

## VICTORIA DE LA MUERTE

duerme y goza de gran paz en Cristo su Esposo, ¿qué será y qué sentirá cuando, dejada una carga tan terrible, descansare y durmiere en el mismo Señor, que la crió y redimió? De estos dormidos que salen de esta vida, dice el Apóstol que *no tengamos ignorancia*, que no mueren, sino duermen, para despertar resucitando gloriosos. No dice que no sintamos la muerte de nuestros prójimos y hermanos, sino dice que no sea excesivo nuestro sentimiento y llanto. El Eclesiástico da licencia, *que siete dias se haga sentimiento sobre el difunto*. No dice siete meses o siete años, sino siete días. Verdad es que las exequias de Jacob las celebraron con lágrimas los egipcios por sesenta días; mas eran infieles y no creían que aquel amigo de Dios dormía. En la muerte de Moisés el pueblo lloró treinta días, y no es maravilla que en aquel tiempo se hiciese tal llanto, porque los Santos no iban a gozar de Dios, sino al Limbo. Ya es otro mundo, y nuestro Salvador, muriendo, pagó la deuda del linaje humano, y, por tanto, o no se han de llorar los muertos o ha de ser con mucha templanza. Nuestro Salvador y Señor lloró cuando murió Lázaro, no porque murió, sino por compasión que tuvo de las siervas suyas, Santa María Magdalena y su hermana Santa Marta; y así lo nota San Juan, y dice: *Como vió Jesús a la Magdalena llorar y a los que habian venido a visitarla de Jerusalén, que lloraban, lloró con ellos*. Lo cual fué gran consuelo para las dos hermanas, tan afligidas por la falta que les hacía su buen hermano.

Cosa es de notar que el Rey David, al niño que estaba enfermo lloróle en vida e hizo gran penitencia supli-

cando a Dios por su salud. Mas en siendo muerto, salió de su retraimiento y pidió de comer, lo cual admiró a sus caballeros por verle tan conforme a la voluntad de Dios en la muerte de hijo que tanto amaba. Al otro hijo, Absalón, rebelde y malo, lloróle después de muerto, porque murió en pecado mortal haciendo guerra a su padre para quitarle la vida y el reino. Más sentía el Santo Rey la muerte perpetua del alma del mal hijo que la muerte corporal. Podemos sentir y llorar la muerte de los buenos, como dice San Ambrosio, por la falta que nos hacen con su vida santa y buen ejemplo que dan a la Iglesia de Dios. Hay tanta soltura y maldad en el mundo, que es gran lástima ver cuán sin temor de Dios ni vergüenza de los hombres es ofendido aquel Padre de misericordias, Jesucristo nuestro Señor. Y que Dios nos quite los espejos en que nos miramos para imitar sus virtudes no puede ser sino sentirse y con lágrimas; mas se han de templar y moderar, lo primero, porque van a gozar de Dios y lo segundo, porque la divina voluntad ha de ser loada y alabada en todo, lo cual tiene tres excelencias, como dice San Pablo, demás de otras muchas: *Es buena, apacible y perfecta*. Es buena infinitamente, y lo bueno ha de ser amado de corazón. Es *apacible* a los buenos, porque hallan en ello gran contento y alegría. Es *perfecta*, porque todo lo que quiere es justo y es santo.

Por aquí entenderán los padres que hacen extremos cuando mueren sus hijos, y las viudas cuando pierden a sus maridos, que se arrinconan, y aun no van a Misa, cuán perdidas son sus lágrimas, pues ni el muerto ha de resucitar llorándole, ni a su ánima aprovechan

## VICTORIA DE LA MUERTE

las lágrimas. Si dijeren que la pasión es la que llora, para eso es la razón, que la ha de enfrenar, y sobre todo es la fe y esperanza que tenemos de ver nuestros difuntos en descanso y gozar de la gloria que ellos gozan en el Cielo. Con tales consideraciones, no será nuestra tristeza y llanto como el de los infieles, que piensan que como muere un animal, que muriendo todo se acaba, así cuando sus difuntos pasan de esta vida no queda rastro de ellos, diciendo aquello del Eclesiastés que, en nombre de éstos, escribió Salomón: *Una es la muerte de los brutos y de los hombres*. Esta locura los ha el demonio plantando en su corazón porque sus vidas sean como bestias y no como de hombres racionales.

Tengamos delante de los ojos este aviso de San Pablo, no ignorando que nuestros fieles duermen y no mueren, pues reposan en Cristo, teniendo esperanza que los hemos de ver resucitados y gloriosos. Lloren los infieles sus muertos, pues que mueren para siempre morir en aquellas penas del infierno. Gimán y griten cuanto quisieren, que bien tienen por qué llorarlos como a gente desventurada. Nuestras lágrimas vayan encaminadas por que Dios nos perdone nuestros pecados, como hizo a San Pedro y a la Magdalena. Empléense en llorar la muerte inocentísima de Cristo, el cual tanto por nosotros padeció hasta dar la vida en la Cruz, para que nosotros vivamos perpetuamente en compañía de los Angeles. Este es llanto precioso y sentimiento de gran valor. A los difuntos, sin llorar, ayudémosles con oraciones, limosnas y ayunos, para si están en el purgatorio los saque el Señor de él y los lleve a la Gloria.





## CAPÍTULO XXXII

QUE EL CRISTIANO PUEDE CON MÉRITO DESEAR LA VIDA



SEÑOR, *no me llevéis de esta vida en mitad de mis días.* Gran diferencia hay entre los justos y los pecadores. Los buenos quieren vivir para hacer más penitencia y servir a Dios. Los pecadores desean la vida para gozar más de sus honras, de sus bienes y deleites. De aquí es que el justo con mérito grande puede querer vivir, porque su fin es santo. Uno de éstos fué el Profeta David, el cual nos dijo ahora una oración que él hacía: Señor, suplico a Vuestra Majestad *que no me saquéis de esta vida en medio de mis días.* Es decir, querría, Señor, vivir más tiempo para amaros y serviros, padeciendo más trabajos por vuestro amor. O digamos así: No, Señor, en mi mocedad me saquéis de esta vida, porque la juventud tiene las pasiones muy vivas y es

## VICTORIA DE LA MUERTE

combatida por muchas partes. ¡Oh, qué batallas tan bravas tiene la mocedad si no es favorecida del Señor! A cada paso cae; está la potencia irascible muy viva, y la concupiscible no menos importuna. Yo no creo que hombre viejo, si tiene espíritu, querría por todo el mundo volver a la edad de mozo.

San Pablo decía: Cuando era pequeño sentía como mozo y hablaba como mozo; mas cuando muy hecho hombre, dejé las cosas de la niñez. Por seguir Roboán, hijo de Salomón, el consejo de los mozos ancianos, dió tal respuesta al pueblo, que las diez tribus de su Reino se le fueron y no quedó con más de dos: la tribu de Judá y la de Benjamín. Aristóteles dice que el mancebo podrá ser sabio, mas no prudente; la razón es porque la prudencia gánase con la experiencia de largo tiempo, y ésta no puede tener quien ha pocos años que nació. Esta es regla universal, la cual no niega que Dios dé su espíritu y prudencia a algunos mancebos. Josías, Rey santo, de ocho años comenzó a reinar, y destruyó ídolos y sus templos en el Reino de Israel, e hizo cosas notables en el servicio de Dios. Salomón, mozo era cuando se le dió la corona real. Daniel no era anciano cuando libró a Santa Susana de la sentencia de muerte que los viejos habían dado falsamente contra ella. Por donde se entiende que ser un mozo virtuoso y temeroso de Dios es un milagro en la tierra.

Bien acertó el Sabio cuando dijo: *El deleite y la mocedad cosas vanas son.* ¡Qué bien juntó estas dos cosas, que muchas veces andan hermanadas! De aquí es que

David hacía particular oración, diciendo: Señor, *no tengáis memoria de los pecados de mi mocedad ni de mis ignorancias*. Tal oración habían de hacer muchas veces en el día los mancebos para que Nuestro Señor los perdonase; y se ha de advertir que con los pecados juntó la ignorancia, porque, cierto, como gente que tiene poca edad sabe poco por experiencia.

El Santo Job, estando afligido en aquella gran tribulación, se quejaba: ¿Señor, quereisme acabar y consumir con los pecados de mi mocedad? Nuestro Padre, en sus Confesiones, con grande instancia suplica que el Señor le perdone las culpas que en el tiempo de su juventud hizo. En manera, que todos estos santos hacen gran memoria, y con gran razón, de los pecados cometidos en la mocedad como en edad peligrosa. En el Hebraico está así este verso de David: *Señor, no me llevéis en el curso de mi vida*. Llámase carrera la vida que vivimos por la prisa que llevamos corriendo para la sepultura, que no hay saeta en el aire que tanto vuela. Pues está bien dicho: oh, Señor, en el medio de mis días, que es en medio de la carrera, no me quitéis la vida, que será peligrosa mi salvación. San Lucas nota que aque hijo que pidió su herencia al Padre y se fué de su casa para ser un perdido, no era el mayor, sino el menor. ¡Oh, cuántos hijos pródigos hay hoy, mozos libres que no tienen respeto a sus padres! Así los castiga Dios, porque no solamente gastan en vicios la hacienda, sino aun el ánima traen cautiva en poder del demonio. Vuelvan, vuélvanse al verdadero Padre Jesucristo, pues ven su perdición, que tenderá los brazos de su misericor-

## VICTORIA DE LA MUERTE

dia, los vestirá con las vestiduras de su gracia, y alegrarse han los Ángeles con su buena venida.

El Rey Ezequías, viéndose desahuciado de una enfermedad, suplicó a Dios que le consolase y diese más vida. El Señor le otorgó quince años de vida. Él fué buen Rey, y así es loado por el Eclesiástico, por siervo de Dios. Por tanto, podemos afirmar que se aprovechó y sacó gran fruto de esta misericordia que el Señor le hizo gastando estos años en penitencia y en obras santas. ¡Oh, cómo esperaría el último día y qué contados tendría los meses de cada año! ¡Con qué espíritu andaría pensando en aquella hora de su muerte! Tengo para mí que cuando comía, se acostaba y levantaba, luego se le ponía la imagen de la muerte delante. Tal es el cuidado de los temerosos y siervos de Dios, y así aprovechan mucho en el menosprecio del mundo y de sí mismos. Josué pidió a Dios que le alargase el día en que peleaba con los enemigos para dar fin a la batalla, y el Sol se detuvo por un día, y al fin venció.

Tales son los cristianos que desean más vida, no para darse a regalos y vicios, sino para ganar victoria de los enemigos espirituales. ¡Mas ay de los que la vida, que el Señor les dió para ganar el Cielo, la emplean en más ofender a su Majestad y para mayores penas en el infierno! *Estos*, dice David, *que no llegarán a la mitad de los días de su vida*. Ellos, queriendo más vivir, se cortan y disminuyen la vida que naturalmente habían de vivir, con sus excesos y vidas desordenadas, y en esto Dios es justo y misericordioso. Es justo, porque el pecador gasta mal la vida, y quien es tan ingrato, merece que en

breve muera. Es Dios misericordioso, porque con acortarles la vida, les disminuye los tormentos del infierno que habían de padecer pecando más, si más vivieran.

Llegáronse dos tribus con gran determinación a Moisés, y dijéronle: *No nos mandéis que pasemos el río Jordán; aquí nos quedaremos, porque hay buenos pastos para nuestro ganado.* Moisés los reprendió ásperamente: *¿Por qué quebrantáis las fuerzas a vuestros hermanos? Habéis de ir adelante y pasar el Jordán.* Los que desean más larga vida, no empleándola en servicio de Dios, son como estos cobardes que no querían pasar el Jordán, que es la muerte. Y la razón que dan es afrentosa. Dicen que hay buenos pastos acá para el ganado.

Hallan éstos sentidos brutales en que cebarse: gulas, deleites y pasatiempos vanos. Voz de estos cobardes y gente vil es aquélla: *Andad acá, y hagamos guirnaldas de rosas antes que se sequen; no haya prado por donde no pase nuestra lujuria, porque después de esta vida seremos como si nunca tuviéramos sér.* ¡Oh, palabras de gente loca y que del todo ha perdido el juicio! Dicen que se coronen con rosas antes que se sequen. No pueden dejar de decir la verdad, aunque están fuera de juicio.

¿Quién os dijo que estas honras del mundo se han de secar? Andad, que para eso no es menester fe; con nuestros ojos vemos que los cetros de los Emperadores y las coronas reales se caen y marchitan en llegando a la muerte. El Rey Alejandro, *que hacía callar la tierra* y ganó tantas victorias, *reinó doce años*, y mu-

riendo, acabóse su Señorío e Imperio. Julio César, que cinco veces triunfó, apenas hay memoria de él. Florecillas son estas honras del mundo que muy aína se caen y secan.

Isaías lo dijo así: *Toda carne es heno, y su gloria como flor de heno*. No comparó el Profeta la honra del mundo a una azucena que tiene hermosura y delicado olor, sino a la flor del heno, que ni tiene lustre ni provecho alguno. *Oh, hijos de Adán, ¿hasta cuándo seréis de pesado corazón? ¿Y para qué amáis la vanidad y andáis buscando la mentira?* Con gran sentimiento exclamó David contra estos soberbios que su felicidad buscan en esta vida: *¿Para qué amáis las honras vanas? Mirad que son sueños y cosa que no tiene sér, y habiendo de huir la mentira, la riqueza falsa y deleites, os desveláis buscándolos. Presto se han de secar esas flores; no hagáis caudal de ellas. Decían más aquellos desatinados: No haya prado ni floresta adonde no gocemos de pasatiempos. ¿No veis cómo, por tanto, quieren vivir y no pasar el Jordán, porque hallan prados para el pasto de sus toscos sentidos?*

Díceles Moisés: *¿Para qué quitáis las fuerzas a nuestros hermanos? No hay nada que tanto debilite la virtud y desmaye a los virtuosos como ver que algunos cristianos hacen tanto caso de las honras y riquezas que parecen tener olvidado el Cielo. Esta es gran tentación y de las mayores que acá se ofrecen; por tanto, es menester gran fe y amor de Dios para vencerla; de otro arte, fácilmente caerá el cristiano. Habéis de pasar el Jordán, les dijo Moisés, y así pasaron a su pesar estas dos tri-*

## B E A T O O R O Z C O

bus de Rubén y Gad. Dice Cristo, figurado Moisés, a los que se quieren perpetuar en esta vida y destierro: Hábeis de morir aunque os pese, y se han de acabar los prados verdes y florestas de vuestros vicios, y se han de secar las coronas de flores que tejisteis en esta vida. ¡Oh, qué burlados, qué confusos se han de hallar esta gente engañada, que toma la sombra por luz, y el sueño piensa que es vigilia!

Deseen los justos más vida y rueguen al Señor que no los lleve en el medio de sus días, pues la mocedad es tan peligrosa. Bueno es que, como Josué, quieran que se les alargue el tiempo para dar fin a la batalla de sus enemigos. Vuélvanse a la pared, y lloren para que alcancen más tiempo en el cual hagan penitencia, siempre dejando en las manos de Dios que haga su voluntad, como Cristo lo hizo, orando en el huerto, y sépase que el Señor sabe cuándo más conviene para su servicio que se acabe nuestra vida; y en esto, como Padre, también mira a nuestro provecho. No hay herederos de aquellas dos tribus que por hallar buenos pastos para sus animales no querían pasar el Jordán. De morir tienen, quieran o no. Hagan rostro a la muerte, esperándola con vida cristiana y santas obras, que al fin, como dice nuestro Padre, tal hallarás a la muerte cual ella a ti te hallare. Si ella te halla justo y bueno, tú la hallarás buena y suave; y al contrario, si malo te hallare y pecador, la hallarás áspera, terrible y penosa. Doctrina es aquesta de gran provecho y digna de consideración.







## CAPITULO XXXIII

QUE ES MUY PROVECHOSO QUE EL QUE MUERE TENGA  
ALGÚN SANTO POR ABOGADO



**L**LAMA, si hay quien te oiga, y vuélvete a algunos de los Santos. Como los Santos amigos de Dios tengan tanto favor en el Cielo y alcancen grandes mercedes para sus devotos, que los invocan, y con fe y devoción los llaman, es coas muy acertada en todo trabajo y tribulación irnos a ellos. Esto es lo que ahora dice el Santo Job: *Hombre, llama, si hay quien te oiga, y vuélvete a algunos de los Santos*. Entenderemos cuánto pueden, gozando ya de Dios en el Cielo, si consideramos cuán gran poder les dió el Señor, aun estando en este destierro y viviendo en carne mortal. ¡Qué de maravillas hizo Moisés con aquella vara que Dios le mandó tener en la mano! Volvió las aguas en sangre en el

## VICTORIA DE LA MUERTE

reino de Egipto; hizo venir gran multitud de ranas, moscas y mosquitos, y granizo, y destruyó los frutos de la tierra; y finalmente, abrió el mar Rubro para que pasasen como por camino seco los hijos de Israel, y Faraón y su ejército se ahogasen en el mismo mar. Elías, gran Profeta, mandó dos veces que descendiese fuego del Cielo y quemase a los dos quincuagenarios del Rey Acab que le vinieron a llamar de parte del Rey. Eliseo resucitó un niño viviendo, y después de muerto, tocando sus huesos a un cuerpo de un difunto, se levantó vivo. ¿Qué diré más, sino que Josué mandó al sol que no pasase adelante hasta ganar la victoria de sus enemigos, y el sol le obedeció? De aquí arguye muy bien San Jerónimo: dad acá, si tanto podían estos amigos de Dios, peregrinando en la tierra, ¿cuánto más poder tendrán gozando de la gloria en el Cielo? Hónrase mucho Dios en sus Santos, y con uno, que es el santo Job, desafió a Satanás y le dejó confuso y vencido. Y pues en cualquiera trabajo es bien que los llamemos, en el mayor, que es la muerte, razón es que invoquemos su favor.

*Si tienes amigo*, dijo el Eclesiástico, *en la tentación le has de poseer*. Faltaron los amigos a Job en su gran adversidad, y siendo obligados a consolarle, le afligieron más, diciéndole injurias; porque ya el mundo tiene tal costumbre de ser amigo de mesa. No hay más amistad en los mundanos, de cuanto dura el favor y el interés. ¡Oh, gente engañada! ¿Quién de tal amistad se fía? Los Santos son amigos verdaderos: ámannos con amor caritativo y desinteresado, y, por tanto, jamás nos faltan, llamándolos con fe viva.

Sobre toda la devoción de los Santos, ha de subir la de la Virgen, gloriosa Madre de Dios, la cual, cuanta ventaja hace a todos en santidad, tanto mayores favores alcanza de su precioso Hijo nuestro Redentor Jesucristo. ¿Qué no podrá con Dios la que tanto pudo, que nos trajo al Hijo del Eterno Padre a la tierra, y nos le dió humanado para nuestra redención? ¡Oh dignidad admirable que excede a los Ángeles, pues ellos son siervos, y ella Madre verdadera de Dios! ¡Oh, Reina del Cielo y Señora del mundo! Bendita seáis vos, que podéis tomar aquellas palabras y decirlas con verdad, las cuales dijo el Eterno Padre dos veces en el Jordán y en el monte Tabor: *Este es mi Hijo muy amado, en el cual tengo yo contento*. ¡Admira a los espíritus celestiales, espanta a los demonios considerar tan soberana dignidad, que una doncella virgen sea Madre del mismo que la crió! Eva nos dió la muerte pecando; la Virgen nos dió la salud y nos remedió obedeciendo: aquella mujer nos destruyó, y esta Señora nos dió la vida. Palabras son de nuestro Padre éstas, engrandeciendo la dignidad de Nuestra Señora y lo mucho que la debemos. Dice San Gregorio, en sus Diálogos, de una doncella llamada Musa, que tenía gran devoción con la gloriosa Virgen: «Que le apareció una noche, vestida de blanco, y acompañada de muchas vírgenes, de la misma color vestidas, y hablando Nuestra Señora con la doncella, díjola si quería tener compañía con aquellas vírgenes. Ella respondió que sí. La Virgen le dijo: pues apártate de conversar con otras mozas: no trates en juegos ni risas, y de aquí a treinta días, yo vendré por ti. ¡Cosa admirable! Esta

## VICTORIA DE LA MUERTE

»doncella se murió de tal arte, y andaba tan devota, y  
»recogida, que admiraba a sus padres. Preguntándola  
»qué novedad era aquélla, respondió: Nuestra Señora  
»me lo mandó. A los veinticinco días, cayó enferma, y  
»en el día trigésimo, la llamada Madre de Dios la visitó,  
»como la primera vez, y llamóla. Ella, bajados los ojos,  
»dijo: mirad, Señora, que ya voy; mirad, Señora, que ya  
»voy. Con estas palabras expiró y dió su ánima para  
»acompañar a la Madre de Dios, y al Coro de Vírgenes  
»que con ella venía.» ¿Quién hay que oyendo estos  
favores de la piadosa Reina de los Ángeles no se des-  
despierte a servirla y alabarla? Con razón la llama la  
Santa Iglesia: *Madre de misericordia, vida y suavidad*,  
pues nos dió al que es misericordia infinita y vida eter-  
na. Jesucristo, nuestro Redentor, también la llama por  
otros nombres, para gran consuelo nuestro, y dice: *Ma-  
ría, Madre de gracia, Madre de misericordia, tú nos de-  
fiendes del enemigo, y en la hora de la muerte nos re-  
cibes*. Este verso es de un himno de mucha devoción, y  
muchas personas lo dicen cada día, y es muy bueno  
para el paso de la muerte.

Es aquí de notar no solamente la humildad de la Se-  
ñora del mundo, que pudiera enviar un Angel para con-  
solar a esta doncella devota, la primera y segunda vez, y  
no quiso sino por su persona visitarla dos veces; mas  
aun se han de advertir los avisos que la dió para que  
mereciese tener compañía con las Vírgenes gloriosas  
que venían con ella. Miren aquí las doncellas el recog-  
imiento que han de tener huyendo de pláticas con hom-  
bres, no queriendo ser vistas ni ver por las ventanas;

apártense, como de fuego, en recibir ni escribir papeleos, que son centellas del infierno. Gran alabanza es aquella de la mujer de Tobías, hijo del Santo varón Tobías: *Jamás, Señor, me acompañé ni anduve con mozas.* Así oraba aquella sierva de Dios, suplicando al Señor que la consolase en aquel gran trabajo, que el demonio la había muerto siete maridos. Ellos merecían tal castigo, como lo declaró el ángel San Rafael, porque no se casaban para honra de Dios y que su pueblo se multiplicase, sino por fin bajo, para sus deleites. Oyóla Dios y consolóla, dándola un marido santo varón. Era sierva de Dios y recogida; por tanto fué el casamentero un Ángel y el marido gran siervo de Dios. ¡Oh, si imitasen a la doncella todas las doncellas cristianas! ¡Si supiesen negociar sus negocios con Dios y no por otros medios que son ofensa del Señor! Miren lo que hacen, porque no las castigue Jesucristo, ordenando su justicia que sean mal casadas y vivan toda la vida descontentas y les quite los hijos en pago de haber tomado estado tan santo con principio de pecado mortal.

Demás de invocar a los Santos del Cielo, según nos dijo Job, es gran fruto que el enfermo, entendiendo que está con peligro de muerte, llame personas eclesiásticas y religiosas para que allí hagan oración y le ayuden a bien morir. De notar es lo que el glorioso San Gregorio dice en sus Diálogos: «Un mancebo religioso llamado »Teodoro, no persona de mucho espíritu y mortificación, cayó enfermo en tiempo de pestilencia que andaba en Roma, y vino a tanto extremo que todos pensaron que se iba poco a poco muriendo; juntáronse los

## VICTORIA DE LA MUERTE

»religiosos, como es costumbre, para consolarle y orar  
»por él. ¡Cosa espantosa de oír! Estando ellos orando,  
»dió voces: idos, Padres; idos, Padres, mirad que un  
»dragón me quiere tragar y me tiene la cabeza dentro de  
»su boca y me da gran tormento con sus dientes; si me  
»ha de tragar, acabe ya, porque no esté en tanta pena, y  
»sabad que por estar aquí vosotros no acaba de tragar-  
»me. Los religiosos, oyendo palabras tan espantosas, de-  
»cíanle: hermano, signaos con la señal de la cruz. Él res-  
»pondió: no puedo, porque con las escamas me tiene  
»cautivo. Finalmente, postrados en tierra y llorando, ora-  
»ban con mayor perseverancia. ¡Oh, misericordia del  
»Señor, que así oye las oraciones de sus siervos! Pasado  
»un poco de espacio, tornó a decir con alegría: gracias  
»doy a Dios, que aquel dragón va huyendo, y vuestras  
»oraciones le echaron de aquí y no las pudo sufrir; ro-  
»gad, Padres, a Dios por mí, que yo determino de en-  
»mendar mi vida. El mancebo vivió y se enmendó, ha-  
»biéndose visto en tan gran peligro.» Este religioso, dice  
San Gregorio que era de su Monasterio; por este caso  
bien se entiende cuánto vale en el paso de la muerte la  
buena compañía para ayudar al enfermo y consolarle en  
el tránsito de la muerte.

Quiero concluir con lo que vi estando en Toledo. «Un  
»mancebo de hasta quince años, de vida recogida y sin  
»vicios, estando enfermo, poco antes que expirase co-  
»menzó a levantar los ojos, y con turbación decía: ¿por  
»qué me ahorcan?, ¿por qué me ahorcan? ¿No me di-  
»rán qué he hecho yo? ¿Por qué me quieren ahorcar?  
»Los que allí estábamos hacíamos oración para que el

# B E A T O R O Z C O

»Señor le consolase y que el tentador envidioso cesase  
»de afligirle. Quiso nuestro Dios que se sosegó, y cesó  
»aquella visión y murió como buen cristiano para gozar  
»del Cielo.» Esta tentación fué abono de su vida. Y por-  
que el demonio no hallaba pecado en él para acusarle,  
hizo una horca imaginaria, amenazándole que le había  
de ahorcar por turbarle en aquel paso de la muerte; y  
ésta era la queja que el enfermo tenía, que no le daban  
la razón por qué le querían ahorcar.

Pues tan poderosos son los Santos y tan leales ami-  
gos, que en las aflicciones y mayormente en la que es  
tan grande, que es la mayor, el pasar de esta vida a la  
otra, consuelan a sus devotos que los llaman, invoqué-  
moslos en vida, para que allí sean nuestros patronos en  
gracia.









## CAPÍTULO XXXIV

CUÁN JUSTO ES DIOS EN CONDENAR A PENA ETERNA  
AL QUE MUERE EN PECADO MORTAL



**J**USTO sois, Señor, y vuestro juicio es *recto*. Esle tan natural a nuestro Dios juzgar rectamente, que es imposible hallar en la sentencia que da algún agravio de parte del sentenciado. La razón de esto es porque no sólo el Señor es justo: más aún, es la misma justicia. El Ángel es justo porque sigue la razón, y el hombre también; mas ni el uno ni el otro es justicia. De aquí nace que Lucifer y sus malos ángeles pudieron obrar injusticia desobedeciendo a su Creador y obrando contra razón; al contrario, San Miguel y sus caballeros, sujetándose con humildad y obedeciendo al Señor, obraron rectamente, conforme a razón y al don de gracia que el Creador les dió dándoles juntamente el sér. Entende-

## VICTORIA DE LA MUERTE

remos esto mejor en Adán. Enriquecióle Dios con grandes virtudes, plantó en él excelente fe, adornóle de caridad y esperanza, y sobre todo le dió aquel don de la justicia original, cuyo oficio era sujetar los sentidos y sensualidad a la razón, y la razón a Dios. Era como una república muy concertada y pacífica; mas al fin, como no era él justicia, pues la tenía por añadidura del sér que Dios le dió, tuvo poder para obrar injustamente, como de hecho obró. Pues decirnos el Profeta David que *Dios es justo* y que *su juicio es recto* será decir: Vos, Dios mío, sois la misma justicia y, por tanto, vuestro juicio de necesidad ha de ser recto y en todo muy acertado.

En todas las obras de Dios habíamos de tener por regla esta sentencia de David para no errar y para merecer mucho, sujetando nuestro juicio al de nuestro Creador. Unos mueren antes que nacidos, otros siendo niños, otros cuando son mancebos, y, finalmente, otros salen de esta vida viejos. Esto obra el Juez Cristo, conforme a su voluntad recta, y, por tanto, le hemos de alabar. También mueren unos arrebatadamente; otros están toda la vida enfermos de diversas enfermedades. Estos son juicios de Dios, que han de ser reverenciados y no examinados. Así dijo Salomón: *El que quisiere escudriñar la Majestad divina será oprimido de su gloria*. Con razón es castigado el soberbio que se quiere entremeter en los casos reservados de Dios. Si acá un Rey quiere ser obedecido y no quiere que su criado le demande razón de lo que le manda y tiene a descomedimiento que se le pida esta cuenta, ¿por qué el Rey Soberano, Sabi-

duría infinita, no se ofenderá que el hombre quiera penetrar sus secretos juicios? Cuando el Señor del mundo dijo su pasión a los Apóstoles, San Pedro quiso contradecirle, hasta porfiar que no había de pasar así. El Señor le trató mal y le dijo: *Satanás, vete tras mí; mira que me eres escándalo y no sabes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres*. Áspera reprensión es aquesta y gran aviso para los cristianos que sepan bajar la cabeza y rendirse a la voluntad de su Creador. Díjole que se humillase y le siguiese, y que no quisiese ir delante dando consejo a su Maestro, que con tanta sabiduría y piedad había tomado un medio tan trabajoso para redimir al mundo. Y se ha de notar que al demonio, cuando le tentó la tercera vez, no le dijo *ven tras mí*, sino *anda, vete, Satanás*; la razón es porque el demonio es inhábil para su mala voluntad, confirmada en perpetua malicia. San Pedro era corregible y podíase enmendar. Por tanto, le dijo: *Sígueme*. No te llamé para consejero, sino para obediente. Decir el Señor *éresme escándalo* no se ha de entender que podía ser escandalizado; porque si David dice de cada varón perfecto *que no será escandalizado, sino que tendrá gran paz*, ¿cuánto menos podía recibir escándalo el Señor de los Ángeles, Cristo? ¡Ay de aquel que escandalizare alguno de estos mis pequeñitos!—dijo el mismo Señor; luego de pequeños y flacos es recibir escándalo. Quiso, pues, decir nuestro Salvador: De parte tuya éresme escándalo. Mira que me acobardas con esa contradicción que me haces diciendo que no he de padecer por tu remedio y por todo el mundo. No sabes los consejos de Dios, que

## VICTORIA DE LA MUERTE

disponen tal medio por ser el mejor y más conveniente; sólo sabes lo que aman los hombres, que es honra y descanso, no cruz ni trabajos. ¡Oh Señor y Dios mío! ¡Qué os debemos por esa caridad tan inflamada, con la cual deseáis nuestra salud! Vos, al fin, habéis de hacer lo que tenéis determinado, ¿qué se os da que Pedro diga lo que quisiere? Verdad es—dice el Señor—que todo el mundo no será parte para estorbar mi muerte; mas como la deseo tanto, aun oír que no la he de padecer me aflige y da gran pena. De manera que quien al Apóstol tan amado reprendió tan ásperamente porque no sujetaba su parecer al de su Maestro, bien da a entender que no quiere que en sus juicios, tan justos, nadie se entremeta, si no quiere ser rigurosamente castigado.

Uno de los juicios rectos de Dios (aunque al parecer tiene dificultad) es por culpas que se acabaron con el tiempo, dar tormento eterno, al que condenó al infierno. Mata uno a otro dándole una puñalada; cae luego muerto. Si muere sin hacer penitencia, será para siempre atormentado: esto con gran razón y justicia. Dice muy bien Santo Tomás, y aun acá lo vemos, que la justicia, degollando al que mató a un hombre, le da pena perpetua, y le aparta para siempre de la república donde moraba: ¿cuánto más el que ofendió a Dios, y murió en pecado mortal, con justicia será sentenciado a pena eterna? Hay otra razón, y es que el que ofendió a bien infinito, merece pena infinita, ésta no según intensión, que no bastaría a sufrirla, pues el remedio es que no tenga fin. San Gregorio en sus Diálogos trae otra razón bien de notar, y es que nuestro Dios no mira tanto al

tiempo breve que duró, cuando se hizo, el pecado, sino considera principalmente la voluntad del pecador; y porque ésta no tuvo fin viviendo en este mundo, no tenga fin la pena que ha de padecer en el otro. No es de pasar en silencio otra razón que nuestro Padre da: Justamente el pecador es castigado con pena eterna, pues pecó menospreciando la vida eterna, para la cual fué criado. De estos pecadores dijo David: *En nada tuvieron la tierra, digna de ser muy deseada.* ¡Oh, ceguera de los mortales! ¡Por cuán poco dan de mano a aquella tierra, que mana leche y miel, figurada por la tierra de promisión! ¡Cuán pequeño interés los ciega, y cada vil deleite los lleva tras sí! Un cielo tan rico, una gloria eterna, unos deleites tan limpios y perpetuos, que el Hijo de Dios les ganó con su muerte, todos los ponen debajo de los pies, como gente loca. Y aun podríamos decir, demás de las razones que recontamos, que la justicia demanda que pues es el pecado perpetuo, que sea la pena perpetua.

Para declaración de esto, notemos que una de las miserias de los condenados es llevarse consigo sus malos deseos y sus pecados. La misma soberbia y avaricia, y perversas aficiones que acá tenían, al infierno las llevan. Vemos esto claro en aquel rico avariento, que dijo al patriarca Abraham: *Que si enviase algún muerto que predicase a sus hermanos, creerían y harían penitencia.* Esta locura tenía él, viviendo, queriendo que algún difunto le dijera los tormentos que hay en el infierno, y con tanto él creería. ¡Oh, misericordia grande! Que no basta que sus malas obras vayan tras ellos como

## VICTORIA DE LA MUERTE

dice San Juan, sino que también llevan consigo sus malos deseos. En manera, que allí ardiendo, están deseando más pecar: y pues siempre están pecando, aunque la bondad de Dios no se lo cuenta a nuevo pecado para darles mayores tormentos, siempre pecando, razón es que siempre sin fin penen.

Hay otro gran mal en aquel lugar de los condenados; que, demás del fuego que los abrasa tienen un gusano que les come las entrañas; no es gusano vivo de los de acá, porque en el fuego no podría vivir. Aristóteles dice que por su fortaleza el fuego no consiente cosa viva, y según esto, lo que se dice de la salamandra es cosa muy dudosa; luego este gusano ha de ser el que dijo San Pablo, una reprehensión terrible y remordimiento de conciencia. Este tormento excede al del fuego, porque está muy dentro del alma. Esto es lo que dijo Isaías: *El gusano de ellos no morirá: y su fuego no se matará.* Así se ha de entender lo que dijo el Santo Job: *Que en el infierno no hay orden, sino horror sempiterno.* El Apóstol dice: *Que todo lo que Dios hace va ordenado;* y así la justicia divina tasa las penas conforme a las culpas. De Babilonia escribe San Juan: *Dadle tanto tormento quanto fué el deleite que recibió pecando.* Luego, según declara San Gregorio, *el desorden es la confusión grande que tienen en sus conciencias los malos; en manera, que de parte de Dios, que los castiga, hay gran concierto; el desconcierto está dentro de los condenados.*

O digamos así: que allí no hay orden, porque ni tiene reverencia el hijo al padre, ni la hija a su madre. El

hijo dice: ¡maldito seáis vos, padre, porque viendo que yo andaba perdido y ofendiendo a Dios, no me castigasteis, que con el castigo yo me enmendara y no viniera a este triste lugar! La hija dice a su madre: ¡oh, maldita seáis vos, que las vanidades y trajes mundanos de vos los aprendí, y por vuestro mal ejemplo anduve perdida pecando; por tanto, soy condenada siendo vos gran parte de mi perdición! De esta manera no hay concierto ni orden en aquella casa de locos y gente desatinada. ¿Qué quiso decir nuestro bendito Salvador en aquella parábola de la cizaña sino el gran concierto que Él ha de tener en castigar a los malos? *Diré a mis segadores: arracad primero la cizaña, y atadla, haciendo manojos, para echarla en el fuego.* Es decir, vayan juntos los avarientos en uno; los lujuriosos vayan en otro, para su mayor confusión y tormento. ¡Oh, compañía miserable! ¿A quién no pone temor oírlo? ¿Pues qué será verlo? ¡Oh, si los pecadores olvidados de Dios, cada día, de muchas horas perdidas, a lo menos media hora considerasen cuán miserable vida tienen los condenados en aquel profundo! Rogaba el Santo Rey David a Dios: *Que los pecadores, viviendo, bajasen al infierno.* Y está bien dicho. Desciendan, en tanto que viven, contemplando el rigor de vuestra justicia, porque no desciendan después de muertos, cuando no tendrán tiempo de hacer penitencia.

Da voces San Pablo con aquellas palabras de Isaías: *Mirad, que éste es el tiempo aceptable al Señor; mirad, que éste es el día de la salud.* Aquel tiempo es para penar, pagando por sus pecados los que en pecado mortal

## VICTORIA DE LA MUERTE

murieron. Este es tiempo para volverse a Dios el pecador y para que Dios le reciba. Día es de salud, si los enfermos quisieren sanar, si dijeren de corazón con David: *Habed misericordia de nosotros; Señor, que estamos enfermos*. No dijeron los leprosos que encontraron a Cristo en un camino sino una palabra: *Jesús, Maestro, habed misericordia de nosotros*; y luego los consoló y sanó. Hombre enfermo de la lepra del pecado, llama a Jesús y te sanará. Da voces, que Él te oirá y te limpiará esa alma leprosa y fea. No dilates tu remedio, que es la vida breve y la muerte cierta. Llamó la cananea, y perseveró llamando y alcanzó la salud de su hija atormentada del demonio. ¿Por qué estás mudo? Confiesa tus pecados al confesor y vicario de Cristo; ten dolor de ellos y recibe la absolución; perdonarte ha el Señor, que no quiere tu muerte, sino que vivas y te conviertas. Día es de salud el que ahora tienes presente; el médico te espera y llama; no seas ingrato a tan gran beneficio, porque si ahora no te remedias, después de la vida no hallarás favor.

Entendido está cuán justo es Dios en condenar a los que mueren sin penitencia, porque Él es la misma justicia; mira más a la voluntad del que peca que no a la obra del pecado, que en breve se acabó, y pues no dejó de querer pecar, justo es que no deje jamás de penar; y pues ofendió al que es Majestad infinita, la razón dice que se le dé pena infinita, a lo menos *extensiva*, que no tenga fin. Mírese que demás de las penas del fuego, hay gusano atormentador de la conciencia, el cual será eterno, así como lo ha de ser el fuego. Y aun débese con-



# B E A T O O R O Z C O

siderar que el mayor tormento de aquellos miserables no es la pena del fuego y de los sentidos, sino el de carecer de la vista de Dios, para lo cual fueron criados. Esta es la que más aflige y atormenta, porque saben que para siempre han de estar apartados de Dios y de la gloria que gozan los santos.







## CAPÍTULO XXXV

CUÁN LIBERAL ES DIOS EN PREMIAR A LOS JUSTOS



**Q**UOZAOs y alegraos, que vuestro premio grande es en los Cielos. Si los hombres considerasen la franqueza del Señor para con ellos, sería bastante motivo para siempre alabarle y servirle con gran fervor; mas como se ocupan en cosas bajas, parando en lo visible, no se levanta su ánimo a contemplar cuantas mercedes reciben de aquella franca mano de su Criador, cuya solicitud es siempre hacer mercedes, no solamente a los buenos y justos, sino aun a los malos, que le ofenden.

Por Isaías manifiesta el soberano Señor esta verdad y dice: *Extendí mis manos al pueblo, que no creía, mas antes me contradecía.* ¿Qué corazón hay tan de diamante que con tales palabras no se enternezca y ame

## VICTORIA DE LA MUERTE

a tan magnífico Señor? Si así es, que las dádivas quebrantan peñas, ¿cómo tantos dones y tan grandes misericordias como cada hora recibimos de Dios, no roban nuestras entrañas, inflamándolas con su amor? A manos abiertas, y no encogidas, dice que da favores y bienes a los que le ofenden: ¿cuánto más las abrirá para dar galardón a sus amigos, que guardan su santa ley y le obedecen? Esta razón gran fuerza tiene, y ata todo entendimiento. Para dar a entender a los justos nuestro Salvador Jesucristo algo de los tesoros que les tiene guardados, habla con ellos dándoles prendas de gran confianza, y dice: Amigos míos, si el mundo os persiguere, si os maltratare y os maldijere, no os turbéis ni entristezcáis, sino gozaos y alegraos, que vuestro salario asegurado le tenéis, y copioso es, y no en la tierra está depositado, sino en el Cielo.

Es aquí de notar que el gozo se siente en el corazón, e interiormente: la alegría sale al rostro y parece de fuera. Y así la Reina del Cielo, en su cántico, dijo: *Alegróse mi espíritu en Dios mi Salvador*. Era tanto el gozo interior que sentía teniendo a Dios hecho hombre en sus virginales entrañas, y en ver que el Señor hacía tantas maravillas en casa de Zacarías, santificando al Bautista, niño de seis meses, y haciendo Profeta a su madre, que aquel gozo interior se le parecía en el rostro. De arte, que doblado gozo quiere el Señor que tengan sus siervos *interior y exteriormente*: y por tanto, dice: *Gozaos y alegraos, que vuestro premio grande es, y muy bastante en los Cielos*. Esto era lo que admiraba a los tiranos perseguidores de los Mártires y la causa por que

muchos se convirtiesen a Cristo: ver no tan solamente que con paciencia sufrían los tormentos y las injurias, mas aun con gran alegría cantando alabanzas al Señor. Y tenían razón de admirarse, viendo una cosa tan sobrenatural, que en lo que se habían de entristecer y llorar mostraban tan gran contento.

Verdad es que para merecer la gloria, basta que los cristianos tengan paciencia en las adversidades que Dios les da con pobreza y enfermedades; mas los varones animosos y perfectos pasan adelante, no contentándose con padecer, sufriendo con mansedumbre las penas y trabajos; más aún, alegrándose con esta doblada alegría que el Señor aquí les dice que tengan. Bien se entiende que las fuerzas naturales no llegan aquí porque la carne es flaca; mas ya tiene Dios de costumbre que cuanto más dificultoso es lo que manda, mayor abundancia de gracia y fortaleza da para que se cumpla. De manera que mandarnos *que amemos a los enemigos y que les hagamos buenas obras* es obligarse Su Majestad a dar virtud para obra tan heroica.

Lo mismo hemos de entender aquí cuando nos dice que nos gozemos y alegremos en las adversidades que nos sucedieren, porque Él se obliga, por su gran bondad, a dar el caudal y virtud, para que obremos lo que por nuestras fuerzas flacas no pudiéramos. Y esto quiso decir en la Parábola de la cepa y de sus sarmientos, y concluyó: Pues que toda la virtud le viene al sarmiento de la cepa, con quien está unido, siendo Yo, como lo soy, la cepa, y vosotros los sarmientos, entendido tendréis que *sin mí nada podréis hacer*. Por donde entendemos que

## VICTORIA DE LA MUERTE

sufrir con alegría las calamidades de esta triste vida es maravilla que el Señor obra en nosotros; por tanto, nos hemos de humillar y dar gracias a quien tanta merced nos hace. Aviso grande es aqueste para que el ánima se consuele en toda aflicción, sabiendo muy cierto que el favor de Dios no le ha de faltar si con humildad orare, confiando en la virtud del Señor, que no le faltará.

Si a la fuerza del vocablo que nuestro Señor aquí usó miramos, *merced* quiere decir jornal que se debe al trabajador por su trabajo. De aquí es que nuestro Redentor dijo: que *si alguno diere un jarro de agua en su nombre, que no perderá su merced*. Quiere decir: yo le pagaré su trabajo. ¡Oh, bendito seáis vos, Señor, que nos dais vos el agua a fuentes y a ríos caudalosos, y prometéis premio por una jarra de agua que demos por vuestro amor! ¡Oh, qué deseo tiene el Señor que entremos en trato y compañía con Él para enriquecernos! Con mucha conveniencia le puso su nombre el Rey del Cielo, llamando jornal al premio de sus escogidos para consolarlos y animarlos en su servicio, y aun para honrarlos, dándoles parte de su obra. Isaías dice: *Todas vuestras obras hacéis vos, Señor, en nosotros*. ¡Válgame Dios, qué competencia tan admirable! Dios dice que nosotros merecemos la gloria obrando, y que es *jornal*; y el Profeta dice que *Dios lo obra todo en nosotros*. Todo es gran verdad, porque Él es el principal Autor de todo lo bueno que obramos, y nosotros con nuestro libre albedrío ayudamos a Dios. Y porque dice el Apóstol: *Que no somos bastantes a pensar algo de nuestra parte, y que toda nuestra virtud nos viene de Dios*, de-

bemos, con humildad, reconocer las mercedes recibidas de su mano, y en cada obra buena que hacemos, decir con Isaías: *Todas nuestras obras, Señor, vos las obráis en nosotros.* Responde a esto lo que el Señor dijo: *Cuando hiciéreis todo lo que os tengo mandado, decid: Siervos inútiles somos haciendo lo que debíamos obrar.* Gran mérito tiene el ánimo que cada día, a lo menos, cuando examina su conciencia, cumple lo que aquí Cristo le mandó, llamándose sierva sin provecho cuando no sintiese de sí pecado alguno.

Si uno sirviese al rey en la guerra con grandes trabajos y peligro de su vida, y viniese a suplicarle que le diese de comer, pues tantos años ha servido a la corona real y ha probado bastantemente su intención; si el rey le dijese: Amigo, yo estoy satisfecho de vuestro buen servicio, y quiero haceros un favor, y es que vos digáis qué es lo que queréis, porque yo lo firmaré; si este hombre fuese discreto y avisado, tres cosas había de suplicar: la primera es que la merced que se le ha de hacer sea grande, para que le saque de pobreza y pueda vivir sin necesidad; la segunda es que sea en juros perpetuos, y no de por vida, porque así pueda testar y mandar en su testamento, a quien quisiere, parte de ellos, y lo demás emplearlo en que se haga bien por su ánima; finalmente, había de pedir que esta merced no se le haga en Indias, ni en tierra ajena, sino en su propia tierra, para que, con sus parientes y amigos, gozase de aquella merced, sin estar desterrado de su tierra. Aquí parece que nada faltaría para vivir contento. Nuestro Dios, Padre de misericordias, con todo lo que acertada-

## VICTORIA DE LA MUERTE

mente podíamos pedir, nos sale al camino y nos lo ofrece.

Todas estas tres cosas encierran en sí estas palabras: *Gozaos y alegraos, que vuestro jornal es grande en los Cielos*. Lo primero este premio es grande, y su grandeza no se puede con palabras declarar, porque es poseer bien infinito, el cual es Dios; y como es imposible comprender a Dios, también es imposible poder comprender la gloria que el Señor ha de comunicar a sus Santos. Es tanta su grandeza que el entendimiento, conociendo aquella suma verdad, queda del todo satisfecho, y la voluntad, amando al que es infinita bondad, no puede querer más de lo que allí ama; finalmente, la memoria está tan llena y harta, que toda se emplea en representar al ánima las riquezas de Dios. Que bien dijo aquel gran Profeta David: *Seré harto cuando, Señor, viere vuestra gloria*. ¡Oh, ánima! Pasa por todo lo visible: transpórtate en aquel soberano bien invisible, tu Criador, en el cual está depositada tu paz y hartura, y ten por cierto que hasta que goces de aquel premio para que fuiste criada, que todo el mundo que poseas no te satisfará. Nuestro Padre bien entendía este secreto cuando dijo: *Hicisteisnos, Señor, para vos, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en vos*. Vengan honras, riquezas y pasatiempos, todo es nada, todo no hinche el seno del alma que, aunque tiene sér limitado y es criatura, y finita, dióle el Señor una capacidad tan grande que es capaz de gozar de bien infinito.

Cosa es de notar que si Dios diese a una ánima todos los espíritus celestiales y todo este universo visible,



siempre quedaría hambrienta y descontenta hasta que la dé a sí misma en premio que le goce en gloria. Desasegado y sobresaltado está nuestro corazón, Señor y Criador nuestro, hasta que descansa y tenga entera paz gozando de vos. La Esposa, en los Cánticos, dice: *Soy hecha delante de mi Esposo como quien halla casi paz.* No dijo *paz*, sino *casi paz*, porque la quietud que aquí tiene el ánima viviendo en este destierro y valle de lágrimas no es entera paz, sino salva y gusto de aquella entera paz que los Santos gozan en ver a Dios. *Hermanos*, decía San Juan, *hijos somos de Dios, mas no se ha declarado lo que hemos de ser. Cuando se manifestare, entonces veremos a Dios como Él es.* Los grandes señores suelen traer a sus hijos, cuando son pequeños, medio descalzos y mal vestidos, y dicen: Dejarlos, porque sepan de todo. Así nuestro Señor Jesucristo se ha con sus hijos. Consiente que anden en esta vida pobres, menospreciados y aun perseguidos, porque no se detengan en las cosas viles de la tierra: mas cuando ya son varones y salen de este mundo, entonces los enriquece y los contenta dándoles el mayorazgo de la gloria. No nos congojen los trabajos ni nos turben las adversidades; hijos somos de Dios, que nos adoptó en su único Hijo Jesucristo. Algún día se verá quién somos y veremos en su hermosura y esencia a Su Majestad. No quiere decir San Juan que comprenderemos su esencia infinita; esto no lo pueden los Serafines hacer. Sólo Dios se conoce como Él es y se comprende. Lo que quiere significar es que ya no por velo de fe como le contemplamos en esta vida; no por espejo con oscuri-

## VICTORIA DE LA MUERTE

dad según dijo San Pablo, sino al descubierto, en su hermosura y gloria. Cosa es admirable cómo allí paga el Señor los servicios que el ánima acá le hizo, creyendo, amando y esperando en las promesas de su Esposo. La fe es allí remunerada, recibiendo el alma clara vista de su Criador.

De aquí es que nuestro Padre dijo: todo el premio es la vista de Dios. La voluntad, que acá amaba a Dios como en ausencia, recibirá la fruición amando en presencia a su Criador. La esperanza tendrá por galardón la posesión y tención de la gloria y dirá con la Esposa: *Ya le tengo y poseo y no le dejaré*. Palabras de osadía santa, porque el mismo Dios la asegura que para siempre poseerá aquella gloria que tiene. Algo hemos dicho de la grandeza de la gloria que nuestro Rey y Señor Cristo da a los siervos suyos. Vamos a lo segundo, que es la perpetuidad de este premio.

Declara el Señor que será perpetuo este reino, diciendo que este salario no se libra en la tierra, sino en los Cielos. Miró con ojos claros Salomón, y aun hizo anatomía y experimentó que *todo lo que se hace debajo del Cielo es vanidad y aflicción de espíritu*. Y aun no se contentó con decir que era vanidad, sino afirmó que era vanidad de vanidades, por más encarecerlo. Y no contradice esto a lo que en el Génesis leemos: *Vió el Señor todas las cosas que había obrado y eran en gran manera buenas*, porque en cada criatura resplandece el poder, saber y bondad de Dios. El poder se declara, pues pudo criarla. El saber, porque la sacó tan buena. La bondad, porque sin necesidad del mundo

la quiso criar. Luego querrá decir Salomón que todas las criaturas, comparadas con la perfección del Criador, son defectuosas y están sujetas a la nada, de que fueron criadas, si las dejase Dios de la mano. Y aun si se cotejan con aquel infinito sér de nuestro Dios, ellas no parece que tienen sér, y esto declaró nuestro Salvador cuando dijo: *Nadie es bueno, sino Dios*. La bondad de la criatura desaparece delante de la bondad infinita de Dios, el cual sólo es bueno por esencia. También se dicen vanidad las criaturas, porque el hombre usa vanamente de ellas; por tanto, David afirma que *el hombre es todo vanidad*; como si dijese: es el mar adonde corren todos los ríos de las vanidades. Y como acá los de un linaje, cuando se ven perdidos, acuden al mayorazgo que los remedie, así, cuando las vanidades se perdiesen, las hallarían allegadas en el hombre vano. Y porque según el Señor nos avisa: *El camino del cielo es angosto, y pocos caminan por él; y ancho el camino del infierno, y muchos andan por él*, está bien dicho que *todas las cosas que debajo del cielo se hacen son vanas y afligen el espíritu*. ¡Oh, dichosos los justos, que no debajo del cielo, sino sobre los cielos, tenéis vuestro premio guardado; no en estas cosas sujetas a corrupción y que se han de acabar, sino adonde han de ser perpetuas y no tendrán fin! Tan buen lustre tienen los cielos ahora como cuando Dios los crió, ha más de seis mil años, y serán perpetuos, que no dejarán de ser. El Santo Job dijo que *eran de metal* por su perpetuidad. De manera que al decir Cristo que la gloria de los Santos es en los cielos, manifestó que sería perpetua.

## VICTORIA DE LA MUERTE

Finalmente, hace la libranza de su salario Dios a sus escogidos en su propia tierra. Este es un misterio muy de notar: que nuestro cuerpo, con ser engendrado en la tierra, tiene una inclinación y apetito natural de estar en el cielo. El Ángel es espíritu, y no determina lugar. El hombre tiene ánima y cuerpo, y como le crió Dios para morador y ciudadano del cielo empíreo, que es el más alto cielo y más excelente, su propia tierra es el cielo. Esto es lo que dijo David: *Señor, mi parte y heredad sea en la tierra de los que viven.* Tierra de los vivos llamó al cielo, donde los Ángeles y los Santos gozan de aquella fuente de vida eterna, nuestro Dios. Allá todo es vida sin muerte, salud sin enfermedad, alegría sin tristeza, paz sin temor de guerra.

Alégrense y gócense los que sirven a Jesucristo, Señor del mundo, y su alegría sea doblada en el alma y en el cuerpo, pues su galardón es grande y es para siempre, y no en esta peregrinación, sino en los cielos, que es su propia tierra, para donde fueron criados. Pasen por los trabajos que tan presto tendrán fin, contemplando el salario tan excelente que no tendrá fin.





## CAPÍTULO XXXVI

CÓMO CRISTO CONSUELA EN LA MUERTE A CADA ÁNIMA  
DE SUS AMIGOS



**V**ENID *del Monte Libano, esposa mía; ventd del Libano, venid y seréis coronada.* Con tales palabras, tan dulces y amorosas, llama nuestro Salvador Jesucristo a cada alma cristiana que ha cumplido ya su santa ley, estando ya al fin de la vida.

Monte Líbano es esta Santa Iglesia Romana. Es monte por su alta perfección, y tan alto, que da con la cabeza en el cielo, y aun sube sobre todos los cielos por fe y amor de su Creador. Monte es de cuya altura cada cristiano atalaya y contempla lo profundo del infierno, considerando la justicia que el Juez soberano allí ejecuta en los pecadores que hicieron mala vida y menospreciaron la misericordia del Señor no queriendo hacer peniten-

## VICTORIA DE LA MUERTE

cia. También contempla la bienaventuranza de los Ángeles y Santos, que con paz y gloria perpetuas gozan de la vista del Señor del mundo. Monte muy encumbrado es porque todas las sectas y leyes, fuera de esta Santa Iglesia Romana, valles profundos son, tenebrosos y desventurados. Llámase *Libano*, que quiere decir *blancura*, porque en aquel monte todo el año hay nieve. ¡Oh monte puro y blanco, enblanquecido con la sangre del Cordero de Dios, Cristo Jesús! *Éstos*—dice el Ángel a San Juan—*son los que vivieron de gran tribulación, y lavaron y blanquearon sus vestiduras en la sangre del Cordero.* ¿Quién es este Cordero sino aquel que el Santo Bautista, en la ribera del Jordán, enseñó con el dedo diciendo: *Mirad que este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo?* Al ánima imitadora de la vida de tal Esposo, y que le ha seguido en esta vida viviendo con pureza, da voces el Esposo amoroso Jesucristo y la dice: *Venid del Libano*, que es mi Santa Iglesia. *Venid*, que ya es tiempo de recibir la corona para ser Reina en compañía de los Ángeles y santos siervos míos.

No es esta corona como la que daban los romanos a los que triunfaban: no de palma, ni de laurel, lo cual presto se acababa y no permanecía, porque tal es la gloria de este mundo vano; ni tampoco es de flores, que en un día se afean y pierden la hermosura, de las cuales decían aquellos mundanos: *Andad acá; coronémonos de rosas antes que se sequen.* No pueden negar lo que la experiencia afirma: que todas las honras de este mundo son sueño y antes que se posean traen un mensajero cierto, y el temor de perderlas presto en la muerte, y

aun a las veces en vida, según vemos cada día. Corona es mejor que de oro fino y de perlas preciosas la que el Señor da al alma, Esposa suya, que lealmente le ha servido, de la cual dijo el Apóstol: *Depositada está para mí una corona de justicia, y dárme la ha el justo Juez en aquel día.* ¿En qué día sino en el de la muerte, acabada la batalla y ganada la victoria? Aquel precioso día es cuando triunfan los justos y se les da la corona de gloria, a la cual San Pedro llama corona que jamás se puede secar. Allí la Reina Ester, humilde, recibe del Rey Asuero corona perpetua de oro, la cual perdió la Reina Vasti por su presunción y rebeldía. *Bienaventurado es el que sufre la tentación, porque, siendo probado, recibirá la corona de vida.* Palabras son de Santiago que declaran quién es digno de la corona celestial, que es la gloria. Ha de ser probada el ánima, tentada en esta vida, y sufriendo, padecer los trabajos que el Señor la envía, y entonces merece ser Reina, y no holgando y con regalos que la ley de Dios prohíbe y condena. *No será coronado*—dijo el Apóstol—*sino quien lealmente pelear.* No basta pelear flojamente y con negligencia. Ha de batallar valerosamente y vencer quien ha de recibir de mano de Cristo corona de gloria perpetua. ¡Oh, qué padecen los que sirven al mundo por una corona de gloria precedera, que, como humo, en un punto desaparece! San Pablo lo encarece mucho y dice: «Los que corren de algún estadio, de todas las cosas se apartan. En nada entienden sino en tratar cómo ganarán la empresa. Aquellos con tanta solícitud trabajan para ganar una corona corruptible, y nosotros corremos por poseer

## VICTORIA DE LA MUERTE

corona que no se puede corromper. Corred de tal manera que ganéis el premio.» Quiere decir: Pues los que aman la honra mundana así trabajan, hasta dejar la ropa por más ligeramente correr, nosotros, cristianos, ¿por qué no haremos por el premio eterno lo que aquéllos hacen por el bien temporal?

Y se ha de advertir que esta corona de gloria no se gana en un año ni en treinta años, sino en todo el discurso de la vida. Esto es lo que la voz del cielo dijo a un Obispo: *Mira que seas fiel hasta la muerte, y darté he la corona de vida*. Nadie confie, por mucho que haya trabajado, que no está seguro hasta que llegue al puerto pacífico, que es la muerte. Dos coronas da el Señor a cada un ánima que le sirve y ama: la una, en esta vida, y la otra, después que sale del cuerpo. De la primera dijo el Eclesiástico: *El temor de Dios es corona de alegría*. No habla aquí del temor servil ni del mundano, sino del temor filial, que es hijo legítimo de la caridad. El siervo teme porque no le azoten, y a no temer la pena, hurtaría. El siervo de Dios teme ofender al Señor, no por la pena del infierno, sino porque ama de corazón a un Padre tan bueno y santo como es Cristo. Este temor santo es la corona de gozo grande que aquí da de su mano Dios a sus amigos, los cuales temen tanto ofenderle, que darán la vida y mil vidas antes que traspasen su santa ley. En manera que el ánima amadora de Dios siempre es Reina en esta vida y en la otra; aquí, viviendo, trae corona de gran precio, que es temor filial, que el Profeta llamó temor santo, el cual persevera en un siglo y en otro. A esta corona responde la del



cielo, para la cual llama el Señor diciendo: *Venid, esposa, del Libano y seréis coronada.*

Y si quisiéramos más a la clara entender el gran valor y estima de esta corona, oigamos a Isaías: *En aquel día será el Señor corona a los que quedaren de su pueblo, y guirnalda de gozo.* ¡Oh, dichosa el ánima que tal corona recibe y tal guirnalda pone sobre su cabeza! El mismo Dios, a quien acá sirvió y amó, ha de ser su corona. Él, y no otro, ha de ser su premio y gloria, su vista gloriosa ha de ser la bienaventuranza del ánima en aquel día. ¿Qué día es éste, sino aquel día tan deseado, tan pedido y tan amado, que es el día de la muerte? Día de libertad y reposo; día, que cuando se da fin a esta vida mortal y comienza aquel día que no tendrá noche; día claro y de alegría, al cual llama la Esposa *mediodía*, porque allí, como el sol a *mediodía* con todas sus fuerzas envía sus rayos de luz, así en aquel día glorioso, el ánima, con toda su virtud y potencias, amará a nuestro Señor Jesucristo, dándole gracias y alabanzas sin cesar; será el Señor guirnalda de gloria a sus amigos, porque allí dirá aquello del Evangelio: *Levántate, siervo bueno y fiel, porque en las cosas pocas fuiste fiel, entra en el gozo de tu Señor.* Llámale *bueno*, por la vida buena y virtuosa que ha hecho. *Fiel*, porque todo lo que obró encaminó para gloria de Dios y no para su estima y honra, como los desatinados hipócritas lo hacen; *fuiste fiel en lo poco.* Todos los bienes de esta vida son de poco valor, y por tales se han de tener no parando en ellos. Fiel es en estas cosas de poca estima el que, tomando lo que ha menester para sí y para su familia, re-

## VICTORIA DE LA MUERTE

parte con los pobres. Este tal es dispensero de Dios, como lo fueron Abrahám, Loth y el Santo Tobías. Al que así lo hace llama el Señor para que entre en el gozo de la gloria.

Aquí nota nuestro Padre la grandeza y excelencia de la gloria que Dios da a sus Santos, pues dice a cada uno *que entre en el gozo del Señor*. Un cántaro entra en la mar, mas la mar no entra en el cántaro; parte de ella sí, y quédase entera. Así los Ángeles y Santos andan como nadando en el mar océano que es Dios, llenos de gloria; mas no comprenden aquella majestad infinita, la cual, haciéndolos bienaventurados a todos, entera se queda en sí misma. Nuestro Padre, hablando con Dios, dice así: Señor, decidme si es éste el gozo del cual vos dijisteis: *Haced oración para que vuestro gozo sea lleno*. Será lleno y perfecto cuando vieren los justos a su Criador; antes ha de ser muy mezclado de fatigas y trabajos. De arte, que todo aquel gozo no entrará en los Santos, sino todos los Santos entrarán en aquel piélago de alegría sin suelo, que es Dios. Tanto se gozarán cuanto más conocieren a Dios, y cuanto más conocieren, tanto más amarán. ¡Oh, Señor mío, ámeos yo y conózcaos, porque me goce en vos, y pues en esta vida no puedo gozar de aquella alegría perfecta, a lo menos vaya creciendo hasta que entre en el gozo de mi Señor en compañía de vuestros Santos! Esto dice nuestro Padre.

Declara Isaiás este gozo por dos símiles excelentes: *Se alegrarán, Señor, delante de vos, como se alegran los labradores cogiendo la mies, y a la manera que se gozan los que han ganado la victoria cuando reparten*

## B E A T O O R O Z C O

*los despojos.* Notemos cada palabra. Aquí están los justos, como en ausencia del Señor, *porque creen y aman al que no ven,* como lo pondera San Pedro. Aquí consiste el mérito grande del cristiano. La Esposa dice *que le vió detrás de la pared.* Quiere decir que vió a Dios primero por fe, para a su tiempo verle en su esencia.

Estarán en presencia de aquella Majestad soberana cuando le gozaren por visión de gloria. Entonces se gozarán como los labradores, que gozan en el agosto del fruto de sus trabajos, los cuales se olvidan del frío del invierno, cuando araban y sembraban, con tener el provecho de su trabajo delante de los ojos. ¡Oh, dichosa el ánima que sembró, viviendo en esta vida, llorando sus pecados, haciendo obras de misericordia y de verdadera penitencia, porque ésta tendrá gran mies, cogerá rico agosto! David vió estos sabios labradores cuando dijo: *Andando su camino iban llorando y sembraban su trigo.* Caminantes y peregrinos son los justos, que no se detienen en esta vida, siempre ganando tierra. Éstos lloran sus pecados y el destierro en que viven, porque saben que el Señor dijo: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Ván sembrando su semilla,* porque juntan la vida activa con la contemplativa. Son María Magdalena y Marta hermanas y discípulas de Cristo que moran en una casa; y como fué la sementera grande, también ha de ser la cosecha grande. El Apóstol dice: *El que poco siembra poco ha de coger; mas el que siembra en bendiciones cogerá el fruto de ellas.* Llama bendición a la limosna, porque el

## VICTORIA DE LA MUERTE

que recibe suele dar gracias al que la da, y aun por aquella bendición del día del juicio: *Venid, benditos de mi Padre*. A los limosneros, dice Cristo que se ha de dar. Estos sembradores dice David: *Que vendrán con alegría trayendo sus haces en las manos*. Esto es, se gozarán cuando se les diere el premio de sus trabajos.

Comparó también el gozo de los Santos el Profeta Isaías a la alegría de los caballeros, que han ganado la victoria y reparten los despojos. Este es un gozo que solamente le podría declarar quien hubiere pasado por él. Llámale la Escritura *júbilo*, que es una alegría que eleva al ánima en tanta manera, que casi se olvida de sí. Y así dijo el Profeta David, exhortando al mundo, que se alegrase por la venida del Hijo de Dios a salvarnos: *Alegraos, jubilando toda la tierra, y cantad*. Y en otro salmo dijo: *Bienaventurado el que sabe qué cosa es júbilo*. San Basilio dice que esta alegría es de los que han vencido alguna batalla. Pues con razón dice Isaías que los justos se gozarán a la manera de los que han vencido a sus enemigos, cuando estén delante de Dios, gozando de la vista de su Esencia divina, porque allí a la clara ven que todas las veces que vencieron al demonio, al mundo y a su carne, fué con la gracia divina, sin la cual no triunfaran de sus espirituales enemigos. ¡Oh, cosa admirable! Tantos gozos tendrán cuantas tentaciones vencieron en la batalla de esta vida, y por cada vencimiento, nuevo grado de gloria.

¿Quién podrá con palabras encarecer esta alegría de los Santos, vencedores, animosos, que tan fuertemente

## B E A T O O R O Z C O

pelearon? Solamente el Rey celestial Cristo, que tiene cuenta con los reencuentros, trabajos y tentaciones de sus escogidos, para premiarlos, puede saber y significar qué contentamientos tienen los bienaventurados en el Cielo. Dije sólo Cristo, porque ellos pueden recibir esta alegría y sentirla, mas no son bastantes para decirla cómo ella es. Decía nuestro Padre de la suavidad que algunas veces Dios le comunicaba en la oración: Llevaisme, Señor, a una suavidad que, si se perfeccionase en mí, no sé qué me faltara para ser bienaventurado. No declaró cuán gran dulzura es la que el Señor, aun en este cuerpo mortal, le comunicaba, sino dijo *tan grande*, que, a ser continua, le pareciera ser ya bienaventurado. Y si el gozo de acá espiritual, que solamente se siente en Dios por fe, no se puede declarar, el que, visto el Señor a la clara en su Esencia, sienten los Santos, ¿cómo se podrá significar?

Cada día Nuestro Señor Jesucristo llama a sus Esposas que vayan a recibir corona de gloria perpetua, con tal que hayan vivido en el monte Líbano, que es esta santa Iglesia Romana, sirviéndole con fe y amor perfecto y cumpliendo su santa ley: la corona y premio que les da es el mismo Dios, al cual ven en su esencia y admirable hermosura. Él es su corona y guirnalda de alegría, según nos dijo Isaías: Él es su riqueza, sus regalos y sus deleites perpetuos y sin fin.





## CAPÍTULO ÚLTIMO

QUE SE ADMIRAN LOS ÁNGELES DE VER UN ALMA SUBIR  
AL CIELO



**Q**UIÉN es esta que sube del desierto con tanta abundancia de deleites, recostada sobre su Amado? Cuestión es que trataban los Ángeles y espíritus celestiales, admirándose de ver a cada alma que, saliendo de este cuerpo mortal, va a gozar del Señor, que la crió y redimió con su sangre preciosa, y vida; verdad de que se espantan cada día, cuando un ánima amadora de Dios, puesta en contemplación, olvida todas las cosas y penetra los cielos, hasta presentarse delante la Santísima Trinidad.

No podemos negar que, aunque hay tantos cristianos que, con olvido de las cosas celestiales, se ocupan de cosas terrenas y perecederas, también hay áni-

## VICTORIA DE LA MUERTE

mas siervas de Dios que dicen con San Pablo: *Nuestra conversación está en los cielos*. Nuestro trato no está en la tierra, buscando honras, riquezas y pasatiempos vanos. Con los Ángeles del cielo y Santos, que gozan de Dios, conversamos; con ellos hablamos y nos consolamos, cuya conversación no es pesada como la de los hombres, sino muy suave; no peligrosa, sino santa y provechosa. Allá en los cielos tenemos nuestro vergel; allí nuestro Paraíso, mejor que el de Adán, adonde no faltó serpiente engañadora.

¡Qué bien dice nuestro Padre San Agustín! ¿Quieres, hermano, tener aquí reposo y paz? Pon tu deseo en el cielo. Según esto, la inquietud y turbación que el alma padece resulta de no tener sus deseos y trato en el cielo sino en las cosas bajas de la tierra. Siendo esta subida tan dificultosa, parte por la pesadumbre de este cuerpo mortal, parte por la envidia del demonio, que rabia viéndonos alabar a Dios y tratar de los verdaderos y perpetuos bienes, que son los celestiales, con razón se maravillan los Ángeles, y dicen: ¿quién es este ánima que tan alto vuela desterrándose de las cosas del suelo y empleándose en contemplar solamente las que acá tenemos presentes del cielo? Y aún nos espanta que con tanto gusto y deleite se ejercite en obra tan alta y que, suspendidos los sentidos, repose y goce en su Señor y Criador, alabándole y regalándose con él.

Se ha de advertir que con dudar y preguntar *¿quién es?* declaran en cuya virtud un ánima flaca por sí misma puede hacer obra tan heroica. Está apoyada sobre el



brazo de su amado Esposo Cristo. Con tal favor y apoyo, ¿qué no podrá un alma? *Todo lo puedo*, decía el Apóstol, *en el que me esfuerza*. Gran gigante es un alma unida por fe y amor con Cristo. Ningún contrario se la pone delante que no dé con él en tierra. El mundo huye de ella y el demonio la teme, y se espanta. Decía el Santo Job: *Ponedme vos, Señor, cerca de vos, y pelee quien quisiere contra mí*. No huye de la pelea, como cobarde; antes se ofrece a ella y pone desafío contra todos sus contrarios. Esto es de corazón generoso y fuerte. Como dicen los Ángeles, ¿cómo de este desierto donde hay tantas bestias fieras, soberbia, avaricia, envidia y tanta ira, viene acá cosa tan buena, tan humilde, tan mansa y caritativa? Si subiera al Paraíso terrenal, adonde Dios puso a Adán y Eva y los crió dándoles su gracia y la justicia original, no fuera tanto de admirar; mas que de ese valle de lágrimas, donde hay tantas miserias y peligros para caer en pecado, suba tan limpia, tan resplandeciente y tan graciosa, ¿esto a quién no pondrá en admiración? Y dirá: ¿Quién es esta que sube con tanta abundancia de regalos y alegría, asida de la mano de su amado Esposo?

Podía responder el ánima a la pregunta de los ciudadanos del cielo: *La mano derecha del Señor me ha ensalzado: la mano del Señor ha obrado virtud*. Palabras son del Rey David, que manifiestan la misericordia que Dios hace con un ánima en esta vida, convirtiéndola y sacándola del mundo para que sirva a su Criador y Señor; y aun declaran la merced tan grande que hace con cada alma cuando la lleva consigo al cielo. Promesa

## VICTORIA DE LA MUERTE

es que, por su clemencia, Cristo hizo no solamente a sus Apóstoles, sino a sus amigos todos: *Otra vez vendré y llevaros he conmigo*. Vendré a vuestra muerte y os honraré, y se acabarán vuestros trabajos, y os llevaré en mi compañía a descansar en la gloria. Yo creo que pidiendo esta palabra y promesa, cuando San Juan en la isla de Pathmos oyó aquella palabra: *Yo vendré presto*, acabó su Apocalipsis el amado de Jesús, diciendo: *Venid, Señor Jesús*. Venid presto, en hora buena, y llevadme con Vos. Responderá, pues, el ánima dichosa, que sube con tanto favor y alegría, y dirá a los Ángeles: sabed que todo mi bien me ha venido de la mano de este mi amado Cristo, porque su mano derecha obró virtud conmigo, dándome su gracia y ensalzándome a tan gran dignidad como ahora veis; y esta mano poderosa ha obrado virtud, glorificándome. Este Señor peleó con la muerte, y resucitó, y le venció; y de esta victoria gozo yo por su gran misericordia. Vosotros, oh bienaventurados Ángeles, ayudadme a dar gracias a tan liberal Señor, con cuya virtud yo vencí mis enemigos espirituales, y en cuya sangre Faraón y su ejército quedaron vencidos, como antiguamente, para librar a su pueblo de aquel tirano, maravillosamente Dios lo obró. Y pues allí Moisés con todo el pueblo dió gracias a Dios por tan maravillosa victoria, razón es que todos cantemos alabanzas a Su Majestad y digamos: *Cantemos al Señor que gloriosamente es engrandecido, pues ha derribado en la mar al caballo y al caballero*. En el mar de su preciosa sangre, muerto queda el pecado, y vencido el inventor de él, Satanás.

Epilogando en breve esta obra, diremos: que la victoria de la muerte sólo uno la puede ganar, el cual es nuestro Salvador Jesucristo, porque la muerte no puede morir sino en su contrario, que es la vida, y sólo este Rey soberano pudo decir: *Yo soy resurrección y vida*. Por tanto, Él solo triunfó de la muerte, y porque es cabeza de los predestinados, esta victoria es también de ellos.

De aquí es que la muerte temporal no les espanta, antes les es suave y dulce, porque es ya muerta. Hallan panal dulce en la boca del león que mató el fuerte Sansón. León bravo era la muerte antes que el Señor muriese. Y si Eliseo con sal quitó la amargura de las aguas de Jericó, ¿por qué el Profeta de los Profetas, Cristo, con su preciosa muerte no hará suave el tránsito y muerte de sus amigos? Maná suave es a los que han salido de Egipto, no con el cuerpo solamente, sino con el deseo, sirviendo a Dios en el desierto de la penitencia, aunque a los malos es desabrida y más amarga que la hiel, porque aún se quedan en Egipto, que es reino del demonio, atormentador de los que le sirven. Estos miserables no gozan de la victoria que el Señor del mundo les ganó con tanto trabajo, y, por tanto, les dará su maldición, enviándolos al fuego eterno, en compañía de los demonios, y resucitando será para su mayor tormento, penando con el cuerpo y con el ánima. Los justos resucitarán para mayor gloria, y resplandecerán sus cuerpos gloriosos como el sol. A éstos llama nuestro Salvador, para darles corona de gloria y pagarles sus buenos trabajos, de cuya subida al cielo los Ángeles se

## VICTORIA DE LA MUERTE

admiran y alaban mucho a Jesucristo, que tanto favor les dió, para que de este desierto y valle de lágrimas fuesen al cielo, que es su propia tierra, para donde fueran criados, donde perpetuamente gocen de la vista y hermosura de su Criador y Señor, al cual sea gloria y alabanza por todos los siglos. *Amén.*



## INDICE

	<u>Páginas</u>
CAP. I.—De la sentencia universal, que está dada, para que todos los hijos de Adán mueran.....	1
CAP. II.—Que solamente el hombre ha de ser presentado para dar cuenta delante de Dios.....	5
CAP. III.—¿Quién fué el autor de la muerte?.....	11
CAP. IV.—Que el hombre es el autor de la muerte..	17
CAP. V.—Que por el hombre entró la muerte en el mundo .....	23
CAP. VI.—De tres muertes que el pecado obró en el hombre.....	29
CAP. VII.—Que fué nuestro Dios misericordioso y justo en condenar a muerte a nuestro Padre Adán y a sus descendientes. . . . .	33
CAP. VIII.—Que por la herencia triste de la culpa original estamos condenados a muerte.....	39
CAP. IX.—Cuán útil es la memoria de la muerte. . .	47
CAP. X.—De las cosas que pasan en la muerte. . . .	53
CAP. XI.—Que la muerte es desabrida a los malos y suave a los buenos.....	59
CAP. XII.—De la victoria que nuestro Salvador ganó de la muerte para sus amigos.....	65
CAP. XIII.—De tres muertes que nuestro Salvador venció en la cruz... ..	71

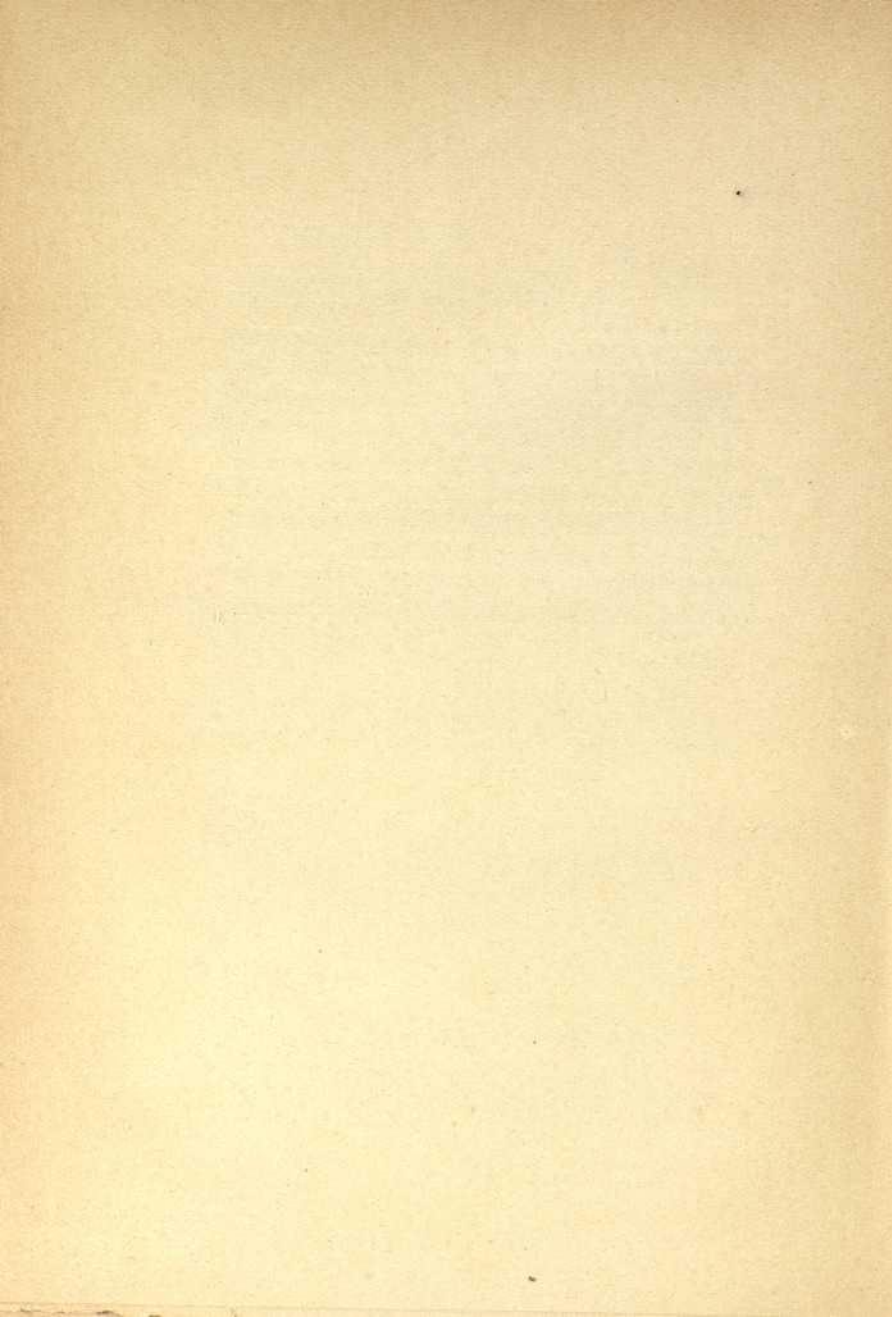
# Í N D I C E

Páginas

CAP. XIV.—Cómo los justos se aprovechan de las tres victorias que Cristo les ganó.....	77
CAP. XV.—Cómo los justos vencen estando en la cruz con Cristo....	83
CAP. XVI.—Que la muerte no tarda.....	89
CAP. XVII.—Que es gran atrevimiento dejar la penitencia para el día de la muerte.....	97
CAP. XVIII.—Que los justos no han de temer la muerte...	105
CAP. XIX.—Que los perfectos varones no temen la muerte.....	113
CAP. XX.—Cuán mala es la muerte de los malos...	119
CAP. XXI.—Que la muerte de los justos estima Dios en mucho.....	125
CAP. XXII.—Que el justo, como quiera que muera, va al Cielo.....	133
CAP. XXIII.—Que el justo no muere muerte subitánea.	141
CAP. XXIV.—Que nuestro Dios da a los justos enfermedades para que aquí tengan purgatorio.....	147
CAP. XXV.—De los diversos lugares donde van las ánimas de los que mueren.....	153
CAP. XXVI.—Del primero aposento de los malos, que es el infierno.....	159
CAP. XXVII.—Del aposento seguro de las ánimas, que es el purgatorio.....	169
CAP. XXVIII.—De los remedios que tienen las ánimas del purgatorio.....	175
CAP. XXIX.—Del tercer aposento de las ánimas, que es el Cielo empireo.....	183
CAP. XXX.—Del poco cuidado que los padres antiguos tuvieron de ricos sepulcros.....	193

# I N D I C E

	<u>Páginas</u>
CAP. XXXI.—Que los difuntos se han de llorar con moderación....	201
CAP. XXXII.—Que el cristiano puede con mérito desear la vida.....	207
CAP. XXXIII.—Que es muy provechoso que el que muere tenga algún Santo por abogado.....	215
CAP. XXXIV.—Cuán justo es Dios en condenar a pena eterna al que muere en pecado mortal....	223
CAP. XXXV.—Cuán liberal es Dios en premiar a los justos.....	233
CAP. XXXVI.—Cómo Cristo consuela en la muerte a cada ánima de sus amigos.....	243
CAPÍTULO ÚLTIMO.—Que se admiran los ángeles de ver un alma subir al Cielo.....	253











**B**IBLIOTECA  
RENACE-  
MIENTO

COLECCIONES

**GIL BLAS**

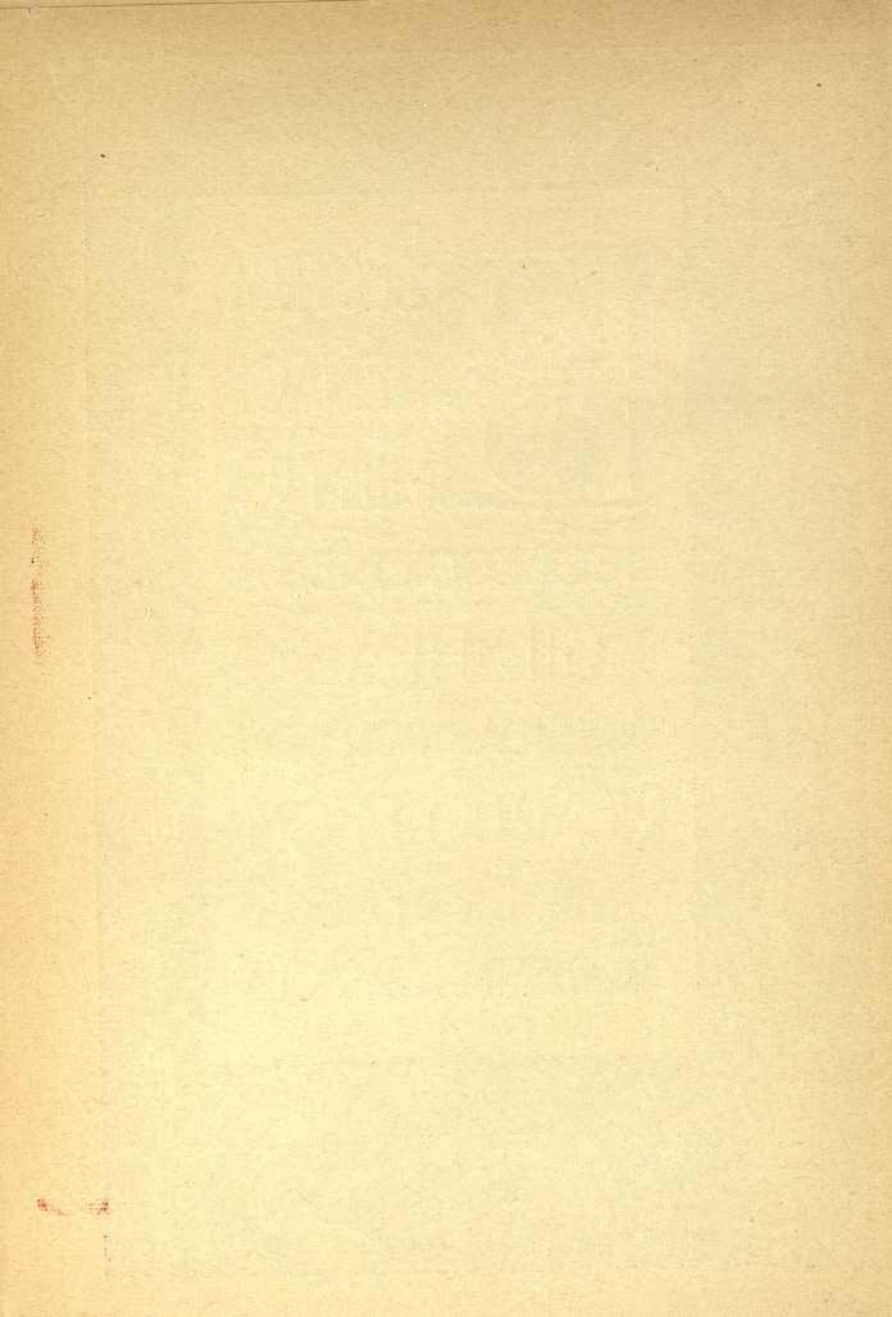
DIRIGIDAS POR DON

**RICARDO LEÓN**

DE LA REAL

ACADEMIA ESPAÑOLA





# I

## Clásicos españoles.

Ediciones a un mismo tiempo doctas y populares, ilustradas con prólogos y comentarios críticos, en primorosos volúmenes, a cinco pesetas cada uno. Se han publicado ya o están en prensa los siguientes:

### PRUDENCIO.—**El Libro de las Coronas.**

Cármenes del siglo IV por el famoso poeta aragonés Marco Aurelio Prudencio Clemente, el *Pindaro cristiano*, el precursor del Dante, el más sublime de los poetas cristianos de la alta Edad Media.

**SAN ISIDORO.—Soliloquios.—Exhortación a la Penitencia.**

Magnífico «poema dramático en prosa», lleno de pasión y brío; una de las obras más elocuentes y patéticas de la literatura cristiana medioeval. En opinión del maestro Bonilla supera tal vez al *Kempis*.

**ABEN-TOFAIL (ABUBEKER).—El Filósofo Autodidacto.**

Novela mística del siglo XII, llamada el *Robinson metafísico* y considerada por Menéndez y Pelayo como la más fina joya de la literatura hispano-árabe. En esta novela está el germen de *El criticón*, de Gracián.

**MUZA II.—El Collar de Perlas.**

Tratado político y moral del siglo XIV, libro deleitoso y amenísimo, en prosa y rimas, que el árabe andaluz Muza II, Rey de Tremecén, compuso para la educación del príncipe su hijo.

RAIMUNDO LULIO.—**Blanquerna.**

Obra maravillosa del místico apóstol mallorquín, novela henchida de suavísima fragancia, donde vibra el *Cántico del Amigo y del Amado*, «verdadero joyel de la poesía mística española, digno precursor de las encendidas Canciones de San Juan de la Cruz».

DIEGO DE SAN PEDRO.—**Cárcel de Amor.**

Novela sentimental de la Edad Media castellana, libro romántico y fervoroso apellidado el Werther del siglo XV.

FRANCISCO SÁNCHEZ.—**Que nada se sabe...**

Primera traducción que al cabo de cuatro centurias se hace del latín en castellano del hondo y raro libro *Quod nihil scitur*, del doctor Francisco Sánchez, médico y filósofo español del siglo XVI, precursor insigne de Descartes y Kant. Corresponde a la Biblioteca GIL BLAS, por esta peregrina publicación, la gloria de

ofrecer al mundo moderno uno de los más claros testimonios del espíritu científico y filosófico de la raza, el más genuino antecedente del *Discurso sobre el método* y la *Crítica de la Razón pura*.

MATEO ALEMÁN.—**Guzmán de Alfarache.**

La reina de las novelas picarescas españolas: dechado, a la par, de filosofía y de arte, en que el ingenio nacional, la observación de la vida y el idioma castellano, arribaron a las cumbres de su esplendor y madurez.

LOPE DE VEGA.—**La Dorotea.**

Preciosa novela autobiográfica, la predilecta de su inmortal autor; confesión vehemente y bizarrísima de sus apasionadas mocedades, en un estilo jugoso y familiar, trabajado como por manos de orífice.



CRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA.—**El Pasajero.**

Libro singular en que se juntan el profundo sentido crítico y el ingenio malévolo y sutil, la ciencia de las costumbres y del lenguaje, la misantropía y la curiosidad, la observación y la sátira, la miel y la hiel.

BALTASAR GRACIÁN.—**El Criticón.**

Obra magistral de la literatura de todos los tiempos, cumbre del pensamiento español, símbolo de la tragedia humana, heredera de Séneca y precursora de Nietzsche, que, como los cuadros de Velázquez y el Greco, toma con los siglos nuevo relieve y expresión.

JUAN DE VALDÉS.—**Diálogos.**

En el *Diálogo de la lengua castellana*, en el *Mercurio y Carón*, «monumentos clarísimos del ingenio nacional», brilla el idioma español «con toda la noble y majestuosa serenidad de las lenguas clásicas».

**TIRSO DE MOLINA.—Cigarrales de Toledo.**

Novelas y comedias de primoroso engarce y deleitosa invención, en que lozanean las dotes privilegiadas del poeta, del dramaturgo, del escritor abundante y armonioso, del agudo psicólogo de la mujer.

**JERÓNIMO DE CONTRERAS.—Selva de aventuras.**

Novela romántica de viajes y de amores, llena de rasgos delicados y graciosos, penetrada de un espíritu universal y moderno que recuerda alguna de las bellas fantasías de Goethe y Schiller. Es antecedente inmediato de *El Peregrino en su patria*, de Lope de Vega y de las obras menores de Cervantes.

**QUEVEDO.—El Buscón.**

Edición única en el mundo hecha sobre los manuscritos autógrafos de Quevedo, en gran parte inéditos hasta ahora, constituye el más peregrino acontecimiento bibliográfico de estos días.

## II

### Obras maestras de la Literatura Universal.

Esta nueva Colección, formada por volúmenes de igual tamaño y precio que los anteriores, constituirá una breve y amena síntesis del pensamiento humano al través de todas las literaturas:

#### **El Ramayana.**

Versión directa del sánscrito en lengua española, de la gigante epopeya india, una de las fuentes más hondas y más puras de poesía y pensamiento de la raza aria.

#### **Los Eddas.**

Castiza, robusta y elegante traducción que el patriarca montañés D. Angel de los Ríos hizo en caste-

llano de los famosos cantos míticos y heroicos de la vieja literatura escandinava.

### **El Libro de las Vírgenes, de San Ambrosio.**

Primorosa edición española del noble, puro y elocuente libro del Doctor de la Iglesia y Obispo de Milán, apellidado el *Cicerón cristiano*, resplandeciente luminar del siglo IV de nuestra Era.

### **La Canción de Roldán.**

Artística versión castellana de la epopeya carolingia, del famoso Cantar de Roncesvalles, según la edición paleográfica de León Clédat, profesor de la Universidad de Lyon: los robles heroicos de la gesta francesa trasplantados con todo su verdor y lozanía, con su perfume agreste y secular al viejo terruño de *Mío Cid* y *Bernardo del Carpio*.

## Las Florecillas de San Francisco de Asís.

«Es una serie de tablas del beato Angélico—dice la condesa de Pardo Bazán a propósito de este libro ingenuo y delicioso—, un misal cubierto de viñetas iluminadas y de arabescos místicos; pero circula al través de su estilo hagiográfico el soplo humano que distingue las obras inspiradas por el penitente de Umbria; la naturaleza sonríe en sus páginas con San Francisco predicando a las avecillas, ungiendo de aceite la piedra, haciendo paces con el lobo...»

## Los Poemas de Shakespeare.

Nueva edición crítica de *Venus y Adonis*, *La violación de Lucrecia*, *Las querellas de un amante* y *El Fénix y la Tórtola*, poemas inmortales, perpetuamente juveniles, del primer poeta moderno; hijos, los más amados, de su impetuosa mocedad, primeros gritos de su alma, risas divinas, eternos sollozos del Amor humano, hechos música y luz, rimas y colores por la virtud espléndida del Genio.

### III

#### Biblioteca Mística y Ascética.

La aparición de esta magnífica Biblioteca, largo tiempo soñada por los doctos, por las personas piadosas, por los amantes de la tradición castiza, constituye un feliz suceso editorial, un monumento conmovedor elevado a la lengua y al espíritu nacionales. GIL BLAS inaugura con las obras siguientes la publicación de una multitud de obras maestras, olvidadas o enteramente desconocidas e inéditas, de los grandes contempladores de nuestra Raza. Con ellas pretenden los Editores devolver al vulgo español los libros que para él se escribieron, y que los cultos olvidaron, aquellas obras purísimas en que sin aparato científico, sin presunción ni pedantería, con la más elegante sencillez, se instruía al pueblo en los más altos problemas del mundo y de las almas.

## Obras de Sor Teresa de Jesús María.

«La más ilustre y también la más desconocida escritora mística del siglo XVII», según la opinión de su notable biógrafo el Sr. Serrano y Sáenz, corroborada por el P. Gerardo de San Juan de la Cruz. En esta edición se dan por primera vez a la stampa las obras de la sublime carmelita, trasladadas de sus manuscritos originales y dignas, por su alta ciencia y encantador estilo teresiano, del amor y el conocimiento de las gentes.

## Meditaciones del Amor de Dios, por FRAY DIEGO DE ESTELLA.

«Braserillo de encendidos afectos», según la linda frase del maestro Menéndez y Pelayo; libro de franciscana ternura y elevados pensamientos teológicos; texto riquísimo de la lengua castellana del gran siglo; breviario incomparable de amores que mereció la predilección fervorosa de Pascal y de San Francisco de Sales.

**El Príncipe Escondido**, por FRAY MARCOS SAL-  
MERÓN.

La peregrina obra de este varón clarísimo, General de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, en el siglo XVII, es, en opinión del Padre Juan Mir y de otros críticos modernos, uno de los más pródigos ejemplares de hermosa dicción, habla castiza, lenguaje puro y altos pensamientos.

**Victoria de la Muerte**, por el BEATO ALONSO DE  
OROZCO.

Tratado profundo y bellissimo sobre el problema de la muerte, obra dilecta de aquel santo escritor y teólogo, amor y gloria de la Orden de San Agustín, que, según decía su hermano en letras y religión el P. Juan Márquez, «fué agudo en las sentencias, propio en las palabras, suave en el estilo, casto en las frases y nada inferior en romance y latin a los que con más primor escriben en una y otra lengua», tal como quien tenía la castellana por tan perfecta y elegante como la de Virgilio.



**Diálogos de la Agricultura Cristiana, por FRAY  
JUAN DE PINEDA.**

He aquí el libro más opulento de cuantos se han escrito en castellano y equivalente a un diccionario completo de autoridades, conforme al juicio del P. Mir y otros muchos hispanistas. «Archimillonario del idioma» apellidó en frase muy gráfica Cejador a Fray Juan de Pineda, franciscano ilustre, de los más eruditos e ingeniosos de su tiempo y autor de estos magníficos diálogos, dignos de Cicerón, en que trata de la educación del cristiano y vienen a ser una Suma de la doctrina católica y de la sabiduría de su siglo.

**Obras de Sor Cecilia del Nacimiento.**

Con decir que algunos de los versos y prosas de esta dulcísima carmelita fueron atribuidos a San Juan de la Cruz, basta para juzgar de su mérito extraordinario. Pintora, poetisa, escritora de altísimos vuelos, instruida en artes y ciencias, iluminada en los arcanos de la Mística, forma con su hermana de sangre y

religión María de San Alberto, con Sor María de San José y Sor Teresa de Jesús María, el cuadro glorioso de las discípulas más eminentes que tuvo la Santa reformadora del Carmelo.

Estos y otros muchos volúmenes irán apareciendo, con toda la celeridad posible, en ediciones muy esmeradas y elegantes, al precio de seis pesetas el ejemplar; con prólogos modernos y censura eclesiástica.

## IV

### **Autores contemporáneos.**

Es propósito de GIL BLAS ofrecer a sus lectores de España y América una colección selectísima de autores modernos, nacionales y extranjeros; una biblioteca ejemplar, en depurada lengua castellana, cuyos volúmenes, por su mérito literario y artístico, por su elegancia y pulcritud moral, puedan ponerse en todas las manos y entrar en todos los hogares sin el riesgo que suele haber en no pocas de las producciones del día. Con este fin GIL BLAS ha contratado un gran número de producciones extranjeras que, traducidas esmeradamente, se irán publicando a la par de las obras maestras de nuestros mejores ingenios.

#### **1.—Obras de Amós de Escalante.**

Feliz iniciación de aquel propósito fué el dar a luz las obras singulares del patriarca de la Escuela literaria

montañesa, del olvidado autor de *Costas y Montañas*. Inéditas aun para la mayor parte de los españoles, estas obras peregrinas, clásicas al nacer, yacían en la obscuridad y el silencio, agotadas las breves ediciones que hizo el autor para regalo de sus amigos. Al reimprimirlas GIL BLAS, siguiendo las nobles inspiraciones de don Marcelino Menéndez y Pelayo, contribuye al esclarecimiento de un gran autor desconocido y brinda al deleite de los lectores de acendrado gusto las páginas más perfectas y puras que en el siglo XIX se han escrito en lengua castellana. He aquí las obras completas de D. Amós de Escalante:

### **Ave Maris Stella.**

Es «el diamante negro» de la corona del autor, el Kempis del idioma patrio, uno de los pocos libros modernos que pueden ponerse junto a las obras más castizas del siglo de oro. Novela prócer, de alto valor artístico y moral, de suave y honda emoción, debería figurar como texto de lengua y breviario del espíritu en todas las escuelas españolas.

### **Costas y Montañas.**

Obra capital, representativa y predilecta de Amós de Escalante, que

pulió y perfeccionó durante toda su vida, y adonde convergen todos sus libros anteriores y posteriores. Epopéya en prosa de Cantabria, fruto en plena sazón del erudito y el poeta, del viajero artista, del historiador y el geógrafo, del español y el cristiano, es un monumento perenne erigido a la patria, a la tradición y a la fe.

### **Del Ebro al Tiber.**

Hermano gemelo del libro de Alarcón tan familiar a oídos españoles, de *Madrid a Nápoles*, pero más personal, más grave y hondo todavía. Entre los muchos y buenos que se han escrito de Italia, el de Escalante resiste la comparación con los famosos de Moratín, Castelar, Severo Catalina y aun con los extranjeros de Stendhal e Hipólito Taine.

### **En la playa.**

Es el libro del mar, la sinfonía misteriosa de las aguas y de los cielos del Norte, una preciosa colección de novelas cortas cuya psicología, profunda y amarga como el

Océano, se envuelve, como él, en rizos de espuma, en juegos de luz, de sonido y de color. Aquí están, acaso las páginas más soñadoras, más líricas y sutiles de Escalante, las que parecen como adivinación del *modernismo* en sus manifestaciones más sanas y más bellas.

### **Del Manzanares al Darro.**

Más castizo aún que el viaje a Italia, más luminoso, más espléndido de color, según el juicio del autor de *Los Heterodoxos*, es este libro de Andalucía lo más regocijado y risueño que brotó del numen de Escalante, siempre de humor melancólico. Ningún escritor moderno del Norte de España ha superado al montañés en la evocación del cielo y de la tierra andaluza.

### **2.—Obras de Concha Espina.**

La gran Escuela literaria montañesa, única en lo moderno que puede compararse a las antiguas de Castilla, de Andalucía y de Levante, luego de florecer durante el siglo XIX en las obras maestras de Escalante, Pereda y

Menéndez y Pelayo, se encarna hoy en la dulce y noble figura de una mujer, cuyos altos merecimientos han sido sancionados en su patria por la Academia Española y en no pocos países extranjeros donde sus novelas corren traducidas con caluroso y universal aplauso. He aquí sus obras completas reeditadas en primorosa edición por la Biblioteca GIL BLAS:

### **La Niña de Luzmela.**

Primera producción novelesca de la autora, claro y brioso amanecer de su arte, firme y robusto siempre sin mengua de sus profundas cualidades femeninas; libro de encantadora sobriedad y sencillez, recio y amargo en el fondo, modelo ya en la penetración de la Naturaleza, en las penumbras de almas y paisajes.

### **Despertar para morir.**

Novela sentimental y psicológica en que la observación realista de las pasiones y fatalidades humanas está como envuelta delicadamente en un velo romántico, al modo de algunas novelas de *Fernán Caballero* y *Jorge Sand*. Es uno de los libros más po-

pulares de su autora, singularmente entre su gran público femenino.

### **Agua de Nieve.**

Declara ya la plena madurez de la insigne novelista, su magistral dominio del arte y del idioma, su don privilegiado de penetrar en lo más recóndito de las almas. Retrato maravilloso de mujer, monografía «casi científica» de un carácter, con la opulencia de color de un cuadro veneciano, es *Agua de Nieve* una de las más reales y conmovedoras novelas que se han compuesto en nuestros días.

### **La Esfinge Maragata.**

Premiada por la Real Academia Española y objeto de singulares distinciones en el Extranjero, ha merecido la doble corona de la popularidad y el comentario erudito. Estudio palpitante de la raza histórica, en uno de los remansos más peregrinos de Castilla, novela de recios y españolisimos caracteres, de honda transcendencia social, tiene a la par un interés lingüístico y arqueo-



lógico por su aguda observación del habla y tradiciones de la estepa le-gionense.

### **La Rosa de los Vientos.**

Es la novela del mar cántabro y al mismo tiempo un profundo estudio psicológico. En *La Rosa de los Vientos*, según la opinión de Gabriel Alomar, «llegó la novelista al punto culminante de su facultad creadora de vida.» Los personajes adquieren una existencia propia, independiente, como en la misma *Naturaleza*, y alguno de ellos supera en vigor y, sobre todo, en belleza moral, al *David Copperfield* de Dickens.

### **Al Amor de las Estrellas.**

(Mujeres del Quijote.)

Libro muy popular en Italia, del que ya se han hecho numerosas ediciones, y declarado de texto en escuelas y liceos de Europa y de América, es un dechado de pensamiento y de estilo, un libro piadoso de mujer escrito para mujeres, la obra, de inspiración cervantina, más

cordial, profunda y amena de este tiempo.

### **Ruecas de Marfil.**

Cuatro novelas ejemplares de vigorosa acción y sobrio estilo, que dieran sobrada materia a cuatro largos volúmenes si la admirable concisión, la fuerza contenida, el magistral dominio de la autora no refrenasen la opulencia del pensamiento y la dicción.

### **Pastorelas.**

Collar de poemas en prosa, cuentos de una hondura, de una sensibilidad exquisitas, de una sutileza de pensamiento y de emoción inefables, «de una ingravidez graciosamente aérea, tan femenina, tan lejana de los esfuerzos hiperbólicos con que otras escritoras han querido infundir falsas apariencias de masculinidad en sus producciones».

### **El Jayón.**

Profunda y patética creación dramática, igualmente grandiosa en la novela y en el teatro, recibida con singular y unánime fervor por el

público y la crítica. Doble tragedia del sentimiento maternal, con toda la augusta sencillez de los antiguos númenes y el misterioso prestigio, la encendida ternura del arte contemporáneo.

### **El Metal de los Muertos.**

Es la novela cumbre de la autora, la de más trascendencia artística y social de Concha Espina, donde se eleva, por la hondura del pensamiento y el sereno equilibrio de la forma, al puro nivel de la epopeya clásica. Este libro—dice el maestro Zozaya—es «para los pobres un evangelio, un breviario para los que padecen hambre y sed de justicia, un blasón de belleza para la literatura universal».

En preparación, de la misma autora:

**Dulce Nombre.** (Novela).

### 3.—Enrique Gil y Carrasco.

#### El señor de Bembibre.

«Novela dignísima de ser citada en primera línea entre todas las españolas», según el parecer de Menéndez y Pelayo; libro que, conforme dijo *Azorín*, «forma época en la evolución de nuestra literatura, pues en él nace, por primera vez en España, el paisaje en el arte literario.»

GIL BLAS ha reimpresso *El señor de Bembibre* en muy atractiva edición, ilustrada con multitud de grabados, al precio de cinco pesetas el ejemplar.

### 4.—Obras de Emilio Baumann.

«Una de las figuras más originales—dice el distinguido crítico español Juan de Hinojosa—del espléndido movimiento católico de la literatura francesa contemporánea es, sin duda, la de Emilio Baumann. Hace algunos años este escritor, apenas conocido hasta entonces por un curioso estudio sobre Saint-Saens, se impuso bruscamente a la atención del mundo literario con una novela—*Inmolación*—llena de vigor y de fuerza, obra radical en religión y en literatura». GIL BLAS, deseoso

de ofrecer a los lectores católicos de lengua española, libros extranjeros de arte puro y medula cristiana, al par de las producciones nacionales de este género, ha adquirido de la Casa Grasset, de París, el derecho exclusivo de traducción de las obras completas de Baumann, cuyos primeros volúmenes son los siguientes:

### **Inmolación.**

Maravillosa novela de un alma que recorre todas las etapas de la vida mística hasta la unión con Dios; afirmación enérgica de la necesidad indispensable de la propia inmolación para colaborar en la obra de la Redención; libro, por otra parte, de un análisis psicológico muy agudo, de una observación naturalista que no retrocede ante ninguna crudeza; libro, en una palabra, esencialmente cristiano y viril, que choca a primera vista a los devotos pusilánimes de hoy.

### **Paulina Ardel.**

Dulcísima historia de una conversión, emocionante novela de almas, duelo a muerte entre los artificios de la razón y el ímpetu soberano de

la fe. Asunto, caracteres, descripciones, diálogos, todo es de primer orden en estas páginas donde resplandece también la hermosura de la liturgia católica, todavía con más emoción y novedad que en *El genio del Cristianismo*.

### **Tres Ciudades Santas.**

Profundas impresiones de una triple y devota peregrinación a los santuarios insignes de Ars, Santiago de Compostela y Monte de San Miguel. Aquí se encuentran algunas de las mejores páginas de Emilio Baumann, brioso competidor de Huysmans en las pinturas de la vida interior, en las magníficas descripciones de la arqueología cristiana y de las augustas ceremonias del culto.

A estas obras seguirán varias más del inspirado autor de *Inmolación* (novela premiada por la Academia Francesa); de Claudel, Duhamel, Hamp, Renard, y otros muchos autores franceses, italianos, ingleses, rusos y alemanes, traducidos esmeradamente y presentados al público hispanoamericano por Ricardo León, de la Real Academia Española.

Biblioteca Pública de Soria



71389239 DR 9487







BEATO  
OROZCO

VICTORIA  
DE LA  
MUERTE

DR  
9487